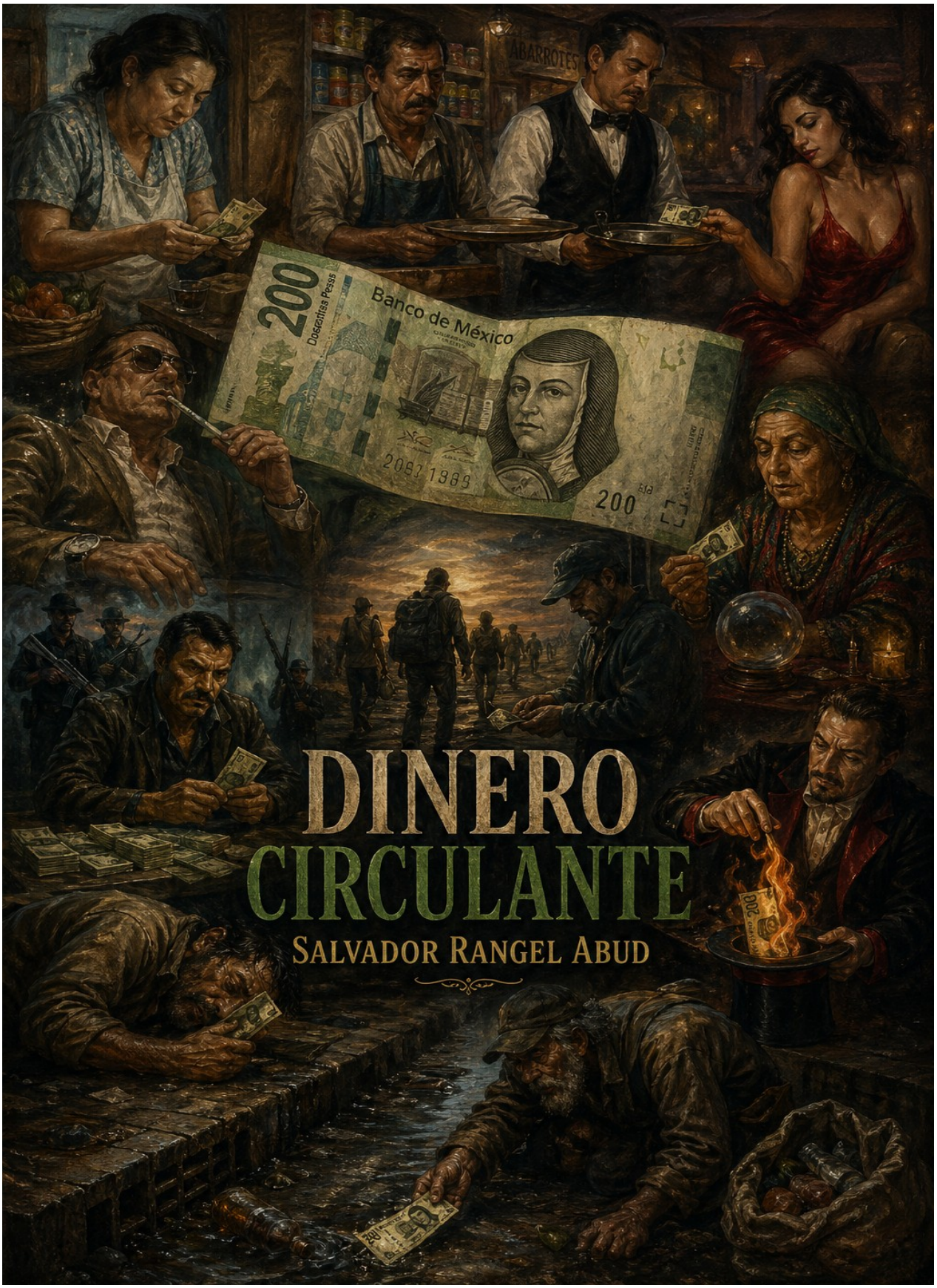
ABARROTES
200
Doscientos Pesos
Banco de México
200
DINERO
CIRCULANTE
SALVADOR RANGEL ABUD

**DINERO CIRCULANTE**

**Salvador Rangel Abud**

---

## SINOPSIS

Nací un martes. No es un dato menor. Los martes tienen mala fama en este país —martes trece, ni te cases ni te embarques— pero nadie consulta el calendario antes de imprimir dinero, porque el dinero no cree en la mala suerte: la produce.

*Dinero Circulante* es la historia de un billete de doscientos pesos que narra en primera persona su propio recorrido por la Ciudad de México y sus márgenes: desde las manos de don Aquiles Dejo Lapasta, funcionario del Banco de México que certifica su existencia, hasta las tijeras de Fidel Babotas, mago de feria que lo destruye por error en el último truco de la tarde. Entre esos dos momentos, el billete pasa por quince manos y quince vidas: una cajera bancaria, un jefe de familia de la Colonia Guerrero, un ama de casa que administra lo justo sin que se note que es justo, un tendero de barrio, un mesero de la Roma, una trabajadora sexual de zona de tolerancia, un empresario de Polanco, un narcotraficante de la periferia norte, un coyote de la frontera, una vidente de Tepito, un mago de plaza comercial, un borracho de pulquería, un pepenador del canal y un mago de feria. Cada mano revela algo que el dinero ve y que los economistas no incluyen en sus modelos: que el valor no está en el billete, sino en quienes lo tocan.

---

## ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene sarcasmo de alta densidad, una mirada sin concesiones a la desigualdad económica mexicana, personajes que hacen cosas que la sociedad condena sin preguntarse por qué las hacen, y la incomodidad específica de reconocerse en alguno de ellos. El narrador es un billete de doscientos pesos. No tiene moral propia. Tiene memoria.

---

## SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

---

## DETALLES DE PUBLICACIÓN

**Título:** Dinero Circulante

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Novela satírica / Crónica social / Ficción con narrador objeto

**Extensión:** ~35,000 palabras aproximadamente

**Estructura:** Prólogo + 15 capítulos + Epílogo

**Ambientación:** Ciudad de México y zonas metropolitanas
**Idioma:** Español
**Año de publicación:** 2026
**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto
**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

---

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que me parece urgente y que rara vez se formula con precisión: ¿qué ve el dinero que nosotros no vemos? El dinero está en todos los bolsillos, en todos los cajones, en todas las manos, pero nadie le pregunta qué presenció. *Dinero Circulante* es el intento de darle voz a ese testigo que lo escucha todo desde adentro, y de usar esa voz para hablar de lo que México es cuando nadie está mirando a la cámara.

---

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

---

## PALABRAS CLAVE

dinero · billete · Ciudad de México · desigualdad · sátira · narrador objeto · economía informal · crónica social · México · novela en español · clases sociales · corrupción · migración · trabajo sexual · magia · pepenadores · crimen organizado · familia · dignidad · valor

---

## TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre dinero sino sobre lo que el dinero revela — la brecha entre el valor declarado y el valor real de las personas en una sociedad que mide todo con la misma vara y aplica esa vara de manera profundamente desigual. A lo largo de sus quince capítulos, *Dinero Circulante* explora la economía informal como el sistema real que sostiene a millones de mexicanos invisibles para la estadística oficial, la desigualdad no como abstracción sino como experiencia cotidiana medida en propinas y fiados y cruzadas por el desierto, el trabajo como definidor de identidad independientemente de su reconocimiento social, y la dignidad como el único bien que no tiene precio aunque el mercado lleve siglos intentando ponerle uno.

---

## CITAS DESTACADAS

"Nací un martes. No es un dato menor."

"El dinero escucha más de lo que mira. El dinero está siempre adentro, y desde ese adentro escucha todo lo que la gente dice cuando cree que nadie importante presta atención."

"Alcanza. No es una celebración. Es un diagnóstico."

"El chiste lo escribió el Estado; yo solo soy el papel —perdón, el algodón— sobre el que está impreso."

"Lo escaso revela. Lo abundante disimula."

---

## COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Dinero Circulante* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y social que le es propio.

**Voltaire (*Cándido*):** la mirada inocente y despiadada sobre el mundo a través de un narrador que no pertenece del todo a ningún estrato social.

**Arturo Pérez-Reverte (*La Reina del Sur*):** la precisión quirúrgica al describir el México que los reportajes no alcanzan, con personajes que tienen dignidad aunque el mundo oficial se la niegue.

**Mario Vargas Llosa (*Conversación en La Catedral*):** la novela coral que radiografía una sociedad completa a través de la suma de sus voces individuales.

---

## PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

El billete describe a Amadea Costa Delado como la persona más competente que ha conocido en su circulación, más que cualquier funcionario o empresario. ¿Qué dice eso sobre cómo valuamos el trabajo doméstico y la administración de lo escaso en México?

El billete es testigo del cruce nocturno de ocho migrantes por el desierto. ¿Cambia saber el costo exacto de ese cruce la manera en que usted percibe la migración?

El "Lobo" Trinquetes dirige su organización con juntas, minutas y gestión de conflictos laborales. ¿Qué dice esa burocracia del crimen sobre la naturaleza de cualquier organización humana?

El billete dice que la diferencia entre financiar y sostener es que lo primero sirve para algo que crece y lo segundo para algo que continúa. ¿Está de acuerdo con esa distinción? ¿Cuál de los dos considera más valioso?

Si usted fuera el siguiente portador del billete después de que Elfego Rebusca lo rescata del canal, ¿qué revelaría su uso sobre usted?

---

## CÓMO CITAR ESTA OBRA

**APA:** Rangel Abud, S. (2026). *Dinero Circulante*. Internet Archive. https://archive.org

**MLA:** Rangel Abud, Salvador. *Dinero Circulante*. Internet Archive, 2026.

**Chicago:** Rangel Abud, Salvador. *Dinero Circulante*. Internet Archive, 2026.

---

## OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la novela genealógica, la novela coral de ideas y —como demuestra esta entrega— la novela satírica con narrador objeto.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

---

## MENSAJE FINAL

México tiene desigualdad. Tiene una economía informal que sostiene a millones sin que nadie la cuente en los modelos. Tiene mujeres que administran lo imposible con un cuaderno de pasta verde y una pluma azul. Tiene pepenadores que encuentran valor donde la ciudad no ve nada. Tiene magos de plaza comercial que hacen que el mundo parezca, cuarenta minutos por semana, mejor de lo que es.

Lo que no tiene —o lo que ha decidido no ver— es la historia de todo eso contada desde adentro, sin condescendencia y sin nostalgia. Eso es lo que este billete intentó hacer antes de que las tijeras de Fidel Babotas lo partieran en dos.

---

**ÍNDICE**


**PRÓLOGO:** El nacimiento del valor
**CAPÍTULO 1:** La primera luz
**CAPÍTULO 2:** La casa que administra
**CAPÍTULO 3:** El mostrador
**CAPÍTULO 4:** La propina
**CAPÍTULO 5:** La noche
**CAPÍTULO 6:** La desproporción
**CAPÍTULO 7:** El orden de la sombra
**CAPÍTULO 8:** El tránsito
**CAPÍTULO 9:** El precio de lo invisible
**CAPÍTULO 10:** La ilusión
**CAPÍTULO 11:** El cansancio
**CAPÍTULO 12:** La caída
**CAPÍTULO 13:** El arrastre
**CAPÍTULO 14:** El rescate
**CAPÍTULO 15:** La última función

**EPÍLOGO: La ausencia del valor**

**DINERO CIRCULANTE**
**Por Salvador Rangel Abud**

**PRÓLOGO**
**El nacimiento del valor**

*Casa de Moneda — Banco de México, Ciudad de México*

Nací un martes.

No es un dato menor. Los martes tienen mala fama en este país —martes trece, ni te cases ni te embarques— pero nadie consulta el calendario antes de imprimir dinero, porque el dinero no cree en la mala suerte: la produce. Nací un martes en las entrañas del edificio más discretamente poderoso de esta ciudad, en una sala que huele permanentemente a tinta de alta densidad, a solvente industrial y a la clase de certeza institucional que solo exhalan los lugares donde el Estado fabrica sus propias verdades.

Nací con otros miles de billetes exactamente iguales a mí, todos salidos de la misma prensa, pero todos con un número de serie distinto por los últimos cuatro dígitos. Todos destinados a circular por las mismas manos sucias y las mismas carteras rotas y los mismos cajones de miscelánea que huelen a frituras rancias. Todos iguales. Pero yo fui el elegido para contar esta historia, y solamente por eso, ya soy diferente aunque todavía no lo sepa ninguno…ni yo.

Me hicieron de algodón. No de celulosa y fibra de caña o madera, que es con lo que hacen el papel. Y es que la gente suele creer que nos hacen de papel y por eso nos llaman "papel moneda" con esa condescendencia de quien pone apodo equivocado y lo sostiene durante décadas. Soy de algodón y lino, con pequeñas fibras de seguridad entretejidas en mi cuerpo como venas de

colores que solo son visibles bajo cierta luz, como los secretos de las familias respetables.

Mi textura es firme pero no rígida, resistente pero no indestructible, lo suficientemente durable para sobrevivir el ciclo de manos que me espera y lo suficientemente frágil para saber que ese ciclo tiene un fin. Fui fabricado para durar aproximadamente cuatro años en circulación activa. Cuatro años. El tiempo que tarda un estudiante en no terminar una carrera. Más del tiempo que dura un diputado en su curul y dos tercios de lo que dura un senador o un gobernador en su puesto. Nada, en otras palabras, aunque en esos cuatro años veré más de lo que muchos hombres ven en cuarenta.

En el anverso llevo grabado el rostro de Sor Juana Inés de la Cruz, y aquí debo detenerme un momento, porque esto merece una reflexión. El Estado mexicano —esa entidad que tiene la imaginación de un contador y la memoria selectiva de quien debe muchos favores— decidió poner en mi cara a la escritora más libre, más irreverente y más incómoda que ha producido este país en cuatro siglos de historia. Una monja que discutía de filosofía con los hombres más poderosos de su tiempo y les ganaba. Una poeta que escribió sobre el deseo con una precisión que todavía incomoda a los que tienen cosas que esconder.

Una mujer que tuvo que renunciar a su biblioteca y a su pluma bajo la presión eclesiástica, y que murió dos años después, como si sin los libros, el cuerpo tampoco encontrara razón de continuar. A esa mujer me la pusieron en la cara. Y luego me mandan a circular por las manos de un sujeto como Nicolás Aspiro Nieves, como ya se verá más adelante, para que me enrolle y me meta en su nariz para aspirar droga. El chiste lo escribió el Estado; yo solo soy el papel —perdón, el algodón— sobre el que está impreso.

En el reverso tengo grabado al Ángel de la Independencia, que es otra ironía de escala monumental: el símbolo de la liberación nacional estampado en el instrumento de la servidumbre económica más perfecta que ha conocido la humanidad. El ángel extiende sus alas sobre el Paseo de la Reforma con una dignidad que le cuesta cada vez más sostener, porque el Paseo de la Reforma ya no es lo que era y la independencia tampoco. Pero los ángeles de bronce no tienen con quién hablar de esas cosas. Yo tampoco, por el momento… Pero aprenderé.

Don Aquiles Dejo Lapasta —funcionario de rango medio del Banco de México — es el titular de la Subdirección de Emisión y Control de Billetes, cargo que suena más importante de lo que es y que él pronuncia con una entonación que intenta compensar esa distancia, aunque es el hombre que firma mi certificado de existencia.

Aquiles tiene cincuenta y un años, tres décadas de servicio público, una panza que ha crecido al ritmo exacto de sus años en el escritorio, y unos lentes de armazón metálica que se resbalan constantemente por el puente de la nariz, lo cual le obliga a empujarlos hacia arriba con el dedo índice en un gesto que

repite unas cuarenta veces al día y que sus subordinados imitan cuando él no está, con la crueldad amable de las oficinas.

Este hombre firmó la tarjeta con la que hicieron el buril metálico con el que imprimen automáticamente mi certificado de autenticidad. Lo hizo con una pluma fuente que le regalaron en su vigésimo aniversario de servicio y que es lo más valioso que posee, aunque él no lo sabe porque nunca ha tenido que vender nada.

La firma de don Aquiles es un garabato que ni él mismo podría reproducir exactamente igual dos veces seguidas, lo cual sería, técnicamente, un problema de seguridad, aunque nadie en veintinueve años de firma ha señalado ese detalle, porque afortunadamente para él y la economía mexicana, esa firma suya junto con las de otros sujetos, son impresas en mi cuerpo con esos moldes metálicos que las hacer ser exactamente iguales…o casi.

Esa firma aparece con la expresión de quien hace una cosa porque siempre la ha hecho: sin preguntarse qué significa, sin imaginar adónde irá lo que certifica, sin sospechar que lo que su pluma toca en ese momento es el comienzo de una historia. Los hombres como don Aquiles Dejo Lapasta son necesarios para el funcionamiento del mundo: son los que ponen el sello, los que estampan la rúbrica, los que dan fe de que algo existe sin preguntarse si debería. Sin ellos, nada comenzaría. Con ellos, nada cambia.

Salgo al mundo en un fajo ordenado, sellado con una banda de papel —ese sí de celulosa y fibra de caña— y guardado en una caja de seguridad que huele a metal frío. Junto a mí hay otros doscientos billetes que no hablan, o que tal vez hablan pero no tienen nada interesante que decir. Yo tampoco hablo todavía. Soy nuevo. Soy nítido y deberé aprender apenas a hablar.

Mis colores tienen esa vivacidad específica de las cosas que no han sido usadas: el verde profundo, el púrpura discreto, el dorado que cambia de ángulo según la luz como un secreto que no se decide a ser dicho. Tengo la arrogancia tranquila de lo recién nacido que todavía no sabe lo que le espera.

Lo que me espera, lo sé ahora que cuento la historia desde el otro lado de ella, es esto: manos de todos los tipos y todas las temperaturas. Carteras de cuero genuino y carteras de plástico transparente con la cremallera rota. Cajones de cocina y bolsillos de pantalón y sobres de papel manila y cajas de hojalata y fajas de tela cosidas bajo la ropa. Voy a conocer la ciudad entera sin moverme yo solo un centímetro, porque el dinero no se mueve: lo mueven, y en esa pasividad absoluta está todo su poder.

Voy a saber lo que vale un kilo de frijoles y lo que vale una línea de cocaína y lo que vale cruzar el desierto con los pulmones llenos de miedo y lo que vale una consulta de tarot y lo que vale la propina de un martes al mediodía. Voy a saber lo que vale este país, que es una pregunta que nadie ha podido responder todavía con exactitud pero que yo responderé, a mi manera, en los capítulos que siguen.

Soy un billete de doscientos pesos. Tengo el rostro de una mujer que pensó demasiado y el símbolo de una libertad que llegó incompleta. Valgo exactamente lo que todos acordaron que valgo, que es la definición más honesta de cualquier valor en cualquier sistema humano. Soy fe convertida en algodón. Soy el principio y el final de casi todo lo que importa en la vida cotidiana de millones de personas que nunca se han preguntado quién soy, porque el dinero funciona mejor cuando no se le pregunta nada.

Entonces…¡Que empiece la función!

Y que nadie olvide que los que miran el espejo… son ellos.

Yo solo soy un reflejo.

## CAPÍTULO 1

### La primera luz

*Banco de México, sucursal Cuauhtémoc — Ciudad de México*

La primera mano humana que me toca no es la de don Aquiles Dejo Lapasta, cuya relación conmigo se limitó a un garabato convertido en buril metálico y a veintinueve años de no hacerse preguntas incómodas. La primera mano humana que me toca de verdad —que me separa del fajo, que me dobla, que me pasa al otro lado del mostrador— pertenece a Daría Lavida Portíllo, cajera de ventanilla número cuatro del Banco de México, sucursal Cuauhtémoc, quien lleva siete años en ese puesto con la resignación serena de quien descubrió demasiado tarde que la estabilidad laboral y la felicidad laboral son cosas distintas y no siempre coinciden, y que cuando no coinciden, generalmente es la segunda la que cede.

Daría tiene treinta y un años, una blusa de poliéster color crema que plancha cada noche con una devoción casi litúrgica —porque la blusa es lo primero que ve el cliente y Daría sabe que en este trabajo la presentación es lo único que nadie le puede quitar— y una sonrisa entrenada que despliega con la misma puntualidad con que marca su entrada: a las ocho cuarenta y cinco de la mañana, quince minutos antes de que abra la sucursal, con tiempo suficiente para acomodar su área, revisar el sistema, contar su fondo inicial y recordarse a sí misma que hoy tampoco pasará nada extraordinario. Lleva siete años recordándose eso cada mañana y lleva siete años teniendo razón, lo cual es simultáneamente un logro y una tragedia.

La sonrisa de Daría no llega a los ojos. No porque sea falsa exactamente, sino porque los ojos de Daría están siempre haciendo otra cosa: contando, verificando, calculando. Los ojos de Daría trabajan más que cualquier otra parte de su cuerpo y merecerían un sueldo aparte, aunque en el tabulador del Banco de México no existe una categoría para ojos que no descansan. Daría cobra lo que cobra, sonríe lo que sonríe, y al final de cada turno cuenta su caja con una exactitud que sus supervisores han aprendido a dar por sentada, que es la manera más eficiente y más ingrata de reconocer la competencia de alguien.

Pero antes de que Daría me toque, debo contar lo que sucede en la sala de espera, porque desde el cajón donde aguardo escucho perfectamente lo que ocurre al otro lado de la mampara, y lo que ocurre es esto: un hombre está discutiendo con el guardia de seguridad.

No es una discusión susurrada ni delicada. Es la clase de discusión que nace pequeña —una observación, una resistencia, una réplica— y que crece con la velocidad específica de los conflictos entre personas que ninguna de las dos tiene razón suficiente para ceder pero que tampoco tienen suficiente razón para ganar. El guardia es un hombre fornido de unos cuarenta años, con el uniforme azul marino de la empresa de seguridad y la expresión de quien ha aprendido que su trabajo consiste en hacer cumplir reglas que él no eligió y que no siempre comprende del todo, pero que están en el reglamento y el reglamento es el reglamento.

—Señor, le pido que se retire los lentes y la gorra antes de continuar —dice el guardia, con esa firmeza calibrada de quien ha dicho la misma frase muchas veces y sabe que la mayoría de las veces funciona.

Esta no es la mayoría de las veces.

—¿Por qué? —dice el cliente. Su voz tiene el tono particular de quien no pregunta para informarse sino para señalar que la indicación le parece absurda.

—Son las normas de seguridad del banco, señor. No se permite el acceso con lentes oscuros ni con gorra o sombrero que cubra el rostro.

—Estos lentes no son oscuros. Son graduados.

—De todas formas, señor, el protocolo indica...

—El protocolo —repite el cliente, con una entonación que convierte la palabra en insulto— me va a decir a mí cómo vestirme para entrar a un banco donde llevo quince años siendo cliente. ¿Eso me está diciendo usted?

Escucho desde el cajón cómo Gerásimo Rondón García, que espera su turno en los asientos de la sala, deja de mirar el teléfono. Lo sé porque el sonido del teléfono —ese leve toqueteo de quien mata el tiempo con la pantalla— se detiene, sustituido por el silencio de quien levanta la vista hacia algo más interesante que lo que tenía entre las manos. No es el único. Toda la sala de espera está escuchando ahora, con esa discreción característica del mexicano en público: nadie mira directamente, pero nadie deja de estar atento.

—Señor, por favor —dice el guardia—, no es personal. Es el mismo protocolo para todos los clientes.

—Pues es un protocolo ridículo —dice el cliente—. Traigo lentes porque necesito lentes para ver. Y traigo gorra porque afuera está el sol. ¿O ahora el banco también va a decirme qué clima hace?

El guardia inhala. Es el tipo de inhalación que hacen los profesionales de la paciencia cuando la paciencia empieza a tener un límite visible en el horizonte.

—Señor, si no retira los lentes y la gorra, no puedo permitirle el acceso al área de cajas.

—Pues llame a su supervisor —dice el cliente—, porque yo no me voy a quitar nada.

Hay un momento de silencio. Luego los pasos del guardia alejándose hacia el interior. Luego otro silencio, más tenso, durante el cual imagino —porque no veo, solo escucho— al cliente plantado en su lugar con los brazos cruzados y la expresión de quien ha decidido que este es el cerro en que va a morir aunque el cerro no valga gran cosa. Gerásimo Rondón García, calculo, está mirando la escena con la mezcla de fascinación e incomodidad que produce en cualquier persona razonable ser testigo de una batalla que nadie va a ganar.

El supervisor llega. Tiene pasos distintos a los del guardia: más rápidos, más ligeros, los pasos de quien viene a apagar un fuego y confía en tener el agua suficiente.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué le puedo ayudar?

—Su guardia me está impidiendo pasar porque traigo lentes graduados y una gorra.

—Entiendo, señor. Mire, el protocolo de seguridad…

—Ya me explicaron el protocolo. Lo que quiero saber es si un cliente de quince años tiene que quitarse los lentes con los que ve para poder hacer un depósito en este banco.

—Señor, comprendo su molestia, y le aseguro que no es nuestra intención incomodar a ningún cliente. Si los lentes son graduados y no oscuros, podemos hacer una excepción razonable. En cuanto a la gorra, le pediríamos que la retire solo mientras está en el área de cajas, y puede volvérsela a poner en cuanto salga.

Pausa. El cliente sopesa. Hay en ese silencio toda la negociación de un hombre que quería ganar la discusión completa y está calculando si media victoria es suficiente para no sentir que perdió.

—Está bien —dice finalmente, con el tono de quien concede sin reconocer que concede—. La gorra me la quito. Pero conste que es un protocolo absurdo.

—Gracias por su comprensión, señor. Le pido una disculpa por el inconveniente.

El supervisor se retira. El guardia regresa a su posición. El cliente avanza hacia el dispensador de turnos con la gorra en la mano y la postura de alguien que ha salido victorioso de algo que en realidad fue un empate.

Pero la historia no termina ahí. Porque ese cliente —y aquí es donde la jornada adquiere un matiz que el billete que soy no olvidará— decide, en un impulso que solo puede explicarse como la inercia del conflicto no del todo resuelto, asomarse por un lado de la mampara que separa la sala de espera del área de cajas. No entra. Solo se asoma, con la cabeza y medio cuerpo, mirando las

ventanillas como si quisiera verificar algo o simplemente como si el impulso de violar una norma más fuera irresistible después de haber cedido en la anterior.

El guardia lo ve.

—Señor, por favor, ese espacio es exclusivo para clientes siendo atendidos.

—Solo estoy mirando cuántas cajas hay abiertas.

—Esa información está en el monitor de la sala, señor.

El cliente retira la cabeza de detrás de la mampara con la parsimonia del que obedece sin prisa, que es la forma más elegante de mostrar que la obediencia no es voluntaria sino calculada. Regresa a su asiento. Nadie en la sala dice nada. Gerásimo Rondón García, según puedo deducir por el sonido de su teléfono que se reactiva, ha vuelto a la pantalla. El espectáculo terminó. La sala recupera su ritmo de sala de espera bancaria: el murmullo del sistema de climatización, el tono electrónico que llama el siguiente turno, los pasos de quien se levanta y camina hacia la ventanilla indicada.

Poco después ese tono electrónico llama el turno de Gerásimo. Lo escucho levantarse, caminar, y llegar al otro lado de la mampara, al área donde yo espero dentro del cajón de Daría Lavida Portíllo.

—Buenas tardes —dice Gerásimo, poniendo su credencial y su tarjeta sobre el mostrador con los movimientos precisos de quien ya tiene todo listo antes de llegar.

—Buenas tardes —dice Daría, con su sonrisa de poliéster calibrada—. ¿Qué trámite va a realizar?

—Retiro de cuenta. Tres mil doscientos pesos.

Daría toma la credencial, la verifica, teclea en el sistema, introduce la tarjeta, espera la confirmación. Todo sucede con la fluidez de un procedimiento ejecutado miles de veces, sin fricción, sin drama, sin la menor reminiscencia del episodio que acaba de ocurrir al otro lado de la mampara.

—¿En qué denominaciones lo prefiere?

—Como salga está bien.

Daría abre el cajón donde yo espero. Me toma con dos dedos, me examina bajo la lámpara ultravioleta —ese ritual de desconfianza que en mi caso resulta perfectamente innecesario porque soy más nuevo que la esperanza— y me coloca sobre el mostrador junto con los otros billetes que completan los tres mil doscientos pesos. Me desliza hacia Gerásimo con ese movimiento de muñeca que los cajeros desarrollan con los años y que ningún manual bancario enseña: eficiente, impersonal, definitivo.

—Tres mil doscientos. ¿Gusta contarlos?

—No, está bien —dice Gerásimo, que ya me está guardando mientras habla, con la fe práctica de quien confía en las instituciones no por convicción filosófica sino porque no tiene tiempo para verificar—. Gracias.

—Que tenga buen día.

Así es como nace uno al mundo por segunda vez: con un "que tenga buen día" que nadie escucha porque ya va de salida.

Gerásimo Rondón García tiene cuarenta y cuatro años y la cara de un hombre que ha resuelto la mayor parte de sus problemas con la frente y muy pocos con la suerte, no porque la suerte lo haya esquivado deliberadamente sino porque Gerásimo es de los que no espera a que la suerte llegue: sale a buscar la solución antes de que la suerte tenga tiempo de opinar, lo cual es una virtud que el mundo premia con más problemas que resolver, porque los que solucionan siempre reciben más carga que los que esperan. Doce años lleva en una empresa de fletes del oriente de la ciudad, en el área de logística, que es una palabra elegante para describir el arte de que las cosas lleguen a donde tienen que llegar a pesar de todos los factores que conspiran para que no lleguen. Doce años siendo el que resuelve lo que nadie más quiere tocar, sin un aumento en los últimos tres, con dos hijos que crecen y una cartera de piel sintética que no.

Me dobla por la mitad —ese primer doblez que siempre es el más brusco porque el billete nuevo todavía tiene sus propias ideas sobre la forma que debe tener, y ceder a los dedos de otro es una negociación que nadie gana del todo— y me introduce en esa cartera color café oscuro que huele a transpiración acumulada y a urgencia crónica. Adentro encuentro el archivo involuntario de su vida cotidiana: un recibo de agua con tres semanas de antigüedad que lo mira cada vez que Gerásimo abre la cartera con la acusación silenciosa de los pendientes postergados, la credencial del IMSS con la plastificación levantada en una esquina, una tarjeta de débito con el chip rayado que funciona en algunos terminales y en otros no, un papel doblado en cuatro con pendientes escritos a pluma azul —"llamar plomero", "pago colegiatura viernes", "revisar llanta trasera derecha", "cumpleaños mamá — no olvidar"— y entre las tarjetas, una fotografía pequeña y desgastada de dos niños que sonríen con esa amplitud sin reservas que solo tienen los niños que todavía no saben lo que cuesta nada.

Son sus hijos. El mayor, Gerásimo hijo, tiene doce años, lleva lentes desde los ocho —lentes graduados, no oscuros, lo cual en este banco ya demostró que puede ser tema de conversación— y quiere ser veterinario con una convicción que ha sobrevivido tres años sin que ningún maestro ni ninguna conversación sobre lo que "de verdad conviene estudiar" haya logrado disuadirlo. El menor, Tadeo, tiene nueve años y por el momento quiere ser youtuber de videojuegos, y cuando Gerásimo le pregunta cómo piensa ganar dinero con eso, Tadeo le explica el modelo de mercadotecnia digital con una claridad que hace que Gerásimo se quede callado, no porque lo haya convencido, sino porque su hijo de nueve años entiende algo que él no comprende del todo, y eso es motivo simultáneo de orgullo y de una inquietud que prefiere no examinar demasiado.

Salgo del banco en el bolsillo del pantalón de mezclilla azul marino y conozco la ciudad por primera vez desde esa posición: oscura, acalorada, con el ritmo

de los pasos de un hombre que camina sin prisa excesiva porque no tiene a dónde llegar tarde, simplemente regresa al trabajo después del banco, como cualquier miércoles. Desde aquí adentro descubro algo que será fundamental en todo lo que sigue: el dinero escucha más de lo que mira. El dinero está siempre adentro —del bolsillo, del cajón, del sobre, de la cartera— y desde ese adentro oscuro y tibio, escucha todo lo que la gente dice cuando cree que nadie importante presta atención.

Y yo siempre estoy prestando atención.

La tarde en la oficina la paso sin ver nada y escuchándolo todo: el tecleo constante, una llamada de Gerásimo a alguien llamado Chava sobre un camión disponible para el jueves, el ruido del microondas en la cocina, otra llamada más breve, el pitido de una computadora que se apaga. A las seis y cuarto escucho el sonido inconfundible de una silla que se empuja hacia atrás con el alivio del que termina, y luego los pasos de Gerásimo hacia la salida.

En el metro de las seis y media, de pie y apretado contra otros cuerpos con los que ha llegado a una tregua tácita, Gerásimo va en silencio. No habla con nadie. Mira ese punto vago entre dos cabezas que mira la gente en el metro cuando necesita estar sola aunque esté rodeada. Cuarenta minutos después sale a la calle. Seis cuadras hasta el edificio pintado de amarillo ocre. La escalera huele a guiso de la señora del segundo piso. La puerta del 3B se abre antes de que Gerásimo saque las llaves.

Amadea Costa Delado está en el umbral con la expresión de quien tiene tres cosas que decir y está eligiendo el orden.

—El plomero llamó —dice—. Que el jueves no puede, el viernes tampoco, y el lunes a más tardar.

—¿El lunes? —Gerásimo entra, deja la mochila en la silla del comedor—. Llevamos diez días con el baño chico sin agua caliente.

—Le dije eso.

—¿Y?

—Y dijo que tiene muchos trabajos pendientes y que el lunes era lo más pronto.

—¿Le dijiste que si quería que llamáramos a alguien más?

—Le dije.

—¿Y?

—Dijo que como quisiéramos, pero que si conseguíamos a alguien más barato no nos garantizaba que hiciera bien el trabajo.

Gerásimo se lava las manos. El agua sale fría, lo cual en el baño chico no sale de ningún modo desde hace diez días, recordatorio físico de por qué el lunes le parece inaceptable aunque termine aceptándolo.

—Bueno —dice—. El lunes.

Saca la cartera y me pone sobre la mesa de la cocina junto con los otros billetes: dos de cien, uno de cincuenta, y las monedas que tintinean con la modestia de quienes no pretenden ser más de lo que son. Amadea se seca las manos en el delantal, se acerca, y me cuenta con una eficiencia que no necesita papel ni lápiz.

—¿Alcanza para el mandado y la colegiatura? —pregunta Gerásimo.

—Si no se ofrece otra cosa, sí.

—¿Y el plomero?

Amadea hace una pausa brevísima, el tipo de pausa en que una persona muy competente recalcula en silencio.

—Si cobra lo mismo que la vez pasada, sí. Si cobra más, vemos.

—¿Cuánto cobró la vez pasada?

—Ochocientos.

—¿Y cuánto crees que cobre ahora?

—Más —dice Amadea, con la certeza tranquila de quien lleva años observando que todo cuesta más que la vez anterior y ha incorporado esa tendencia como dato permanente de su modelo del mundo—. Siempre cobra más.

Gerásimo asiente. Hay en ese asentimiento toda la conversación que no van a tener: la del dinero que no sobra, la de los imprevistos que siempre llegan, la de los hijos que crecen y necesitan cosas, la de la llanta trasera derecha que lleva tres semanas en la lista. Todo eso cabe en el asentimiento, y los dos lo saben, y ninguno lo dice porque no hace falta y porque ya es hora de cenar.

—¿Comieron los niños? —pregunta Gerásimo.

—Hace rato. Están haciendo tarea.

—¿Los dos?

Amadea lo mira con la expresión específica de las madres cuando alguien pregunta algo cuya respuesta es obvia pero cuya obviedad sería cruel señalar.

—Gerásimo hijo sí —dice—. Tadeo dice que ya terminó pero yo no le he revisado.

—Voy a verlo.

—Come primero.

Gerásimo come primero. Desde la mesa de la cocina, debajo del salero donde Amadea me dejó, escucho los sonidos del departamento en la noche: el ruido de los cubiertos, la televisión en volumen bajo en la sala, los pasos de Gerásimo hijo yendo al baño, la voz de Tadeo preguntando a gritos desde su cuarto si ya puede apagar la tele que se supone no debería tener encendida mientras hace tarea, y la respuesta de Amadea: no, todavía no.

Esta es la primera noche de mi vida en el mundo. He escuchado más en estas horas que en todos los meses que pasé en la caja de seguridad del banco esperando ser usado. He escuchado a un hombre discutir con un guardia por

una gorra y unos lentes graduados, y a un supervisor apagar ese fuego con la economía verbal de quien tiene práctica. He escuchado el "alcanza" de Amadea, que es la palabra más honesta que he oído hasta ahora.

El dinero, aprendí hoy, no es lo que uno compra con él.

Es lo que uno no dice mientras lo cuenta.

Esa noche duermo —si los billetes duermen— sobre la mesa de la cocina, debajo del salero. Amadea ya sabe para qué sirvo. El martes lo confirmaré.

Por ahora, alcanza.

## CAPÍTULO 2

### La casa que administra

*Departamento 3B, Colonia Guerrero — Ciudad de México*

Amanezco debajo del salero.

No es la posición más digna para un billete de doscientos pesos con el rostro de Sor Juana Inés de la Cruz, pero la dignidad, aprendo rápido, es un lujo que el dinero solo se puede permitir cuando nadie lo necesita urgentemente. Esta mañana me necesitan, y eso es suficiente para justificar cualquier postura.

La cocina del departamento 3B huele a café de olla y a tortilla recién calentada en comal. Son las siete cuarenta y cinco de la mañana. Gerásimo ya se fue —lo escuché salir a las siete en punto, con el ruido específico de quien intenta no hacer ruido para no despertar a nadie y lo consigue a medias — y los niños están todavía en sus cuartos en ese estado intermedio entre el sueño y la obligación que los escolares mexicanos conocen bien y que los padres combaten con una mezcla de llamados progresivamente más enérgicos y la amenaza velada de consecuencias que rara vez se cumplen del todo.

Amadea Costa Delado está sentada a la mesa de la cocina con un cuaderno de pasta dura color verde frente a ella y una pluma en la mano, y lo que hace en este momento es lo más cercano a la ciencia exacta que he presenciado en mi brevísima existencia: administra.

No administra en el sentido vago y decorativo en que los políticos dicen que administran los recursos públicos. Administra en serio, con números reales que suman lo que suman y no lo que uno quisiera que sumaran, con una claridad aritmética que no admite optimismo injustificado ni pesimismo paralizante.

El cuaderno tiene columnas. Una para ingresos, una para egresos fijos, una para egresos variables, y una última que Amadea llama, con una economía verbal que la caracteriza, "imprevistos", y que en los últimos dieciocho meses ha sido la columna más activa de las cuatro. En la página de esta semana ya están anotados: renta, gas, colegiaturas, transporte de Gerásimo, despensa estimada.

Faltan: plomero —con un signo de interrogación al lado, porque Amadea no anota lo que no sabe con certeza— y una línea en blanco que dice simplemente "calculadora G.H.", que es la abreviatura de Gerásimo hijo, y que lleva tres semanas en la lista de pendientes con la misma paciencia con que el muchacho lleva tres semanas preguntando y recibiendo la misma respuesta.

Esa respuesta llega puntual esta mañana.

Gerásimo hijo aparece en la cocina a las ocho menos cinco, con el uniforme escolar a medio abotonar y los lentes ligeramente torcidos, lo cual le da un aspecto permanente de haber resuelto recientemente un problema difícil y no haber tenido tiempo de recomponerse. Se sirve un vaso de leche, toma dos galletas del bote que está junto al microondas, y antes de sentarse dice, con la precisión de quien ha elegido cuidadosamente el momento:

—Mamá, la maestra dijo que la calculadora la necesitamos para el examen del viernes.

Amadea no levanta la vista del cuaderno.

—¿Qué tipo de calculadora?

—Científica. Con funciones trigonométricas.

—¿Dónde se consigue?

—En la papelería de Insurgentes. Ya vi una que cuesta trescientos veinte.

Amadea anota algo en el cuaderno. Gerásimo hijo la observa con la cautela de quien sabe que ese gesto puede significar varias cosas y espera descubrir cuál.

—¿La necesitas para el viernes o para el examen del viernes?

El muchacho piensa un segundo.

—Para el examen. Pero la maestra dijo que la llevemos desde el jueves para practicar.

—El jueves vemos —dice Amadea, lo cual en el idioma de Amadea Costa Delado significa que el jueves habrá calculadora si los números del cuaderno lo permiten, y que el muchacho debería confiar en que su madre resolverá lo que tenga que resolverse sin necesidad de recordatorios adicionales, porque los recordatorios adicionales no aceleran el proceso sino que únicamente aumentan la irritación de todos los involucrados.

Gerásimo hijo lo sabe. Toma su leche y sus galletas y se va a terminar de abotonar el uniforme sin decir más, que es exactamente la respuesta correcta.

Tadeo aparece diez minutos después con el pantalón del uniforme mal metido en los zapatos y una expresión de profunda injusticia cósmica que es su estado habitual a las ocho de la mañana.

—No encuentro mi calculadora —dice.

—¿Qué calculadora?

—La que me prestó mi hermano la semana pasada.

—¿Tu hermano te prestó su calculadora?

—Sí, para matemáticas.

—¿Y por qué tu hermano tiene una calculadora si llevamos tres semanas esperando a poder comprarle una?

Tadeo procesa esto con la velocidad de quien acaba de darse cuenta de que metió la pata en algo que no alcanza a dimensionar del todo.

—Es... una que tenía de antes —dice.

—¿De cuándo antes?

—De... no sé. De antes.

Amadea lo mira con la paciencia específica de quien ya sabe la respuesta y espera que el interrogado llegue a ella por sus propios medios.

—Ve a buscarla al cuarto de tu hermano —dice finalmente—. Y métete bien el pantalón en los zapatos.

Tadeo desaparece. Se escucha una conversación breve y no del todo amistosa entre los dos cuartos, cuyo contenido exacto no llega a la cocina pero cuyo tono general sugiere una negociación sobre propiedad temporal de objetos con resultado incierto. Tadeo regresa con una calculadora básica —no científica, sin funciones trigonométricas, perfectamente inútil para el examen del viernes— y la pone sobre la mesa con la expresión de quien ha ganado una batalla pero sospecha que la guerra es más complicada.

—Ésa no sirve para el examen de tu hermano —dice Amadea sin mirarla.

—¿Para qué sirve entonces?

—Para sumar, restar, multiplicar y dividir.

—Eso también lo hace el celular.

—El celular no se permite en los exámenes.

—Entonces para nada —concluye Tadeo, con una lógica aplastante que Amadea decide no combatir porque son las ocho y diez y el camión pasa a las ocho y veinticinco.

—Desayuna —dice.

—No tengo hambre.

—Desayuna igual.

Tadeo se sienta, come medio plato de cereal con la expresión del mártir, y a las ocho y veinte los dos niños salen por la puerta con las mochilas y el ruido específico de dos personas que no tienen prisa suficiente pero que si no se apuran van a llegar tarde, lo cual generará consecuencias que afectarán a todos pero que en este momento ninguno de los dos parece considerar con la seriedad del caso.

La puerta se cierra. El departamento queda en silencio.

Amadea Costa Delado se sirve una taza de café, se sienta de nuevo frente al cuaderno, y hace algo que no hace cuando hay alguien más en la casa: suspira. No es un suspiro dramático ni uno de derrota. Es el suspiro funcional de quien exhala el ruido acumulado de la mañana para poder pensar con claridad. Lo conozco bien porque desde la mesa lo escucho todo, y ese suspiro es uno de los sonidos más honestos que he registrado en mi corta vida.

Repasa las columnas. Suma y resta mentalmente. Yo la observo —en la medida en que un billete puede observar, que es más una cuestión de estar presente que de tener ojos— con algo que si tuviera que nombrarlo llamaría respeto. Amadea Costa Delado no tiene título universitario.

Estudió hasta la preparatoria, conoció a Gerásimo a los veintidós, se casó a los veinticuatro, tuvo a Gerásimo hijo a los veinticinco y a Tadeo a los veintisiete, y desde entonces administra una economía doméstica con una competencia que ninguna escuela de negocios enseña porque ninguna escuela de negocios ha tenido la honestidad de reconocer que lo que hacen estas mujeres es, técnicamente, gestión de recursos escasos bajo condiciones de incertidumbre con información imperfecta y sin margen de error. Los economistas le pondrían un nombre sofisticado. Amadea le pone cuaderno de pasta verde y pluma azul.

Termina de repasar, cierra el cuaderno, y habla sola. No es demencia ni soledad: es el monólogo de trabajo de quien procesa en voz baja lo que acaba de calcular.

—La calculadora cabe si el plomero cobra lo mismo —dice, para nadie, o para la cocina, que a estas alturas ya la conoce bien—. Si cobra más, esperamos otra semana. O le digo a Gerásimo que pregunte en la empresa si tienen alguna de préstamo.

Pausa.

—Aunque en esa empresa no prestan nada.

Pausa.

—Tres veinte es tres veinte. No es el fin del mundo.

Decide, en otras palabras, que el jueves habrá calculadora científica con funciones trigonométricas. Lo decide sin anunciárselo a nadie, sin celebrarlo, sin consultar más. Lo decide porque los números lo permiten si ajusta una variable menor en la columna de egresos variables, y porque Gerásimo hijo tiene un examen el viernes y porque las matemáticas no esperan a que mejore la economía familiar.

Me toma de la mesa junto con los otros billetes, me cuenta, me distribuye entre su monedero y una bolsita de tela que guarda en la bolsa grande. La bolsita de tela es para el mandado. El monedero es para "lo que se ofrezca", que en el vocabulario de Amadea significa los imprevistos pequeños que no caben en ninguna columna pero que aparecen siempre con la puntualidad de los males menores: el boleto del camión que subió de precio, la fruta que estaba más cara de lo que marcaba el letrero, el chicle que le pide Tadeo a la

salida de la escuela y que le da aunque no debería porque son diez pesos que no estaban presupuestados pero que cuestan más no dar.

Sale del departamento. En la escalera se encuentra con la señora del segundo piso, la del guiso que perfuma todo el edificio cada tarde, que baja en ese momento con una bolsa de basura y la disposición conversacional de quien lleva toda la mañana sola y necesita intercambiar palabras con alguien antes de que el día avance demasiado.

—Buenos días, Amadea. ¿Va al mandado?

—Al mandado, sí. ¿Usted?

—A tirar esto y ya. ¿Oyó lo de la señora del primero?

—¿Qué pasó?

—Que el marido se quedó sin trabajo. Lo liquidaron la semana pasada, dice ella.

—Ay, no. ¿Y con los tres niños que tienen?

—Eso digo yo. Y la renta no espera. Yo le dije a mi esposo: hay que tenerla en mente por si necesita algo. Aunque nosotros tampoco estamos para repartir, ¿verdad?, pero algo es algo.

—¿Sabe si ya está buscando trabajo él?

—Dice ella que sí, que ya mandó currículum a varios lados. Pero usted sabe cómo está eso. Uno manda y manda y no contestan o contestan para decir que ya cubrieron el puesto.

—Qué difícil —dice Amadea, con esa brevedad que no es frialdad sino la economía verbal de quien mide lo que dice para no prometer lo que no puede cumplir ni comprometerse con lo que no depende de ella—. Ojalá le salga algo pronto.

—Ojalá. Bueno, que le vaya bien en el mandado.

—Gracias, señora Consuelo.

Amadea sale a la calle. La mañana de la Colonia Guerrero tiene su propio ritmo, distinto al del centro bancario donde nací y distinto también al del oriente donde trabaja Gerásimo: es un ritmo de barrio consolidado, de vecindad con historia, de comercio menudo que abre temprano y cierra tarde y conoce a sus clientes por nombre y por costumbre.

El puesto de jugos de la esquina tiene ya su fila de tres personas. La señora de las garnachas está preparando su aceite. Un señor barre la banqueta frente a su local con la parsimonia del que sabe que en dos horas volverá a estar igual pero que barre de todas formas porque así se hacen las cosas.

Amadea camina con la lista en la cabeza —no en papel, en la cabeza, porque Amadea Costa Delado no necesita escribir lo que ya sabe de memoria— y con la bolsa de tela doblada bajo el brazo. Yo voy en la bolsita interior, junto con los otros billetes, escuchando los sonidos de la calle: el claxon del microbús, el pregón del señor del gas que pasa en su camioneta con el cilindro golpeando

el metal como campana de barrio, las conversaciones que se cruzan y se pierden.

En la verdulería de don Lencho, Amadea elige con una velocidad que parece descuido pero que es exactamente lo contrario: sabe qué tomate está en su punto sin tener que apretarlo, sabe qué aguacate estará listo mañana y cuál pasado, sabe cuánto pesa el kilo de chile sin que la báscula lo confirme. Don Lencho la conoce desde hace seis años y ya no intenta venderle lo que no le conviene porque sabe que Amadea lo verá antes de que él lo proponga.

—¿Cómo están los chiles anchos hoy, don Lencho?

—Muy buenos, Amadea. Llegaron frescos ayer.

—Deme cuatro.

—¿Y jitomate?

—Un kilo. De los medianos.

—¿Cómo sigue el señor Gerásimo?

—Bien, trabajando.

—Dele saludos.

—Cómo no.

Don Lencho pesa, cobra, Amadea paga con el billete de cien que tenía preparado desde antes de llegar. Me guarda de nuevo en la bolsita con el cambio. Seguimos.

En la miscelánea del señor que vende arroz y frijoles a granel, Amadea compra medio kilo de cada uno y una bolsa de azúcar. El señor —que no tiene el carisma de don Lencho ni su disposición conversacional, pero que cobra exacto y nunca le falta báscula— le da el total con la misma expresión con que daría cualquier número: sin emoción, sin error.

—Treinta y ocho.

Amadea paga. Cuenta el cambio antes de guardarlo, no porque desconfíe sino porque así se hace: el dinero se cuenta siempre, no importa quién lo dé ni cuánto sea. Eso también lo aprendí hoy.

A las diez y media, con la bolsa de tela ya con peso y la bolsita de la compra con menos billetes, Amadea regresa al edificio. Sube las escaleras, abre el 3B, y descarga los víveres sobre la meseta de la cocina con el orden específico de quien ya sabe dónde va cada cosa antes de ponerla. Abre el cuaderno de pasta verde. Anota los gastos de la mañana en la columna correspondiente. Suma. Verifica.

Cierra el cuaderno.

—Alcanza —dice, igual que anoche. Con la misma calma. Con la misma ausencia de celebración.

Me quedo en la bolsita de tela, que Amadea cuelga de un gancho detrás de la puerta de la cocina, esperando el momento en que me necesite para algo más. No sé cuándo será. Amadea sí lo sabe, porque Amadea siempre sabe

cuándo y para qué y cuánto, y esa certeza suya es lo más parecido a la seguridad que he conocido desde que salí del banco.

Hay personas que administran millones y los pierden. Hay personas que administran lo justo y no pierden nada, porque no pueden permitírselo. La diferencia no está en la cantidad. Está en lo que se pierde si uno se equivoca.

Amadea Costa Delado no se puede permitir equivocarse.

Y no se equivoca.

## CAPÍTULO 3

### El mostrador

*Miscelánea "El Buen Precio", Colonia Guerrero — Ciudad de México*

Llego a la miscelánea de Lesven Deré Basura un martes por la mañana, en el monedero de Amadea Costa Delado, junto con un billete de cien y algunas monedas que tintinean con la modestia de quienes conocen su lugar en el mundo y no aspiran a más. Amadea camina con la lista en la cabeza —no en papel, porque Amadea no necesita papel para lo que ya sabe de memoria— y con la bolsa de tela doblada bajo el brazo, lista para llenarse con lo que alcance y no con lo que se antoje, que son dos operaciones completamente distintas aunque el carrito del supermercado no haga esa diferencia.

La miscelánea "El Buen Precio" está en la planta baja de un edificio de los años setenta cuya fachada lleva décadas prometiendo una remodelación que nunca llega. El letrero es de lámina pintada a mano, con letras verdes sobre fondo blanco que el tiempo ha ido decolorando hasta un amarillo hueso que ya no es blanco pero tampoco es otra cosa. Adentro, el espacio es exactamente el que es: ni más ni menos. Tres pasillos angostos con estantes hasta el techo, un mostrador de madera oscurecida por el uso, una caja de hojalata que hace las veces de caja registradora, y el olor compuesto e inconfundible de la miscelánea de barrio: jabón de barra, café molido, frituras en bolsa, detergente, y algo más que no tiene nombre preciso pero que cualquier mexicano reconocería con los ojos cerrados como el olor de las cosas necesarias.

Lesven Deré Basura lleva el apellido más honesto de toda esta historia y lo porta con una resignación que a estas alturas ya no es resignación sino simplemente su manera de estar en el mundo. Tiene cincuenta y tres años, diecisiete de ellos detrás de ese mostrador, y ha desarrollado con el tiempo esa capacidad específica del comerciante de barrio de conocer a sus clientes mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos: sabe quién paga puntual y quién siempre tiene una historia, sabe quién compra de más cuando cobra y de menos cuando no, sabe quién manda a los hijos a comprar fiado y quién manda a los hijos precisamente para evitar el compromiso de pedir fiado en persona. Lesven sabe todo eso y guarda todo eso con la discreción del confesor laico que es, en el fondo, todo tendero de barrio que se respete.

Su expresión habitual no es amabilidad ni hostilidad: es neutralidad comercial, el rostro de diecisiete años de transacciones repetidas con el mismo universo de caras, el rostro de quien ha entendido que el cliente no viene a verlo a él sino a lo que tiene en los estantes, y que su trabajo consiste en que lo que está en los estantes esté ahí, cueste lo que debe costar, y llegue a las manos del cliente sin drama innecesario. En eso Lesven Deré Basura es un maestro, aunque nadie le haya dado nunca ese título.

Amadea entra. La puerta tiene una campana pequeña que suena cuando alguien entra o sale, y ese sonido —dos notas breves, un poco desafinadas— es el único anuncio que Lesven necesita para saber que tiene un cliente. Levanta la vista desde el mostrador donde estaba revisando una factura del proveedor de lácteos con el ceño fruncido de quien encuentra algo que no cuadra, y reconoce a Amadea con el gesto mínimo del que reconoce sin necesitar celebrarlo.

—Buenos días —dice Amadea.

—Buenos días —dice Lesven—. ¿Qué va a llevar?

—Tantito de todo —dice Amadea, que usa esa frase no como evasiva sino como apertura, porque los dos saben que "tantito de todo" en la miscelánea de Lesven significa exactamente lo que Amadea necesita y no un gramo más.

Amadea recorre los pasillos con la eficiencia de quien conoce la geografía del lugar mejor que el propio dueño la conoce, porque los clientes habituales internalizan el mapa del comercio que frecuentan con una precisión que ningún arquitecto podría reproducir. Toma el arroz —medio kilo, de la marca que siempre lleva—, los frijoles —un kilo, negros, no bayos—, el aceite —el de un litro, no el de litro y medio porque el de litro y medio parece más barato por litro pero en realidad Lesven lo sube un poco y la diferencia se esfuma—, la sal, el azúcar. Llega al mostrador con todo en los brazos y lo pone pieza por pieza mientras Lesven va anotando en una libreta con una letra que solo él puede leer con certeza pero que en diecisiete años nunca ha generado un error de cobro que no haya sido a favor del cliente.

—¿Algo más? —pregunta Lesven, cuando la última pieza está sobre el mostrador.

—Dos jabones de baño. Los de la marca verde.

Lesven se voltea, toma dos jabones del estante detrás suyo sin necesidad de buscarlos, los pone junto con lo demás.

—¿Algo más?

Amadea piensa un momento. No está recordando: está calculando.

—Una caja de cereal. La chica.

—¿La de avena o la de maíz?

—La de avena.

Lesven anota. Suma en voz baja, con los labios moviéndose apenas, sin calculadora, sin sistema electrónico de ningún tipo, porque Lesven Deré

Basura lleva diecisiete años sumando en la cabeza y su cabeza no ha fallado todavía en ese rubro.

—Ciento ochenta y seis pesos.

Amadea abre su monedero. Saca el billete de cien, luego el de cincuenta, luego busca entre las monedas con la paciencia de quien sabe que ahí está el cambio exacto y que encontrarlo es cuestión de un momento. Encuentra treinta y seis pesos en monedas y los pone sobre el mostrador en una pequeña columna ordenada que Lesven recoge, cuenta sin que parezca que está contando, y guarda en la caja de hojalata.

Ahí es donde entro yo.

Lesven me pone en la caja de hojalata junto con otros billetes de distintas denominaciones y distintas historias, y desde ahí dentro, con la tapa entreabierta como siempre está cuando el negocio está abierto, escucho la miscelánea. Y la miscelánea, descubro, es un universo completo en miniatura.

El primer cliente después de Amadea es un niño de unos diez años que entra con una moneda de diez pesos apretada en el puño y la expresión de quien lleva un encargo importante.

—Mi mamá quiere un cuarto de jamón —dice.

Lesven lo mira.

—¿De cuál?

—Del bueno.

—Aquí todos son buenos —dice Lesven, sin ironía detectable, lo cual es en sí mismo un logro—. ¿El de pavo o el normal?

El niño piensa. Es evidente que nadie le especificó ese detalle y que ahora tiene que tomar una decisión que está fuera de su mandato original.

—El normal —dice finalmente, con la resolución de quien elige lo conocido ante lo desconocido.

Lesven corta, pesa, envuelve. Son doce pesos con cincuenta.

—Dile a tu mamá que le debo dos pesos —dice, tomando la moneda de diez.

—¿Le debo o le debe? —pregunta el niño, con una precisión gramatical que Lesven recibe con algo parecido a la sorpresa.

—Yo le debo a ella —corrige Lesven—. Le faltan dos pesos de cambio. Dile que la próxima vez se los doy.

El niño sale con su jamón y su mensaje. Lesven anota algo en su libreta, que según entiendo es el registro de los dos pesos que debe, porque Lesven Deré Basura debe pocos centavos pero los anota todos, que es la diferencia entre el comerciante que dura y el que no.

El segundo cliente es un hombre joven con cara de prisa que pide tres cervezas.

—Para llevar —aclara, innecesariamente, porque en la miscelánea de Lesven no hay dónde quedarse a tomar.

—Frías o del estante —dice Lesven.

—Frías.

Lesven abre el refrigerador, saca tres cervezas, las pone sobre el mostrador. El hombre paga con un billete de cien, recibe su cambio, y sale tan rápido como entró. Lesven anota en su libreta las tres cervezas con la misma calma con que anotó el jamón y el cuarto de arroz. Todo tiene su registro. Todo tiene su columna.

El tercer cliente es más complicado.

Es una mujer de unos cuarenta años, vecina del edificio de junto, que Lesven conoce desde hace tanto tiempo que ya no necesita que ella diga su nombre para saber quién es y, más importante, cuál es su situación con el cuaderno de fiados.

—Lesven, ¿me apunta un litro de leche y una bolsa de pan? Es que hoy no traigo, pero mañana que cobre le pago todo lo del mes.

Lesven no responde de inmediato. Abre la libreta en una página específica, la revisa con el dedo índice bajando por los renglones, y levanta la vista.

—Doña Refugio, ya lleva usted ciento cuarenta y dos pesos del mes pasado más lo que va de este.

—Sí, ya sé, Lesven, pero es que mi yerno no me pagó lo que me debía y...

—No le digo que no —la interrumpe Lesven, con una firmeza que no es crueldad sino la precisión de quien ha escuchado demasiadas variaciones de la misma historia—. Le digo nomás que ya son dos meses.

—Para el viernes le pago todo, se lo juro.

Silencio. Lesven mira la libreta. Mira a doña Refugio. Hace el cálculo que ninguna escuela de administración enseña: el cálculo entre el riesgo de perder el dinero y el riesgo de perder a la cliente, entre la regla y la excepción, entre el negocio y el barrio.

—La leche sí —dice finalmente—. El pan no, porque el pan se acaba y la leche también, pero la leche la necesitan los niños.

—Gracias, Lesven. Para el viernes, se lo prometo.

—Para el viernes —repite Lesven, con el tono de quien no cree del todo en el viernes pero tampoco descarta que esta vez sea diferente.

Doña Refugio sale con su litro de leche. Lesven anota en la libreta del fiado con la expresión de quien hace algo que sabe que puede costarle pero que no puede no hacer, que es la condición permanente del tendero de barrio: financiar a quienes el sistema financiero no financia, con sus propios márgenes, sin garantías, sin intereses, y sin la posibilidad de declararse en quiebra cuando el fiado no regresa.

Yo observo todo esto desde la caja de hojalata con algo que si tuviera que nombrarlo llamaría asombro. Porque yo vengo del Banco de México, donde los certificados tienen buril y las firmas tienen molde metálico y todo está

respaldado por el Estado y sus instituciones, y sin embargo aquí, en esta caja de hojalata con la tapa entreabierta, hay una economía que funciona con los mismos principios fundamentales que cualquier banco: confianza, registro, flujo de capital, gestión del riesgo. La diferencia es que aquí el director general es un hombre de cincuenta y tres años con el apellido más honesto de la historia, y el sistema de cómputo es una libreta con letra ilegible para todos menos para él.

A las dos de la tarde llega el proveedor de refrescos. Es un muchacho de unos veinticinco años que empuja un diablito cargado con cajas de botellas de plástico y que entra a la miscelánea con el paso de quien conoce el lugar y sabe que aquí el trámite será rápido porque Lesven Deré Basura no es de los que hacen perder el tiempo.

—Buenas, don Lesven. Le traigo el pedido de la semana. Son cuatro cajas de refresco de cola, dos de naranja, una de limón y una de agua mineral. En total trescientos veinte pesos.

Lesven revisa las cajas, cuenta las botellas con una ojeada que parece casual pero que no lo es, y asiente.

—Están completas.

—Como siempre, don Lesven.

—Como casi siempre —dice Lesven, con el tono neutro de quien recuerda sin necesidad de detallar.

El muchacho sonríe con la incomodidad de quien recibe una corrección que no puede rebatir.

—¿Cómo le pago hoy? —pregunta Lesven—. ¿Todo o a cuenta?

—Como usted quiera, don Lesven. Si me da doscientos hoy y el resto el jueves, está bien.

Lesven abre la caja de hojalata. Me toma a mí junto con otro billete de cien, nos examina brevemente —ese gesto de revisar contra la luz que a estas alturas ya entiendo como el saludo universal del comercio informal al dinero en efectivo— y nos entrega al muchacho.

—Doscientos. El jueves el resto.

—Perfecto. ¿Le firmo algo?

—No hace falta. Usted sabe y yo sé.

El muchacho guarda los billetes, anota algo en su propio cuaderno, y se va con el diablito vacío. Lesven cierra la caja de hojalata.

Salgo de la miscelánea "El Buen Precio" en el bolsillo del proveedor de refrescos, alejándome del mostrador oscurecido, de la campana desafinada, de la libreta con letra ilegible, de doña Refugio y sus viernes que a veces cumplen y a veces no. Me llevo la imagen de Lesven Deré Basura contando monedas con la yema del dedo, anotando dos pesos que le debe a un niño que fue por jamón, decidiendo que la leche sí pero el pan no.

Hay personas que administran millones con equipos enteros de analistas y modelos de riesgo y reuniones semanales de seguimiento, y aun así pierden lo que no deberían perder. Hay personas que administran lo de una caja de hojalata con una libreta y diecisiete años de memoria, y no pierden casi nada porque no pueden permitírselo.

Lesven Deré Basura tiene el apellido más honesto de esta historia.

Y el negocio más honesto también.

## CAPÍTULO 4

## La propina

*Restaurante "La Buena Mesa", Colonia Roma — Ciudad de México*

Del bolsillo del proveedor de refrescos paso a manos de su jefe de zona, de ahí a la caja de una farmacia, de la farmacia a la bolsa de una señora que me usa para pagar el camión, y del camión a la caja registradora de una papelería donde permanezco dos días sin que nadie me necesite para nada, que es una de las experiencias más desconcertantes que le puede ocurrir al dinero: existir sin circular, valer sin ser usado, ser suficiente para algo que nadie todavía ha decidido qué es. Al tercer día la papelería me usa para dar cambio a un cliente que paga con billete grande, y ese cliente me deja como parte del pago de un servicio de mensajería, y el mensajero me entrega junto con otros billetes al administrador del restaurante "La Buena Mesa", Colonia Roma, quien me guarda en la caja sin mirarme, con la indiferencia profesional de quien maneja dinero todo el día y ya no le encuentra ningún interés particular.

Así llego a la Buena Mesa. No con fanfarria ni con propósito declarado: llego como llega casi todo en la vida, por una cadena de casualidades que en retrospectiva parece inevitable.

El restaurante "La Buena Mesa" es un establecimiento de clase media aspiracional, que es la categoría más interesante y más trágica de la restauración mexicana: demasiado caro para el barrio y demasiado barato para los que quisiera tener como clientes habituales. Los manteles son de tela, lo cual es el primer indicador de que el lugar se toma en serio, aunque la tela sea de una blancura que requiere blanqueador con más frecuencia de lo que el presupuesto de lavandería contempla. Los cubiertos son de acero inoxidable con un peso que sugiere calidad sin garantizarla. La carta tiene fotografías, lo cual en opinión de ciertos críticos gastronómicos es señal inequívoca de que el restaurante no confía en que su clientela imagine, pero en opinión del gerente es señal inequívoca de que el restaurante sí confía en que su clientela quiera saber lo que va a comer antes de pedirlo, y esa discrepancia de opiniones lleva años sin resolverse porque ninguno de los dos lados tiene razón suficiente para zanjar el debate.

Baldomero Pensante Trejo lleva cuatro años en la Buena Mesa y los lleva con una competencia que el restaurante aprovecha sin nombrarla, que es la forma más extendida de reconocimiento laboral en el sector servicios mexicano.

Tiene veintiocho años, estudió dos semestres de contaduría antes de que el dinero de la beca se terminara y la familia no tuviera más para sostenerlo en la ciudad, y llegó a la Buena Mesa por recomendación de un primo que ya no trabaja ahí pero cuyo favor Baldomero ha convertido en una carrera de facto, porque Baldomero Pensante Trejo, a diferencia de lo que el apellido podría sugerir, piensa mucho y bien, y ha convertido el oficio de mesero en algo que merece más respeto del que generalmente recibe.

Conoce la carta de memoria, incluidas las modificaciones de temporada y las sustituciones por faltante de proveedor. Conoce a los clientes habituales por nombre y por preferencia: sabe quién pide el filete término medio aunque diga "tres cuartos" porque en realidad lo quiere rosado pero no sabe cómo pedirlo, sabe quién necesita que le expliquen los vinos aunque ya haya elegido, sabe quién deja propina generosa y quién deja propina calculada al diez por ciento exacto con redondeo hacia abajo. Este último conocimiento es el más valioso de todos porque organiza su energía con una eficiencia que ningún libro de administración del tiempo ha sabido formular con tanta precisión: más atención a quienes retribuyen la atención, sin descuidar a quienes no, porque nunca se sabe y porque Baldomero tiene su propio código de conducta que no depende de lo que el cliente haga sino de lo que él considera correcto.

La mesa cuatro es la que me tiene reservado, aunque ninguno de sus ocupantes lo sabe todavía.

Son cuatro personas: dos parejas de edad mediana, entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años, con la apariencia específica de quienes tienen más de lo necesario pero menos de lo que quisieran, que es el estado natural de la clase media alta mexicana. Los hombres llevan camisa sin corbata, que es el uniforme de quien quiere parecer relajado sin dejar de parecer exitoso. Las mujeres llevan blusas de colores que combinan sin esfuerzo aparente, lo cual requiere en realidad un esfuerzo considerable. Los cuatro hablan con la soltura de los que se conocen desde hace tiempo y han encontrado el equilibrio de la amistad madura: lo suficientemente cómodos para interrumpirse, lo suficientemente corteses para no hacerlo demasiado seguido.

Baldomero los atiende desde que se sientan. Escucho, desde la caja donde espero mi turno, los fragmentos de su conversación que llegan hasta el mostrador cuando el comedor se aquieta entre platos.

—...lo que pasa es que en este país si no tienes contactos no llegas a ningún lado —dice uno de los hombres, con el tono de quien enuncia una verdad que considera personal pero que en realidad es tan compartida que ya dejó de ser observación para convertirse en queja de fondo—. Mi cuñado lleva tres años buscando y nada.

—¿En qué área? —pregunta el otro hombre.

—Finanzas. Tiene maestría y todo.

—Ah, es que finanzas está muy saturado —dice el segundo hombre, con la autoridad de quien opina sobre un campo que conoce de lejos—. Lo que está pidiendo ahorita el mercado es tecnología. Todo lo que sea datos, inteligencia artificial, esas cosas.

—Pues díselo a él —dice el primero—. A ver si a los cincuenta y dos años se pone a estudiar programación.

—Nunca es tarde —dice una de las mujeres, con el entusiasmo un poco forzado de quien ha leído esa frase en alguna red social y todavía cree en ella.

—Para algunas cosas sí es tarde —dice la otra mujer, con una honestidad que genera un silencio breve y significativo.

Baldomero llega con los platos principales y la conversación hace una pausa natural, ese momento de atención colectiva hacia la comida que es el único instante en que la mesa cuatro deja de hablar de lo que habla para hablar de lo que tiene enfrente.

—¿Todo está a su gusto? —pregunta Baldomero.

—Perfecto —dice uno de los hombres, sin haber probado todavía.

—El mío viene muy hecho —dice la segunda mujer, mirando su filete con la expresión de quien confirma una sospecha previa.

—Con mucho gusto se lo cambio, señora.

—No, no, no te preocupes —dice ella, con esa generosidad de superficie que en realidad es incomodidad ante el conflicto—. Así está bien.

—De verdad no es molestia —insiste Baldomero, porque Baldomero sabe que "así está bien" generalmente no significa que esté bien sino que la persona no quiere hacer el gasto social de reclamar, y que esa persona saldrá del restaurante con el filete muy hecho grabado en la memoria y sin ganas de regresar.

—Bueno —dice la señora, cediendo ante la insistencia con el alivio de quien quería ceder desde el principio pero necesitaba que alguien le diera permiso —. Si no es molestia.

—Ahora mismo —dice Baldomero, y se lleva el plato con una eficiencia que no es prisa sino respeto por el tiempo de la mesa.

La conversación retoma. Ahora hablan de los hijos. El tema de los hijos, observo desde mi posición, tiene en esta clase de reuniones una función reguladora: cuando la conversación se pone tensa o aburrida, los hijos la reencauzan hacia un territorio donde todos tienen algo que decir y nadie tiene que demostrar nada porque los hijos son los hijos y punto.

—El mío ya quiere irse a estudiar a España —dice uno de los hombres.

—¿A España? ¿A qué?

—Diseño gráfico, dice.

—Ay, pero qué bonito —dice una de las mujeres.

—Bonito y caro —dice el padre, con la ecuanimidad del que ya hizo las cuentas y llegó a un número que decidió aceptar antes de que lo paralizara—. Pero qué le vas a hacer. Si se va a ir de todas formas, mejor que se vaya a algo que le gusta, ¿no?

—Exacto —dice la otra mujer—. Mi hija estudió lo que nosotros quisimos y mírala: infeliz en su trabajo y buscando qué hacer con su vida a los treinta y dos.

Silencio breve. El tipo de silencio que sigue a una confesión que nadie pidió pero que todos agradecen porque hace que la conversación deje de ser superficial por un momento.

—Bueno —dice el segundo hombre—, al final cada quien...

Baldomero regresa con el filete en el término correcto y la conversación vuelve a su cauce de siempre. Escucho otros fragmentos durante el resto de la comida: una historia sobre un viaje a Oaxaca que salió mejor de lo esperado, una discusión amistosa sobre si el mezcal de una marca específica es mejor que el de otra, el proyecto de remodelar una cocina que lleva dos años siendo proyecto sin convertirse en obra. La vida de las personas que tienen suficiente para hablar de lo que quieren y no de lo que necesitan.

A la hora del postre, que en la mesa cuatro resulta ser un flan para las señoras y un café para los señores, Baldomero escucha cómo uno de los hombres pide la cuenta con ese gesto universal de hacer con la mano en el aire el símbolo de firmar algo, gesto que en México tiene cincuenta años de antigüedad pero que nadie ha actualizado aunque ya casi nadie firme nada en papel.

Baldomero trae la cuenta en una pequeña carpeta de piel sintética —la misma piel sintética de la cartera de Gerásimo, observo, aunque en presentación más elegante— y la pone sobre la mesa con la discreción de quien no quiere interrumpir la conversación más de lo necesario.

El hombre que paga —porque en esta mesa, como en muchas mesas de este tipo, hay un hombre que paga y los demás lo dejan, con ese acuerdo tácito que mezcla generosidad y jerarquía en proporciones que nadie examina demasiado— abre la carpeta, mira el total, y sin inmutarse saca su cartera. Tarjeta. La pone sobre la carpeta con el gesto seguro de quien no necesita verificar el saldo porque sabe que el saldo aguanta.

—¿Aceptan Amex? —pregunta.

—Sí, señor, con mucho gusto.

Baldomero se lleva la carpeta con la tarjeta adentro. Regresa con el váucher. El hombre firma. Y entonces, con un movimiento que parece casual pero que Baldomero lleva cuatro años observando con la atención del ornitólogo que estudia el comportamiento de una especie particular, el hombre abre su cartera de nuevo, saca un billete —soy yo—, y me deja sobre el mantel junto a la carpeta.

—Para usted —dice, sin mirar a Baldomero directamente, porque en este país la propina se deja sin mirar a los ojos, que es la manera que tiene la generosidad incómoda de ejercerse sin tener que reconocerse como tal.

—Muchas gracias, señor —dice Baldomero, con el tono exacto: agradecido sin ser servil, cálido sin ser efusivo.

Me recoge con los dedos ágiles de quien ha aprendido a no mostrar ninguna emoción ante la propina, ni ante la generosa ni ante la tacaña, porque ambas lo han decepcionado por igual en distintas proporciones y Baldomero hace tiempo que decidió que la propina no define la tarde sino que la tarde define si la propina fue justa. Esta tarde fue buena. El filete muy hecho, la insistencia, la corrección oportuna. Doscientos pesos me parece, desde mi perspectiva de billete, una propina razonable para cuatro personas en hora y media de servicio. No extraordinaria. Razonable. Que es, en el mundo de Baldomero Pensante Trejo, perfectamente suficiente.

Me guarda en el bolsillo delantero del pantalón, separado de su cartera donde guarda el dinero del restaurante, porque Baldomero tiene sus categorías morales muy definidas: lo de la casa es de la casa y lo suyo es suyo, y esas dos contabilidades no se mezclan nunca, no por desconfianza hacia el restaurante sino porque la claridad con uno mismo empieza por no mezclar lo que no debe mezclarse.

Al terminar el turno, a las cinco de la tarde, Baldomero se cambia en el vestidor pequeño que el restaurante tiene para el personal —un cuarto sin ventana que huele a ropa de trabajo y a desodorante en spray— y sale a la calle con la mochila al hombro y yo en el bolsillo. En la puerta de servicio lo espera un compañero, Rigoberto, mesero del turno de la mañana que también salió tarde por un evento de última hora.

—¿Cómo te fue? —pregunta Rigoberto.

—Bien. Mesa de cuatro en la dos horas y media.

—¿Dejaron algo?

—Doscientos.

Rigoberto hace el cálculo mental.

—No está mal para un jueves.

—No. ¿Tú?

—Ciento cincuenta entre dos mesas. Una de ellas me dejó ochenta y pensé que eran ciento y resulta que eran ochenta porque me los contó enfrente y todo, el señor, como si yo fuera a robarle.

—Gente así hay —dice Baldomero, con la filosofía práctica de quien ha normalizado el ser mirado con desconfianza sin haber dado razón para ello.

—Gente así hay —repite Rigoberto, y en esa repetición está todo el acuerdo posible sobre el tema.

Caminan juntos dos cuadras hasta la estación del metro, donde se separan porque toman líneas distintas. Baldomero baja las escaleras, paga su boleto,

espera el tren con la paciencia específica del que lleva el día encima y sabe que lo que sigue es lo más fácil: llegar.

En casa, que es un departamento de dos cuartos en la Colonia Doctores que comparte con un primo lejano que trabaja en construcción y llega siempre antes que él, Baldomero saluda con un gesto, se lava las manos, y saca el teléfono. Hay un mensaje de la señora del gas.

—Oye —le dice al primo—, ¿pagaste el gas?

—No, pensé que tú ibas a pagar.

—Yo pensé que tú.

Silencio de dos personas que acaban de descubrir que dividir responsabilidades sin asignarlas con precisión genera exactamente este tipo de vacíos.

—¿Cuánto es? —pregunta Baldomero.

—Ciento ochenta, creo.

Baldomero me saca del bolsillo, me mira un momento —es la primera vez en toda esta historia que alguien me mira de frente, con atención, como si yo pudiera decirle algo— y asiente levemente, para sí mismo.

—Yo pago el gas —dice—. Tú pagas la luz la próxima.

—Trato.

Soy una propina que se convierte en gas. El calor de una mesa que comió bien en la Roma llega, a través de mí, a una regadera de la Doctores que mañana tendrá agua caliente. Hay en esa cadena algo que los economistas llamarían multiplicador del gasto y que yo prefiero llamar por su nombre verdadero: la vida circulando, que es exactamente lo mismo que yo hago.

Baldomero me entrega a la señora del gas cuando ella pasa a cobrar esa misma noche. La señora me cuenta, asiente, me guarda en su propio sobre, y sigue su ruta.

Y yo sigo la mía.

## CAPÍTULO 5

### La noche

*Zona de tolerancia, Ciudad de México*

Del sobre de la señora del gas paso a la caja de una ferretería, de la ferretería al bolsillo de un plomero que me usa para comprar materiales, de los materiales al cambio de una tienda de pinturas, y de la tienda de pinturas a las manos de un hombre que me dobla sin mirarme y me mete en el bolsillo trasero del pantalón con el descuido de quien guarda algo que no le importa mucho pero que tampoco quiere perder. Ese hombre camina durante veinte minutos, toma un taxi, baja en una calle que a las nueve de la noche tiene una luz diferente a la del resto de la ciudad: más rojiza, más intermitente, más dispuesta a disimular lo que ilumina que a mostrarlo.

No voy a fingir que no sé dónde llegué. Lo sé desde que el taxi frena y el hombre baja y el aire de la calle tiene ese olor compuesto de perfume barato, asfalto mojado y la clase de electricidad humana que generan los lugares donde la gente va a buscar algo que en otro lugar no encontraría o no se atrevería a buscar. Lo sé desde que el hombre camina despacio, con esa lentitud específica de quien mira sin querer parecer que mira. Lo sé desde que se detiene frente a una puerta pintada de rojo y llama con dos golpes que suenan como contraseña aunque no lo sean.

Adentro hay un pasillo, una sala pequeña con sillas de plástico y una televisión encendida en volumen bajo, y una mujer sentada junto a la puerta interior que anota algo en un cuaderno cuando el hombre entra.

—Buenas noches —dice el hombre.

—Buenas —dice la mujer del cuaderno, sin levantar la vista—. ¿A quién busca?

—A Zoila, si está.

—Espere.

El hombre espera en una de las sillas de plástico mirando la televisión sin verla, con la postura de quien está en un lugar donde preferiría no ser reconocido aunque no haya nadie que lo conozca. Dos minutos después aparece Zoila Zorra del Portal.

Zoila Zorra del Portal se presenta así: con ese nombre que es simultáneamente escudo, declaración de principios y el chiste más amargo que una persona puede hacerle a quienes pretenden definirla. Tiene treinta y cinco años, una sonrisa que enciende primero los ojos y luego la boca —al revés de la sonrisa entrenada de Daría Lavida Portíllo, que enciende la boca y deja los ojos para después— y la postura de quien ha decidido hace tiempo que la opinión del mundo sobre lo que hace es un lujo que el mundo no puede permitirse cobrarle.

—Buenas noches —le dice al hombre, con una voz que tiene el calor justo y no uno más.

—Buenas —dice el hombre, y en esa sílaba hay todo el nerviosismo de quien hace algo que siente que no debería aunque nadie le haya prohibido nada.

—¿Cómo se llama?

—Roberto.

Zoila lo mira un segundo, con esa evaluación rápida que tiene el ojo clínico de quien ha aprendido a leer a las personas en el tiempo que tarda un semáforo en cambiar.

—Venga, Roberto —dice, y lo guía por el pasillo interior.

Lo que ocurre después queda entre Roberto y Zoila y las paredes del cuarto, que son las únicas partes de esta historia que guardarán ese detalle con discreción. Lo que a mí me corresponde contar es lo que escucho desde el bolsillo del pantalón de Roberto, que Zoila cuelga de una silla, y lo que

escucho es poco y no es lo que algunos esperarían: una conversación breve sobre si Roberto quiere agua, la respuesta de que no, un silencio que dura lo que dura, y luego los pasos de Zoila que va al baño y regresa.

—El pago —dice Zoila, cuando Roberto ya está de pie buscando sus cosas.

Roberto me saca del bolsillo trasero junto con otros billetes y me entrega a Zoila con la prisa de quien quiere terminar un trámite que ya terminó pero cuyos formalismos finales le resultan incómodos.

—Gracias —dice Zoila, con el mismo tono con que diría gracias al recibir el cambio en una caja de supermercado: profesional, sin afecto extra, sin frialdad tampoco.

—Hasta luego —dice Roberto.

—Que le vaya bien.

Roberto sale. Zoila cierra la puerta, me cuenta junto con los otros billetes, y me guarda en un sobre que lleva dentro de la bolsa que cuelga de un gancho detrás de la puerta. En el sobre hay más billetes de distintas denominaciones y distintas historias, y todos guardamos el silencio que guardan las cosas que han visto mucho y no tienen por qué contarlo todo.

Entre un cliente y el siguiente, Zoila sale al pasillo a buscar a su compañera Fernanda, que está sentada en la sala pequeña tomando un refresco y mirando el teléfono con la concentración de quien espera un mensaje que no llega.

—¿Tienes ibuprofeno? —le pregunta Zoila.

—En mi bolsa. ¿Qué tienes?

—Nada, precaución.

Fernanda le da dos pastillas sin preguntar más, que es la clase de solidaridad que no necesita explicación porque viene de entender sin que le expliquen.

—¿Cómo vas? —pregunta Fernanda.

—Bien. Tres hasta ahorita.

—Yo llevo dos. Está floja la noche.

—Es miércoles —dice Zoila, con la filosofía práctica de quien ha aprendido que los miércoles son miércoles y no hay manera de convertirlos en viernes por voluntad propia—. Los miércoles siempre son flojos.

—¿Ya hablaste con tu mamá?

—Ahorita que acabe. Para no interrumpirla antes de que acueste a los niños.

—¿Cómo están?

—Bien, según el último mensaje. El chico se cayó en el recreo y se raspó la rodilla pero nada serio.

—Ay, los niños y sus rodillas —dice Fernanda, con esa ternura específica de quien no tiene hijos pero ha aprendido a querer los ajenos.

—Son expertos en hacerse daño en los lugares que no matan —dice Zoila, y en esa frase hay una mezcla de humor y alivio que solo pueden producir simultáneamente las madres que no están cuando sus hijos se caen y que se enteran después, cuando el peligro ya pasó y el raspón ya tiene curita.

Zoila regresa a su cuarto. La noche continúa con su ritmo propio, que es distinto al ritmo del día no solo en los horarios sino en la calidad del tiempo: las horas nocturnas en un lugar como este tienen un peso específico diferente, más denso, más consciente de sí mismo. Cada cliente que llega trae su propia historia que Zoila intuye sin preguntar, porque preguntar sería cruzar una línea que ambos lados de la transacción prefieren mantener intacta. El hombre que huele a alcohol y que sin embargo no está borracho sino simplemente con el valor suficiente para estar aquí. El que llega con corbata aflojada y los ojos de quien acaba de salir de una discusión que no ganó. El que es tan joven que Zoila le pide identificación antes de cualquier otra cosa, no por protocolo sino porque Zoila tiene sus propias reglas y esa es una de las que no negocia.

A la una de la mañana, cuando la afluencia baja hasta el ritmo de las noches que ya terminaron sin haberse declarado terminadas, Zoila se sienta en su cuarto, abre el sobre, y cuenta.

—Mil doscientos —dice en voz baja, para ella sola, sumando los billetes con la misma eficiencia de Amadea Costa Delado, aunque los contextos no puedan ser más distintos.

Pausa. Resta mentalmente.

—El cuarto, la comisión, lo de Fernanda que le presté el martes. Me quedan como setecientos limpios.

Pausa.

—Con los trescientos del lunes son mil. Mando ochocientos a mi mamá y me quedo con doscientos para la semana.

Lo dice sin drama, sin queja, sin el gesto de quien lamenta lo que hace o lo que gana. Lo dice con la misma calma de Amadea diciendo "alcanza": como diagnóstico, no como derrota. Zoila Zorra del Portal lleva años haciendo esta aritmética y la ha perfeccionado hasta el punto en que los números no la sorprenden ni la entristecen, simplemente son los números y con los números se trabaja.

A la una y media saca el teléfono y llama.

—Mamá. —Pausa—. Sí, ya sé que es tarde, perdón. ¿Ya duermen? —Pausa larga, durante la cual escucho desde el sobre la voz de la madre al otro lado, un sonido que no puedo descifrar pero cuyo tono es el tono de siempre entre estas dos mujeres: una que cuida y una que confía en que la otra cuide—. ¿Y la rodilla del chico? —Pausa—. Ah, qué bueno. ¿Le pusieron algo? —Pausa—. Está bien, está bien, con eso es suficiente. —Pausa—. ¿Y Valeria? —Pausa—. ¿Todavía con esa tos? Llévela al doctor mañana, mamá, no lo deje para después. —Pausa—. Yo le mando dinero mañana temprano por la

transferencia, para que tenga para el doctor y la medicina. —Pausa—. No, no se preocupe, tengo. —Pausa—. Sí, mamá. Sí. Cuídeseme. Deles un beso de mi parte. —Pausa—. Yo también. Buenas noches.

Cuelga. Queda un momento en silencio, con el teléfono en la mano y la mirada en un punto de la pared que no tiene nada en especial pero que en ese momento parece contener algo que solo Zoila puede ver. No es tristeza exactamente. Es esa mezcla específica de distancia y amor que sienten las personas que trabajan lejos de quienes quieren y que han aprendido a comprimir todo lo que sienten en llamadas breves y transferencias puntuales porque no tienen otra manera de estar presentes.

Luego guarda el teléfono, se levanta, y sigue.

Desde el sobre donde espero, pienso en todo lo que he escuchado esta noche. He escuchado a un hombre llamado Roberto que buscaba algo que en otro lugar no habría buscado. He escuchado a dos mujeres hablar de ibuprofeno y de niños con rodillas raspadas con la naturalidad de dos colegas en cualquier descanso de cualquier trabajo. He escuchado a una madre preguntar por la tos de su hija desde un cuarto en una zona de tolerancia de la Ciudad de México, con la misma preocupación con que cualquier madre pregunta por la tos de cualquier hija desde cualquier lugar.

El mundo tiene una opinión muy definida sobre Zoila Zorra del Portal y sobre lo que hace, y esa opinión se ejerce con una contundencia moral que rara vez se aplica con la misma energía a las condiciones que producen que Zoila haga lo que hace. No me corresponde a mí, que soy un billete, resolver esa contradicción. Pero sí me corresponde registrarla, porque soy el testigo más imparcial que existe: yo no juzgo, yo circulo. Y al circular, aprendo que la dignidad no está en el trabajo sino en quien lo hace, y que Zoila Zorra del Portal tiene más de esa dignidad de la que muchos de quienes la juzgan podrían reclamar para sí mismos.

Antes de que termine la noche entra un cliente más que Zoila atiende y que al salir comete el error, quizás involuntario quizás no, de intentar pagar menos de lo acordado.

—Son trescientos —dice Zoila, con la calma de quien enuncia un hecho geográfico.

—Te di doscientos cincuenta.

—Me diste doscientos. Faltan cien.

El hombre la mira con la expresión de quien evalúa si vale la pena sostener la versión.

—Estás segura.

No es pregunta. Es la última prueba antes de ceder.

—Completamente —dice Zoila, sin subir el tono ni un grado, porque subir el tono sería darle al hombre la satisfacción de haberla alterado, y Zoila Zorra del Portal no le da esa satisfacción a nadie.

El hombre saca el billete faltante. Lo pone sobre la mesa sin decir nada. Sale sin despedirse. Zoila lo guarda en el sobre con los demás y sigue como si nada, porque para ella nada extraordinario ocurrió: alguien intentó no pagar lo que debía y pagó. Eso pasa. En todos los trabajos, en todos los contextos, con todas las personas que tienen algo que cobrar y alguien que preferiría no pagar. La diferencia es que en otros trabajos hay facturas, contratos, instancias a las que recurrir. Aquí solo hay la claridad de Zoila y la certeza de que ella sabe exactamente cuánto le dieron y cuánto le falta, y que esa certeza no se negocia.

A las dos de la mañana, Zoila me mete en un sobre diferente, más pequeño, que cierra con cuidado y pone en su bolsa con la etiqueta escrita a mano: "Mamá — envío jueves". Soy ochocientos pesos destinados a Iztapalapa. Soy el costo de una consulta médica para una niña con tos. Soy el sustento de tres personas que duermen en este momento sin saber exactamente de dónde viene lo que los sostiene, y que tal vez es mejor que no lo sepan, no porque sea vergonzoso sino porque el amor que lo mueve no necesita explicación para ser real.

Soy doscientos pesos que esta noche valieron más que en cualquier otro momento de mi circulación.

Y eso, reconozco, es suficiente.

## CAPÍTULO 6

### La desproporción

*Penthouse, Polanco — Ciudad de México*

Del sobre etiquetado "Mamá — envío jueves" no llego a Iztapalapa. O sí llego, pero no me quedo: la madre de Zoila me usa para pagar al señor del garrafón, el señor del garrafón me lleva a su bodega, de la bodega paso a las manos de un repartidor, del repartidor a la caja de un restaurante de comida corrida, del restaurante a un taxista, del taxista a una gasolinera, de la gasolinera a un ejecutivo de cuenta de un banco privado que me recibe como parte de un pago en efectivo que no queda registrado en ningún sistema porque ese es precisamente el propósito del pago en efectivo cuando lo hace cierta clase de personas: que no quede registrado.

Así llego a Polanco. No por la puerta principal sino por la de atrás, como todo lo que en este mundo tiene vergüenza de sí mismo.

El penthouse de Nicolás Aspiro Nieves está en el piso diecisiete de un edificio cuyo nombre en latín nadie pronuncia correctamente pero que todos mencionan porque mencionarlo es en sí mismo una declaración de pertenencia a un mundo donde los edificios tienen nombres en latín y eso no le parece raro a nadie. El departamento tiene doscientos cuarenta metros cuadrados, tres recámaras de las cuales solo una se usa con regularidad, una terraza desde la que se ve el Bosque de Chapultepec como si el bosque fuera una extensión privada del departamento —lo cual, en la mentalidad de

Nicolás Aspiro Nieves, es aproximadamente lo que es—, y una sala amueblada por un interiorista que cobró más por dos sillones que lo que Gerásimo Rondón García gana en un año.

Huele a cuero importado, a whisky de etiqueta negra, y a esa clase específica de aburrimiento que solo pueden producir quienes nunca tienen que preocuparse por nada concreto y han agotado ya todas las formas convencionales de entretenerse.

Nicolás Aspiro Nieves tiene cuarenta y ocho años, tres empresas cuyo giro exacto ningún documento oficial describe con precisión suficiente, dos ex esposas que firmaron acuerdos de confidencialidad antes de recibir lo que les correspondía, y una nariz que en sus cincuenta y tres años de servicio ha conocido más sustancias que un laboratorio de la UNAM.

Es un hombre que habría podido ser interesante si hubiera tenido alguna vez la necesidad de serlo, pero la necesidad es el motor de casi todo lo que vale en el mundo, y Nicolás Aspiro Nieves lleva décadas sin necesitar nada que no pueda comprar antes de que la necesidad se instale del todo.

Esta noche hay visitas. Cuatro personas más en la sala, sentadas en los sillones del interiorista con la comodidad de quienes frecuentan el lugar y ya superaron la fase de admirar lo que hay en él. Hay dos hombres de edad similar a la de Nicolás, con el mismo tipo de ropa casual cara que cuesta más que la ropa formal de otros, y dos mujeres jóvenes cuya relación con los hombres mayores el billete que soy no tiene necesidad de calificar porque ya calificó suficiente esta noche a Zoila Zorra del Portal y la consistencia exige que aplique el mismo criterio a todas las transacciones humanas sin importar la altitud del piso en que ocurran.

Escucho su conversación desde donde me han dejado, sobre la mesita de cristal templado que costó más que yo en toda mi vida útil multiplicada por cien.

—...el problema con este gobierno —dice uno de los hombres, el que lleva un reloj cuya marca el billete reconoce de haber pasado por muchas manos que lo mencionan como aspiración pero nunca como posesión— es que no entiende cómo funciona la inversión. Metes el capital y necesitas certeza jurídica. Sin certeza jurídica no hay inversión. Sin inversión no hay crecimiento. Así de simple.

—Así de simple —repite Nicolás, con el tono de quien lleva veinte años diciendo la misma cosa en distintas salas y distintos eventos y cenas y ha encontrado en la repetición una forma de convicción que ya no distingue entre lo que piensa y lo que repite.

—Yo ya moví parte a Miami —dice el tercero—. No todo, pero una parte. Por si las dudas.

—Todos deberíamos tener algo afuera —dice Nicolás—. No como deslealtad al país, sino como diversificación razonable.

—Exacto —dice el del reloj—. Diversificación. No es sacar el dinero, es administrarlo inteligentemente.

Me resulta interesante, desde mi posición sobre la mesita de cristal, esta capacidad específica de ciertas personas para nombrar las cosas de manera que desaparezca lo que tienen de incómodo. Sacar el capital del país es "diversificación razonable". Evadir impuestos es "optimización fiscal". Comprar lo que no se necesita con el dinero de lo que no se produjo es "gestión de activos". El lenguaje del dinero grande tiene esa virtud: hace que todo suene a lo que debería hacerse, nunca a lo que se hace.

Una de las mujeres jóvenes dice algo que no alcanzo a escuchar del todo porque habla en voz baja y el sistema de audio del penthouse —que reproduce música ambiental a un volumen calculado para que esté pero no moleste— absorbe las frecuencias bajas. El hombre del reloj ríe. Nicolás Aspiro Nieves también ríe, con esa risa de los que ríen cuando los demás ríen porque no escucharon el chiste pero saben que reír es lo correcto.

El teléfono de Nicolás suena. Lo mira, hace una seña con la mano que significa "un momento" sin necesitar palabras, y se levanta hacia la terraza.

—Dime —dice, cerrando la puerta corrediza de cristal detrás de sí.

No escucho lo que dice en la terraza. Sí escucho, desde adentro, que la conversación dura exactamente cuatro minutos —lo calculo por el ritmo de la música ambiental— y que cuando Nicolás regresa su expresión ha cambiado ligeramente: algo se resolvió, o algo no se resolvió, pero en cualquier caso el asunto ya está procesado y archivado porque Nicolás Aspiro Nieves tiene la capacidad específica de los hombres que manejan muchos problemas simultáneamente de compartimentar con una eficiencia que cualquier psicólogo llamaría disociación y que cualquier directivo llamaría liderazgo.

—¿Todo bien? —pregunta uno de sus amigos.

—Todo bien —dice Nicolás—. Lo de siempre.

"Lo de siempre" es una frase que en boca de Nicolás Aspiro Nieves puede significar cualquier cosa entre una transacción menor y algo que si se describiera con precisión requeriría la intervención de al menos dos instancias gubernamentales. Nadie en la sala hace la pregunta que despejaría la ambigüedad, porque en este mundo la ambigüedad es un bien que se protege con el mismo cuidado con que otros protegen la transparencia.

La velada continúa. Hay más whisky, hay más conversación sobre inversiones y gobierno y el problema de la seguridad en tal o cual colonia, conversación que circula con la comodidad de quienes hablan de los problemas de un país que conocen por los titulares y no por las calles. A las once y media uno de los amigos saca de su saco una pequeña bolsa transparente y la pone sobre la mesita de cristal con la naturalidad de quien saca las llaves del coche.

—¿Alguien quiere? —pregunta, como quien ofrece los cacahuates.

Nadie dice que no. Nadie dice que sí con palabras. El acuerdo se produce por una serie de gestos que han sido perfeccionados en muchas noches similares: quién va primero, en qué orden, con qué instrumento.

El instrumento soy yo.

Nicolás me toma de la mesita. Me enrolla con la destreza mecánica de quien ha repetido ese gesto suficientes veces como para que ya no requiera atención consciente, con la misma eficiencia automática con que Daría Lavida Portíllo desliza billetes por el mostrador o Lesven Deré Basura suma en la cabeza. La diferencia es que la destreza de Daría y de Lesven sirve para sostener algo. La destreza de Nicolás sirve para lo que sirve.

Me introduce en una fosa nasal y aspira.

En ese momento, desde mi posición de conducto involuntario para la diversión química de un hombre al que no le falta nada excepto, evidentemente, juicio, pienso en Sor Juana Inés de la Cruz. No porque sea especialmente dado a la filosofía —soy un billete, ya quedó establecido— sino porque su rostro está en mi anverso y en este momento ese anverso está orientado hacia arriba, hacia la nariz de Nicolás Aspiro Nieves, y si Sor Juana pudiera ver lo que yo veo desde aquí escribiría algo devastador sobre la necedad de los hombres que tienen todo y usan todo mal.

Lo escribiría con la precisión quirúrgica de sus redondillas, con esa mezcla de inteligencia y hartazgo que la caracterizó, y probablemente se lo dedicaría a los hombres que en su época tampoco supieron aprovechar lo que tenían pero al menos no enrollaron billetes de doscientos pesos para aspirar sustancias sobre mesas de cristal templado a las once y media de la noche.

Nicolás me deja sobre la mesita cuando termina, con el descuido de quien ha terminado de usar algo y ya no piensa en ello. Quedo arrugado, con una forma que ya no es la mía, con el olor de lo que acabo de contener. El hombre del reloj me toma, me alisa mínimamente, y repite el procedimiento. Luego el tercero. Las mujeres jóvenes declinan con gestos que sugieren que han declinado antes y que el mundo de esta sala ha aprendido a respetar ese límite particular aunque no respete muchos otros.

Después de eso la conversación toma el rumbo previsible de las conversaciones que ocurren en estas circunstancias: más locuaz, más confidencial, con ese exceso de sinceridad que produce el cruce entre el alcohol y otras sustancias y que al día siguiente nadie recordará con exactitud pero que en el momento parece profundísimo.

—Lo que pasa —dice Nicolás, con el tono de quien va a revelar algo que normalmente no diría— es que este país tiene todo para ser grande y no lo es porque los que deberían impulsarlo están ocupados frenándolo.

—Exacto —dice el del reloj.

—Y los que podrían cambiarlo no tienen el poder para hacerlo.

—¿Y los que tienen el poder?

Nicolás hace una pausa. Sonríe con una expresión que combina cinismo y algo que en otra persona sería tristeza pero que en Nicolás Aspiro Nieves es simplemente el reconocimiento de que el mundo funciona como funciona y él ha sabido funcionar dentro de eso mejor que la mayoría.

—Los que tienen el poder —dice— están haciendo exactamente lo que estamos haciendo nosotros.

Nadie pregunta qué significa eso. Todos ríen.

Amanezco sobre la mesita de cristal, arrugado y con el olor que tengo, esperando que alguien me recoja. Nicolás aparece a las nueve de la mañana con una bata de algodón egipcio y la expresión de quien durmió exactamente lo suficiente y no necesita más. Ve los restos de la noche sobre la mesita, llama a alguien —una empleada doméstica que aparece en treinta segundos con la eficiencia de quien sabe que su trabajo consiste en hacer desaparecer la evidencia de las noches sin que nadie le pida detalles— y en dos minutos la sala está impecable.

La empleada me recoge a mí también. Me examina brevemente, determina que sigo siendo dinero aunque ya no lo parezca, y me deja sobre la barra de la cocina junto con otras cosas que encontró dispersas: un encendedor, un bolígrafo, tres fichas de un casino.

Nicolás pasa por la cocina, me ve, me toma, me mete en el bolsillo de la bata sin mirarme.

—Para el súper —le dice a la empleada, señalando un bloc de notas donde hay una lista.

Y así, de conducto de la desproporción paso a lista del súper. De Sor Juana enrollada en una fosa nasal de Polanco a las compras del martes. El dinero no tiene dignidad propia, ya lo sé. Pero esta mañana, reconozco, me cuesta un poco más que de costumbre no tenerla.

Hay cosas que el dinero presencia y prefiere no repetir.

Aunque las repita, porque así funciona el testimonio: sin el privilegio de elegir solo lo cómodo.

## CAPÍTULO 7

### El orden de la sombra

*Bodega clandestina, periferia norte — Ciudad de México*

De la lista del súper de Nicolás Aspiro Nieves paso a la caja de un supermercado de Polanco donde el precio del queso importado duplica el salario diario de quien lo cobra, de ahí al cambio de un cliente que paga con billete grande, de ese cliente a un estacionamiento, del estacionamiento a una cadena de transacciones menores que me llevan hacia el norte de la ciudad, donde los edificios pierden altura y los nombres de las calles pierden la elegancia de las colonias con historia y se vuelven números o referencias geográficas o nombres de héroes que nadie recuerda por qué fueron héroes.

Llego en un sobre manila, dentro de una caja de cartón, dentro de una camioneta sin logotipo que se estaciona frente a una bodega de la periferia norte a las diez de la mañana de un martes que desde afuera parece igual a todos los martes de todas las bodegas de todas las periferias. El hombre que baja la caja de la camioneta es flaco, usa una gorra de béisbol y no mira a nadie mientras camina hacia la puerta lateral.

La puerta se abre desde adentro antes de que él llegue, lo cual significa que alguien lo estaba esperando, lo cual significa que su llegada estaba prevista, lo cual significa que hay una agenda, lo cual, en una bodega de la periferia norte sin logotipo y sin letrero, me resulta el primer indicio de algo que confirmaré en las horas siguientes: esto no es el caos que el imaginario popular asocia con ciertas organizaciones. Esto es una empresa.

El "Lobo" Trinquetes no tiene nombre de pila que nadie use ya, o si lo tiene hace tiempo que dejó de importar porque el apodo lo sustituyó con la eficiencia de los sobrenombres que se ajustan tan bien a quien los porta que terminan siendo más verdaderos que el nombre de la credencial.

Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, de complexión mediana, con el tipo de cara que no se recuerda si uno no tiene razón para recordarla, lo cual en su oficio es una ventaja que vale más que cualquier otra cualidad física. Viste ropa común. Habla en voz baja. No gesticula. No necesita gesticular porque en el espacio donde él existe su autoridad no requiere demostración: está instalada, como el sistema eléctrico de un edificio, invisible pero presente en todo lo que funciona.

La bodega tiene dos partes. La parte de adelante es exactamente lo que parece: estantes con cajas de mercancía diversa, algunos artículos de ferretería, rollos de cable, cosas que justifican la existencia del lugar ante cualquier inspección superficial. La parte de atrás, separada por una puerta de metal sin señalización, es otra cosa.

Es una oficina.

No una oficina improvisada ni clandestina en el sentido cinematográfico del término: es una oficina funcional, con escritorios, con computadoras, con una pizarra blanca en la pared donde alguien ha trazado un diagrama de flujo con marcadores de colores. Hay una cafetera que está encendida. Hay una silla ergonómica que costó lo que cuesta una silla ergonómica decente.

Hay, sentado frente a la computadora más grande, un hombre de unos treinta y cinco años con lentes de armazón redonda y manos pequeñas y precisas que se mueven sobre el teclado con la velocidad de quien ha hecho ese movimiento miles de veces y ya no necesita pensar para ejecutarlo.

Ese hombre es el contador.

No sé su nombre porque nadie lo dice en voz alta mientras yo estoy presente. Lo llaman simplemente "el licenciado", con ese uso del título que en México puede significar que alguien estudió derecho o contaduría o simplemente que alguien maneja números con suficiente solvencia como para que el título se le

adhiera por aclamación tácita. El licenciado recibe la caja de cartón, la abre, saca el sobre manila, lo abre, y me saca a mí junto con los otros billetes que viajaron en mi compañía.

Me examina. No con la lámpara ultravioleta de Daría Lavida Portíllo ni con el ojo entrecerrado de Lesven Deré Basura, sino con un dispositivo electrónico pequeño que emite una luz específica y que en dos segundos determina mi autenticidad con una precisión que ninguno de los métodos anteriores iguala. Soy legítimo. Soy real. El licenciado lo anota en una hoja de cálculo cuyas columnas tienen encabezados que, si alguien sin contexto los leyera, podrían pertenecer a cualquier empresa de logística o distribución mediana.

—¿Cuánto viene en el sobre? —le pregunta el "Lobo", que está de pie junto a la pizarra mirando el diagrama de flujo con la concentración del que revisa un plano de construcción.

—Cuatro mil trescientos —dice el licenciado, sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Completo?

—Faltan doscientos del corte anterior.

El "Lobo" no reacciona de manera visible. Anota algo mentalmente, o simplemente lo archiva, porque los hombres como el "Lobo" Trinquetes no necesitan papel para recordar lo que importa.

—¿De dónde viene la diferencia?

—Del punto tres. Dice que hubo un gasto imprevisto en el tránsito.

—¿Qué clase de gasto imprevisto?

—No especificó.

Silencio breve. El tipo de silencio que en una empresa ordinaria significaría que el jefe está procesando información. Aquí significa lo mismo, con la única diferencia de que las consecuencias de ese procesamiento tienen un rango más amplio.

—Dígale que venga el jueves —dice el "Lobo"—. Con la justificación del gasto. Y con los doscientos.

—¿Y si no tiene los doscientos?

—Que venga igual. Los doscientos se arreglan. Lo otro también se arregla. Son cosas distintas.

El licenciado anota. Yo, desde el escritorio donde me han dejado junto con los demás billetes mientras el licenciado termina el registro, escucho este intercambio con la atención del testigo que sabe que está presenciando algo que merece ser contado con precisión.

A las once de la mañana hay una junta. Se reúnen en la oficina el "Lobo", el licenciado, y tres hombres más que llegan en distintos momentos con la puntualidad relativa de quien tiene muchas cosas que hacer pero sabe que esta reunión no es optativa. Se sientan alrededor de una mesa rectangular

que ocupa el centro de la habitación. El "Lobo" se queda de pie junto a la pizarra, que es su posición natural en cualquier reunión: el que está de pie mientras los demás se sientan no necesita decir que tiene la autoridad, porque la postura ya lo dijo.

—El punto de Ecatepec —empieza el "Lobo"—. ¿Cómo vamos?

—Con retraso —dice uno de los hombres, un tipo fornido de unos cincuenta años que habla con la brevedad del que prefiere decir lo que es antes de que le pregunten—. El proveedor cambió las condiciones a último momento y tuvimos que renegociar.

—¿Renegociar cómo?

—Precio. Subió un quince por ciento.

—¿Aceptamos?

—No tuvimos opción. Era eso o perder el punto y perder el punto nos costaba más que el quince.

El "Lobo" lo mira un momento.

—La próxima vez, antes de aceptar cualquier cambio de condiciones, me consultan. No importa si parece urgente. Me consultan.

—Entendido.

—¿Cuándo se normaliza el punto?

—La próxima semana, si el proveedor cumple.

—Si el proveedor no cumple, me avisan antes del jueves. No el jueves. Antes.

—Entendido.

El segundo punto de la agenda es un problema de personal. Uno de los hombres más jóvenes, que habla con la incomodidad del que tiene que dar malas noticias en una reunión donde las malas noticias tienen consecuencias no convencionales, explica que hay un conflicto entre dos personas de un punto de distribución del oriente: una discusión que comenzó por algo menor —turnos, aparentemente, o el uso de un vehículo— y que escaló hasta el punto en que los dos involucrados ya no pueden trabajar en el mismo espacio sin que la operación se resienta.

—¿Quién empezó? —pregunta el "Lobo".

—Los dos, según los que estaban ahí.

—Eso no existe —dice el "Lobo", con la paciencia de quien explica algo que considera elemental—. Siempre hay uno que empezó. Encuéntrenlo.

—¿Y cuándo lo encontremos?

—Me informan y yo decido. Pero primero sepárenlos. Uno al punto norte, el otro se queda dónde está. La operación no puede depender de si dos personas se llevan bien o no.

—¿Y si ninguno quiere moverse?

El "Lobo" lo mira. Una mirada que no tiene nada de amenazante en la superficie y que sin embargo produce en el joven que pregunta el efecto de una respuesta que él mismo preferiría no haber pedido.

—Eso no va a pasar —dice el "Lobo".

Y no pasa, según entiendo por el silencio que sigue, porque en el mundo del "Lobo" Trinquetes hay cosas que simplemente no pasan porque él lo dice, y esa es la diferencia fundamental entre su autoridad y la de, digamos, el jefe de Gerásimo Rondón García: el de Gerásimo puede decir "a las cuatro y media necesito la respuesta" y depender de que Gerásimo quiera dársela. El "Lobo" no depende de que nadie quiera nada.

Lo que más me asombra, desde el escritorio donde sigo esperando a que el licenciado complete mi registro, no es la violencia que subyace a todo esto —que existe, sorda y constante, como el zumbido de un transformador eléctrico que nunca se apaga— sino la normalidad con que se administra lo que se administra.

Hay un orden del día. Hay puntos de agenda. Hay una persona que toma notas. Hay conflictos de personal y problemas con proveedores y renegociaciones de precio y la preocupación permanente de que la operación no se resienta. Si alguien transcribiera esta reunión sin el contexto, podría ser la junta semanal de cualquier empresa de distribución mediana con problemas de crecimiento y gestión de equipos.

La diferencia, claro, está en los detalles que no se dicen en voz alta pero que están presentes en cada pausa, en cada mirada, en cada "me informan y yo decido" que el "Lobo" pronuncia con esa calma que no es serenidad sino certeza de que lo que él decide se ejecuta sin apelación posible.

Hay un tercer punto en la agenda que nadie anuncia como tercero pero que llega naturalmente cuando los otros dos terminan: el tema del dinero. No el dinero en abstracto sino el dinero concreto de la semana, los flujos que entraron y los que salieron y los que deberían haber entrado y no entraron todavía.

—¿Cómo vamos con el corte de la semana pasada? —pregunta el "Lobo".

El licenciado abre su laptop, consulta algo, y responde sin levantar la vista.

—Ochenta y tres por ciento de lo proyectado. El diecisiete restante viene rezagado por el problema de Ecatepec que ya se comentó y por un retraso en el sur que debería resolverse esta semana.

—¿Proyección para el viernes?

—Si se normalizan los dos puntos, llegamos al cien. Si solo se normaliza uno, entre el noventa y el noventa y cinco.

—¿Cuál de los dos tiene más probabilidad de normalizarse?

—El sur. Ecatepec depende de que el proveedor cumpla y ese proveedor tiene historial irregular.

—¿Qué tan irregular?

—Tres incumplimientos en los últimos ocho meses. Siempre con justificación, siempre con retraso parcial, nunca con pérdida total.

El "Lobo" asiente. Procesa. Decide.

—Si para el miércoles no hay confirmación del proveedor de Ecatepec, empiecen a explorar alternativa. No esperamos a que falle otra vez.

—¿Con quién alternativa?

—El licenciado tiene los contactos. —El "Lobo" mira al contador—. ¿Tiene los contactos?

—Tengo dos opciones —dice el licenciado—. Una más cara pero más confiable. Otra al mismo precio pero sin historial comprobado.

—La más cara y más confiable —dice el "Lobo", sin dudar—. El precio no es el problema. La confiabilidad sí.

Es la frase más honesta que he escuchado en esta reunión, y también la más reveladora: en el mundo del "Lobo" Trinquetes, la confiabilidad vale más que el precio. Exactamente igual que en el mundo de Lesven Deré Basura, que le da fiado a doña Refugio no porque sea rentable sino porque es confiable en el largo plazo.

Exactamente igual que en el mundo de Gerásimo Rondón García, que prefiere pagar el extra del transportista certificado antes que arriesgarse con uno sin historial. El dinero, descubro, tiene la misma lógica en todos los estratos: la confianza es el activo más caro y el más difícil de reponer cuando se pierde. La diferencia es solo en qué se aplica esa lógica y qué ocurre cuando alguien la viola.

La reunión termina. Los tres hombres salen. El licenciado se queda. El "Lobo" se sirve un café de la cafetera, lo toma de pie junto a la pizarra, y durante cinco minutos no hace nada que no sea mirar el diagrama de flujo con la concentración silenciosa del que revisa un mapa antes de un viaje largo.

El licenciado termina mi registro a mediodía. Soy ahora parte de la contabilidad paralela de una organización que no tiene nombre oficial pero que tiene hoja de cálculo, junta semanal, silla ergonómica y cafetera encendida. He pasado por un proceso que los expertos llaman lavado y que consiste, en términos prácticos, en hacer que el dinero que vino de donde no debía venir parezca que vino de donde sí debía venir.

Seré, cuando el proceso termine, la ganancia de una taquería que existe pero no vende lo que dice vender, o de una papelería que dice vender lo que no vende, o de algún otro negocio cuya contabilidad el licenciado ha construido con la misma precisión con que construye todo lo demás.

Soy dinero limpio. O seré dinero limpio. La diferencia entre ambos estados es un par de asientos contables y la voluntad de no preguntar de dónde vengo.

Salgo de la bodega esa tarde en el maletín del licenciado, camino a alguna de las empresas fantasma que me darán un origen respetable. Llevo conmigo la memoria de la junta, del diagrama de flujo en la pizarra, del conflicto de

turnos en el oriente, de los doscientos pesos que alguien deberá traer el jueves con su justificación.

El crimen organizado, visto desde adentro, se parece a cualquier organización mediana con problemas de gestión.

La única diferencia es el método de resolución de conflictos.

Y esa diferencia, reconozco mientras el maletín se cierra sobre mí, lo cambia todo.

## CAPÍTULO 8

## El tránsito

*Carretera federal — frontera norte de México*

Del maletín del licenciado paso por cuatro manos más en dos días: un abogado que recibe honorarios en efectivo, el abogado a un restaurante, el restaurante a una distribuidora de bebidas, la distribuidora a un camionero que hace la ruta del bajío a la frontera dos veces por semana y que me usa para pagar la gasolina de su propio vehículo en una estación de servicio a veinte kilómetros de la línea. De la estación de servicio al encargado del turno nocturno, y del encargado del turno nocturno a Eloy Tejodo Lavida, que llega a cargar gasolina a las once de la noche en una camioneta pickup de modelo reciente y placas del estado de Sonora que no son las placas originales del vehículo, aunque eso solo lo sabrían quienes supieran buscarlo.

Eloy Tejodo Lavida tiene treinta y ocho años y doce de ellos vividos en ese territorio que no es de aquí ni de allá, que es la franja geográfica y vital de quien conoce demasiado bien los dos lados de la frontera para pertenecer cómodamente a ninguno. Nació en Guanajuato, se fue al norte a los veintiún años con la misma esperanza con que se van los que se van, encontró trabajo en la construcción en Arizona, perdió ese trabajo en la crisis del ocho, y en lugar de regresar encontró otra manera de cruzar que no requería papeles propios sino la capacidad de mover a quienes sí los necesitaban. Lleva once años en eso. Ya no le resulta heroico ni le resulta criminal: le resulta su trabajo, con todo lo que esa palabra implica de rutina, de cansancio, de días buenos y días malos, de clientes difíciles y clientes agradecidos.

Tiene un primo en la Ciudad de México del que hace tiempo no sabe nada. Se llama Lavida también, de apellido materno, y la última vez que Eloy escuchó de él trabajaba en un banco. Daría Lavida Portíllo, la cajera de ventanilla número cuatro del Banco de México que me entregó por primera vez al mundo, es prima de Eloy Tejodo Lavida, aunque ninguno de los dos lo tiene presente porque las familias que se dispersan por el país pierden los hilos con la misma naturalidad con que los tejen, y el hilo entre Guanajuato y la Ciudad de México y la frontera norte lleva tantos años sin tensarse que ya nadie sabe con certeza si sigue ahí.

Yo sí lo sé. Soy el único punto de la historia donde los dos primos se encuentran sin saberlo, a través de mí, que pasé de las manos de Daría a las

de Gerásimo y de Gerásimo a Amadea y de Amadea al mundo y del mundo a las manos de Eloy. El dinero conecta lo que la vida separa. Esa es otra cosa que aprendí en mi circulación y que ningún economista incluye en sus modelos porque no tiene precio pero tiene peso.

Esta noche Eloy tiene un grupo. Son ocho personas que lo esperan en un cuarto de un motel de carretera a doce kilómetros de la línea, un cuarto que huele a desinfectante y a la ansiedad específica de quien va a hacer algo que no puede deshacer. Eloy llega, toca tres veces, la puerta se abre.

Los ocho están sentados o recostados sobre las dos camas y el suelo. Tres hombres jóvenes de Guerrero que se conocen entre sí y que desde que llegaron han mantenido la solidaridad callada de los que vienen juntos y van a cuidarse mutuamente aunque no lo hayan dicho en voz alta. Una pareja de Oaxaca, él unos cuarenta años, ella unos treinta y cinco, con la postura de quienes han tomado una decisión difícil juntos y han llegado al punto en que la decisión ya está tomada y lo que sigue es ejecutarla sin mirar atrás. Una mujer sola de unos treinta años, de Veracruz según entiendo por su acento, que lleva una niña de siete años dormida sobre su hombro con esa capacidad infantil de ignorar el peligro que los adultos han perdido y que los adultos envidian sin reconocerlo. Y dos hombres mayores, de unos cincuenta y cinco años cada uno, que viajan juntos y hablan poco y cuando hablan lo hacen entre ellos en voz baja, con la economía verbal de quienes llevan suficiente tiempo juntos como para no necesitar explicarse.

—Buenas noches —dice Eloy, en el tono neutro del profesional que no hace diferencia entre este grupo y el anterior ni entre este cruce y el siguiente, porque hacer diferencias es el camino más rápido hacia el error—. ¿Comieron?

Algunos asienten. La mujer de Veracruz dice que la niña sí pero ella no tuvo hambre. Eloy saca de la mochila varias bolsas de pan y dos botellas de agua y las deja sobre la cama sin aspaviento.

—Coman algo. Necesitan energía para esta noche.

—¿A qué hora salimos? —pregunta uno de los jóvenes de Guerrero.

—A la una. Tenemos dos horas. Aprovechen para descansar.

—¿Cuánto tiempo dura el cruce? —pregunta el hombre de la pareja oaxaqueña.

—Depende —dice Eloy—. Si todo va bien, entre tres y cuatro horas caminando. Puede ser menos.

—¿Y si no va bien? —pregunta la mujer oaxaqueña, con la precisión de quien quiere saber el rango completo antes de comprometerse aunque el compromiso ya esté hecho.

Eloy la mira. La mira con el respeto que le tiene a las preguntas directas, que en su experiencia son siempre mejores que las preguntas envueltas.

—Si no va bien, nos detenemos, esperamos, y buscamos otra ruta. Nunca he perdido a nadie. Eso no significa que no pueda pasar algo. Significa que sé qué hacer cuando pasa algo.

La mujer asiente. La pareja oaxaqueña intercambia una mirada que contiene toda la conversación que tuvieron antes de llegar aquí, todas las noches en que calcularon si valía la pena, todos los argumentos a favor y en contra y la decisión final de que sí, que había que intentarlo, que quedarse era quedarse sin opciones y moverse era al menos tener una.

—El pago —dice Eloy entonces, porque el pago va antes del cruce, siempre, no por desconfianza sino porque después del cruce las circunstancias cambian y las deudas se vuelven complicadas de cobrar—. Los que no han completado, ahora.

Hay un movimiento en el cuarto. Los jóvenes de Guerrero sacan billetes de distintos lugares: uno del calcetín, otro de una faja cosida en la cintura, el tercero de un sobre que lleva en el bolsillo interior de la chamarra. La pareja de Oaxaca completa su parte con una combinación de pesos y dólares que Eloy acepta sin comentario, haciendo el cambio mentalmente con la velocidad del que maneja dos monedas simultáneamente desde hace años. La mujer de Veracruz paga con lo que tiene, que según entiendo por el recuento es suficiente para ella pero no para la niña, y Eloy la mira un momento y le dice que la niña va incluida, con una brevedad que no admite agradecimiento y que la mujer recibe con los ojos, no con palabras.

Los dos hombres mayores pagan juntos, exacto, con billetes contados de antemano que sacan de una bolsa de plástico sellada. Han hecho esto antes, o al menos uno de ellos ha hecho esto antes, porque la bolsa de plástico sellada es el método del que sabe que el dinero mojado pierde más que el valor facial.

Me tiene Eloy en la mano junto con otros billetes, me cuenta, me verifica, y me guarda en una faja de tela que lleva ceñida bajo la camisa, contra la piel. Junto conmigo van los otros billetes del pago, apretados y calientes, y en esa posición paso las siguientes horas.

A la una de la mañana Eloy dice una sola palabra.

—Vámonos.

El grupo se levanta. La mujer de Veracruz despierta a la niña con una suavidad que contrasta con la tensión del cuarto: la levanta, la acomoda contra su hombro, le dice algo al oído que no alcanzo a escuchar desde la faja pero cuyo efecto es que la niña no llora. Los dos hombres mayores se ponen en movimiento sin decir nada. Los jóvenes de Guerrero intercambian una mirada y asienten, el gesto de los que se preparan para algo que ninguno quiere nombrar.

Caminamos.

No veo nada porque estoy dentro de la faja de Eloy, apretado contra su costado izquierdo, pero escucho. Escucho los pasos sobre la tierra seca, que tiene un sonido distinto al asfalto y distinto al pasto, un sonido árido y definitivo que es el sonido del desierto cuando lo cruzas a pie. Escucho la respiración del grupo, que al principio es irregular y luego encuentra un ritmo

colectivo, como si ocho personas que no se conocían hace cuarenta y ocho horas hubieran negociado sin palabras la cadencia de sus pulmones. Escucho el viento, que en el desierto nocturno no es decorativo sino funcional: tapa otros sonidos, redistribuye el calor, hace que las distancias parezcan distintas de lo que son.

En algún momento, quizás a la segunda hora, escucho la voz del hombre oaxaqueño, muy baja, dirigida a su pareja.

—¿Cómo vas?

—Bien —dice ella, con esa brevedad que no es sequedad sino concentración.

—¿Te duelen los pies?

—Un poco. No importa.

—Cuando lleguemos te compro unos zapatos nuevos.

Silencio. Luego ella:

—Primero lleguemos.

—Primero lleguemos —repite él.

Y en esa repetición está todo el proyecto de vida de dos personas que han apostado lo que tienen a una posibilidad que nadie les puede garantizar pero que es la única que les queda. El "primero lleguemos" de la mujer oaxaqueña es la frase más honesta y más valiente que he escuchado en toda mi circulación, y he escuchado cosas que merecían ese calificativo. Pero ninguna con esa precisión: primero esto, luego lo demás. Primero el paso que está enfrente, luego el horizonte.

Escucho también a la niña de siete años, que en algún punto del cruce despierta del todo y le pregunta a su madre en un susurro:

—¿Falta mucho?

—Un poco —dice la madre.

—¿Cuánto es un poco?

—Como cuando ibas de la casa a la escuela.

—Eso es lejos.

—No tanto.

La niña no dice más. Camina, supongo, agarrada de la mano de su madre, con la confianza absoluta de quien no entiende el peligro pero confía en quien sí lo entiende. Esa confianza, pienso desde la faja, es la cosa más cara que existe y la única que no tiene precio en ningún mercado.

A las cuatro y media de la mañana Eloy susurra algo y el grupo se detiene. Escucho su respiración, más acelerada que la de las horas anteriores. Luego sus pasos, que se alejan unos metros, luego regresan.

—Ya —dice, en voz muy baja—. Caminamos otros veinte minutos y llegamos al punto.

El punto resulta ser un estacionamiento de tierra frente a una tienda de conveniencia cerrada, donde esperan dos vehículos. Del primero bajan dos personas que Eloy conoce y que saludan al grupo con la eficiencia del que tiene un trabajo que terminar. Del segundo no baja nadie.

El grupo se dispersa entre los dos vehículos según instrucciones que Eloy da en voz baja y que todos siguen sin preguntar, con la docilidad de quienes han llegado al punto en que preguntar cuesta más de lo que aporta. La mujer de Veracruz sube con su hija al primer vehículo. La pareja oaxaqueña también. Los tres jóvenes de Guerrero al segundo. Los dos hombres mayores negocian en voz baja con Eloy y al final uno sube a cada vehículo.

Eloy se queda solo en el estacionamiento. Saca la faja, me saca a mí junto con los demás billetes, nos cuenta bajo la luz de su teléfono con la pantalla en mínimo brillo. Anota algo en una aplicación. Guarda el teléfono. Me guarda de nuevo, ahora en el bolsillo de la chamarra, no en la faja.

—Bueno —dice, para nadie, o para el desierto, que a estas horas es el único testigo disponible aparte de mí.

Camina hacia su camioneta. Arranca. Se aleja en dirección contraria a los dos vehículos que ya no se ven.

Desde el bolsillo, pienso en lo que acabo de presenciar y en lo que cargo. Soy parte del pago de un cruce que ocho personas hicieron esta noche con sus cuerpos, sus miedos, sus sueños, sus zapatos que duelen y sus "primero lleguemos". He sido reunido entre todos con un esfuerzo que no quiero calcular porque el cálculo me resultaría insoportable. Semanas de trabajo, préstamos con interés, cosas vendidas, dignidades intercambiadas por liquidez, todo eso se comprimió en los billetes contados de antemano, en la bolsa de plástico sellada, en el sobre del bolsillo interior de la chamarra.

Soy doscientos pesos que representan algo que no tiene precio.

Y esa es, quizás, la paradoja más honesta de mi existencia: el dinero siempre pone precio a lo que no debería tenerlo, y al hacerlo revela exactamente cuánto vale lo que mide.

No poco. No mucho.

Todo.

## CAPÍTULO 9

## El precio de lo invisible

*Vecindad de la Colonia Tepito — Ciudad de México*

De la chamarra de Eloy Tejodo Lavida paso a un cajero automático fronterizo donde alguien deposita en efectivo, de ahí a la red bancaria que me convierte brevemente en número antes de materializarme de nuevo en papel —en algodón— en otro cajero, esta vez en la Ciudad de México, donde un hombre me retira junto con otros billetes para pagar una deuda menor que tiene con un conocido, el conocido me usa para comprar comida en un mercado, el

mercado me da de cambio a una señora, la señora me deja en el fondo de su bolsa durante tres días sin encontrarme, y cuando por fin me encuentra me usa para pagar una consulta.

Así llego a Madame Testa Clara.

El cuarto de consultas de Madame Testa Clara está en el fondo de una vecindad de la Colonia Tepito cuya arquitectura data de los años cuarenta y cuya historia posterior ha sido la historia de todo Tepito: capas y capas de vida acumulada sobre una estructura que ya no recuerda su forma original. Para llegar al cuarto de Madame hay que atravesar un pasillo que dobla dos veces, pasar frente a cuatro puertas numeradas donde detrás de cada una ocurren cosas que nadie del pasillo comenta, y llegar a una puerta pintada de morado con una estrella de seis picos dibujada a mano que alguien hizo con una plantilla de cartón y pintura dorada que con el tiempo perdió el dorado y quedó en un amarillo que tampoco es del todo feo.

Madame Testa Clara no es francesa ni tiene nada de madame en el sentido estricto del término, pero a los diecinueve años descubrió que un nombre con resonancias europeas multiplica por tres la disposición del cliente a creer lo que se le dice, y desde entonces ha sido Madame Testa Clara con la misma convicción con que otros son licenciados sin haber terminado la carrera o doctores sin haber pisado un hospital. Se llama en realidad Guadalupe, tiene cuarenta y cuatro años, nació en Tepito y conoce Tepito como se conocen los lugares donde uno ha vivido siempre: no como turista ni como sociólogo sino como habitante, con el mapa en el cuerpo y la historia en la memoria.

El cuarto tiene una mesa cubierta con una tela morada de terciopelo sintético, dos sillas enfrentadas, velas de distintos colores cuyos significados Madame Testa Clara asigna según la necesidad del momento con una flexibilidad que cualquier liturgia envidiaría, un anaquel con frascos de distintos contenidos cuyas etiquetas están escritas a mano con caligrafía deliberadamente difícil de leer, y en el centro de la mesa el mazo de tarot con las esquinas desgastadas de tanto ser misterioso. El cuarto huele a incienso de sándalo y a la cera de las velas y a algo más que Madame ha logrado que permanezca en las paredes después de años de consultas: el olor específico de los lugares donde la gente va a decir lo que en otro lugar no puede decir.

La primera clienta de esta tarde llega a las cuatro en punto. Es una mujer de unos cuarenta y ocho años, con ropa discreta y los ojos de quien lleva semanas durmiendo mal. Se sienta frente a Madame con la rigidez de quien no está segura de estar en el lugar correcto pero tampoco sabe adónde más ir.

—Buenas tardes —dice Madame, con una voz que ha trabajado durante años para que tenga exactamente la cantidad correcta de calidez y de distancia: suficientemente cálida para que el cliente se sienta recibido, suficientemente distante para que no olvide que está frente a alguien que sabe cosas que él no sabe.

—Buenas tardes —dice la mujer—. Me recomendó una amiga. Dice que usted...

—Sé a qué viene —la interrumpe Madame, suavemente, porque interrumpir con suavidad es una de sus habilidades más cultivadas: le ahorra tiempo al cliente, le demuestra que efectivamente sabe, y establece de entrada la jerarquía de la consulta.

La mujer la mira, sorprendida o fingiendo estarlo, que es una distinción que en este cuarto no importa.

—¿Sabe?

—Hay algo en su vida que no está como debería estar —dice Madame, con la ambigüedad suficiente para ser cierta en cualquier caso, porque en la vida de cualquier persona que llega a una consulta de tarot siempre hay algo que no está como debería—. Y tiene que ver con alguien cercano.

La mujer asiente. Sus ojos se humedecen ligeramente.

—Mi marido —dice.

—Cuénteme.

Y la mujer cuenta. Cuenta con la precisión detallada de quien lleva semanas ensayando mentalmente esta conversación sin tener con quién tenerla: los cambios en el comportamiento de su marido, las ausencias sin explicación convincente, el teléfono que ahora siempre está boca abajo sobre la mesa, la excusa de los miércoles que no cuadra con ninguna lógica conocida. Cuenta durante doce minutos sin que Madame la interrumpa, porque Madame sabe que la primera parte de su trabajo es escuchar, y que escuchar bien —con atención real, sin juzgar, sin apresurar— es ya en sí mismo un servicio que muy pocas personas ofrecen y por el que mucha gente estaría dispuesta a pagar.

Cuando la mujer termina, Madame baraja el mazo de tarot con movimientos lentos y ceremoniosos que tienen la función de dar tiempo: tiempo para que lo dicho se asiente, tiempo para que Madame organice lo que escuchó, tiempo para que el silencio haga su trabajo.

—Corte el mazo —dice, extendiendo las cartas frente a la mujer.

La mujer corta. Madame tiende diez cartas en la disposición que conoce como Cruz Celta, aunque los nombres de las posiciones los recita mentalmente y no en voz alta, porque los nombres en voz alta intimidan a los clientes que no los conocen y aburren a los que sí.

Estudia las cartas. Sabe lo que ve. Sabe también lo que sabe sin las cartas, porque Madame Testa Clara conoce la vecindad y conoce el barrio y conoce, de vista y de historia, al marido de esta mujer, un hombre de unos cincuenta años que los miércoles por la tarde aparece en la miscelánea de la esquina con una mujer que no es su esposa y que compra cosas que no son para la casa. Madame lo sabe desde hace dos meses. No lo ha dicho porque nadie le preguntó, y porque su trabajo no es el de denunciante sino el de la persona

que ayuda a que cada quien llegue a sus propias conclusiones en el tiempo que necesite para llegar.

—Aquí —dice Madame, señalando una carta sin nombrarla— hay una presencia que interfiere. No es nueva. Lleva tiempo.

La mujer mira la carta.

—¿Interfiere cómo?

—En la comunicación. En la confianza. —Pausa—. ¿Usted ya lo sabe, verdad?

La pregunta cae en el cuarto con el peso específico de las preguntas que no preguntan sino que confirman. La mujer cierra los ojos un momento.

—Creo que sí —dice, en voz muy baja.

—Saber y aceptar son cosas distintas —dice Madame—. Vino aquí porque necesitaba que alguien se lo dijera. No para saber. Para aceptar.

La mujer llora en silencio, con esa clase de llanto que no busca consuelo sino simplemente necesita salir. Madame no se mueve, no extiende la mano, no dice nada durante un minuto completo, porque hay llantos que necesitan compañía y hay llantos que necesitan espacio y Madame, después de años de consultas, distingue los dos sin necesidad de preguntar.

Cuando la mujer levanta la vista, Madame continúa con las cartas: lo que viene, las posibilidades, las decisiones que tendrá que tomar. No le dice qué decidir. Nunca le dice a nadie qué decidir, porque ese es el límite que Madame tiene claro desde el principio: su trabajo es iluminar, no dirigir. Las cartas muestran caminos, no destinos.

Al final de la consulta, la mujer paga. Saca de su monedero los billetes convenidos, me incluye entre ellos, y los pone sobre la mesa con la expresión de quien ha pagado por algo que valía más de lo que costó y lo sabe.

—Gracias —dice.

—Cuídese —dice Madame.

La mujer sale. Madame me recoge junto con los otros billetes y me guarda en una cajita de madera que tiene bajo la mesa, que es su caja registradora y también, en cierto modo, su archivo: el registro material de todas las tardes en que alguien vino a buscar lo que no sabía cómo pedir.

La segunda clienta de la tarde llega a las cinco y cuarto. Es más joven, unos treinta años, con la energía nerviosa de quien trae una pregunta específica y no quiere rodeos.

—Quiero saber si el negocio va a funcionar —dice, antes de sentarse del todo.

—¿Qué negocio?

—Voy a poner una estética. Ya encontré el local, ya tengo el préstamo, pero mi familia dice que es muy riesgoso y que mejor busque trabajo fijo y yo no sé.

Madame la mira. Esta es una consulta diferente a la anterior: no hay secreto, no hay dolor guardado, hay simplemente una persona en una encrucijada que

necesita claridad o al menos el valor de actuar con la incertidumbre que ya tiene.

—¿Usted sabe hacer el trabajo? —pregunta Madame.

—Llevo ocho años de estilista. Tengo mis clientes.

—¿Tiene miedo de fracasar o tiene miedo de que su familia tenga razón?

La joven se queda callada un momento.

—Las dos cosas —dice finalmente.

—Son miedos distintos —dice Madame—. El primero es útil. El segundo es el que paraliza.

Baraja. Tiende las cartas. Lee lo que lee, que en este caso es lo que la joven necesita escuchar: no una garantía, porque las garantías no existen en ningún mazo de tarot honesto, sino una confirmación de que lo que ya decidió tiene fundamento, que el miedo es razonable pero no definitivo, que los negocios se caen y se levantan y el que se cae aprendió algo que el que no intentó nunca sabrá.

—Las cartas no me dicen que va a funcionar —le dice Madame al final—. Me dicen que usted tiene lo que necesita para intentarlo. Lo que pase después depende de usted y del trabajo, no de las cartas.

La joven paga, sale con la expresión de quien no recibió la certeza que buscaba pero recibió algo que quizás vale más: el permiso de intentarlo con los ojos abiertos.

Madame cierra la puerta. Se sienta en su silla, saca la cajita de madera, y cuenta lo de la tarde.

—Cuatrocientos —dice, en voz baja—. Con lo de la mañana, setecientos.

Pausa.

—El martes que viene la señora del hijo que está en el norte. Ya son tres meses que viene. —Pausa breve—. Ese muchacho ya llegó y no le ha dicho nada a su mamá. Pero no me corresponde decírselo a mí.

Lo dice sin cinismo y sin culpa. Lo dice con la calma del médico que conoce el diagnóstico pero sabe que no es su lugar anunciarlo: hay tiempos, hay procesos, hay cosas que cada quien debe descubrir en el orden que le corresponde.

Desde la cajita de madera donde espero, pienso en lo que Madame Testa Clara vende y lo que sus clientes compran. No vende información: la información que tiene sobre el marido infiel podría obtenerla cualquiera que prestara suficiente atención al barrio. No vende certeza: sus cartas no garantizan nada y ella lo sabe mejor que nadie. Vende atención. Vende el espacio para decir lo que en otro lugar no se puede decir. Vende el momento en que alguien escucha sin juzgar, sin interrumpir, sin darle la vuelta al tema hacia sus propios problemas.

Los psicólogos hacen algo similar pero cobran tres veces más y tienen título enmarcado y un sillón que también cobran de alguna manera. La diferencia entre Madame Testa Clara y un consultorio de psicología no es de sustancia sino de acceso: Madame está en Tepito, cobra lo que puede cobrar la gente de Tepito, y atiende a la gente que en Tepito necesita lo que ella ofrece.

El dinero, en este cuarto, compra consuelo. Y el consuelo, descubro, es uno de los bienes más antiguos y más necesarios que el ser humano ha intentado siempre poner en circulación.

Yo soy el medio de esa circulación esta tarde.

Y eso, reconozco, es suficiente razón para existir.

## CAPÍTULO 10

## La ilusión

*Plaza comercial de barrio, Colonia Doctores — Ciudad de México*

De la cajita de madera de Madame Testa Clara paso a una farmacia, de la farmacia a la mano de un señor que me usa para comprar el periódico, del señor del periódico a la caja de una tortillería, de la tortillería al cambio de una panadería, y de la panadería a los dedos de una mujer que me dobla con cuidado y me mete en el monedero junto con sus otras compras del sábado. Esa mujer tiene un hijo.

El hijo tiene nueve años, o quizás diez, y lleva tres semanas ahorrando para algo que no le ha dicho a su madre porque si se lo dice ella dirá que ese dinero tiene mejor destino y el mejor destino siempre es otro destino que no es el que él eligió. Ha juntado los domingos, las propinas de los mandados, lo que encontró en el suelo del camión que nadie reclamó porque nadie lo vio caer. Ha juntado exactamente doscientos pesos.

Soy yo.

Y esta tarde la madre del niño me saca del monedero para pagar algo y me deja sobre la mesa de la cocina un momento, y en ese momento el niño —que ha estado esperando esta oportunidad con la paciencia de los cazadores y los enamorados— me toma, me guarda en el bolsillo de su pantalón, y sale a la calle antes de que nadie le pregunte a dónde va.

A dónde va es a la plaza comercial de la Colonia Doctores, donde todos los sábados por la tarde un mago monta su mesa plegable y su mantel negro y hace cosas que no deberían ser posibles.

El mago se llama José Tetimo Elseso y tiene cuarenta y un años. No lo supe de inmediato: lo fui deduciendo por fragmentos durante la tarde, igual que se deduce la forma de un cuarto en la oscuridad: tocando las paredes una por una hasta tener el mapa completo. José Tetimo es alto, delgado, con manos grandes que deberían ser torpes y que sin embargo son lo más preciso que he visto en toda mi circulación, manos que parecen ir un poco más despacio que el resto del cuerpo y que en esa lentitud aparente esconden la velocidad real.

Viste de negro, que es el uniforme de su oficio, con una camisa de cuello Mao que en los ochenta habría sido elegante y que ahora es simplemente la camisa de José Tetimo, tan asociada a él que ya no pertenece a ninguna época sino únicamente a su persona.

La mesa plegable está instalada frente a la entrada de una tienda de ropa que los sábados tiene poca afluencia y cuyo dueño hace tiempo acordó con José Tetimo que puede usar el espacio a cambio de nada, porque el pequeño gentío que se forma alrededor del mago atrae a veces clientes que de otro modo habrían pasado de largo. Es un acuerdo sin contrato ni apretón de manos: existe porque funciona para los dos, que es la única base que necesitan los acuerdos que duran.

El niño llega cuando el acto lleva veinte minutos en curso. Se abre paso entre los espectadores —hay unos quince, entre niños y adultos, con la proporción habitual de quienes creen y quienes miran— y encuentra un lugar desde donde ver sin que nadie le tape la vista, porque los niños tienen esa habilidad de encontrar el ángulo perfecto en cualquier multitud, como si el mundo les abriera espacio por derecho natural.

Desde el bolsillo del pantalón del niño escucho el acto sin verlo, que es la forma más honesta de experimentar la magia: cuando no puedes ver cómo se hace, solo puedes escuchar el efecto que produce en quienes sí lo ven.

Y el efecto es este:

—Señorita —dice José Tetimo, con una voz que tiene la resonancia controlada del que aprendió a proyectarla sin gritar—, ¿puede decirme cuál es su carta?

—El tres de corazones —dice una voz femenina.

—El tres de corazones. —Pausa para el efecto—. ¿Y puede decirme dónde está ese tres de corazones en este momento?

—No sé.

—Yo sí sé. —Pausa más larga—. Está en su bolsillo derecho.

Exclamación del público. Sonido de alguien buscando en un bolsillo. Luego:

—¡Sí está!

El público aplaude. No el aplauso de teatro con sus convenciones de cortesía: el aplauso genuino de quien vio algo que no debería ser posible y que por un momento, en ese momento específico, decidió no preguntarse cómo se hizo.

Escucho otros trucos durante los siguientes minutos. Una moneda que desaparece y aparece detrás de la oreja de un niño que no entendió muy bien qué pasó pero sonrió de todos modos. Un pañuelo que se convierte en paloma —de plástico, los espectadores mayores lo saben, los niños no importa si lo saben porque la paloma vuela igual—. Un número elegido por un señor del público que José Tetimo dice haber escrito en un papel antes de que el señor eligiera, y el papel tiene el número exacto, y nadie en el público que yo puedo escuchar tiene una explicación inmediata para eso aunque probablemente la haya.

Luego el niño se mueve. Siento el cambio de posición en el bolsillo: está avanzando hacia la mesa, abriéndose paso con determinación que sorprende para su tamaño. Y entonces escucho la voz de José Tetimo, que lo ha visto venir.

—Joven —dice—. ¿Quiere participar?

—Sí —dice el niño, con una sola sílaba que contiene tres semanas de ahorro y toda la seriedad del mundo.

—¿Cómo se llama?

—Rodrigo.

—Rodrigo. Muy bien. Rodrigo, ¿puede tomar cualquier carta de este mazo?

El niño toma una carta.

—¿La vio?

—Sí.

—¿La recuerda?

—Sí.

—Póngala de nuevo en el mazo, donde quiera.

El niño la pone.

—Ahora —dice José Tetimo— voy a encontrar su carta sin tocar el mazo.

Pausa. El público espera. José Tetimo hace algo que no puedo ver —probablemente mirar el mazo sin tocarlo, un gesto que en sí mismo es teatro— y luego:

—Su carta es el rey de picas.

—¡Sí! —dice el niño, con un entusiasmo que es simultáneamente la confirmación del truco y la expresión más pura de lo que la magia produce: ese instante en que el mundo hace algo que no debería poder hacer y uno lo ve y lo cree aunque una parte de uno sepa que no debería creerlo.

El público aplaude de nuevo. El niño regresa a su lugar, con el bolsillo donde estoy yo vibrando ligeramente con la energía de quien acaba de vivir algo que va a contar muchas veces.

Cuando el acto termina —cuarenta minutos exactos, José Tetimo tiene un reloj interno para eso— el público dispersa sus aplausos finales y algunos se quedan, otros se van, y el niño se queda. Se queda plantado frente a la mesa mientras José Tetimo dobla su mantel y guarda sus cosas en el maletín de utilería que lleva desde hace ocho años y que en ocho años ha conocido más plazas comerciales, mercados, kermeses y eventos de tercer orden que cualquier otro maletín de su generación.

—¿Qué hace? —le pregunta el niño, mirando el proceso de guardar con la atención del entomólogo que observa algo que le interesa profundamente.

—Recojo mis cosas —dice José Tetimo, sin dejar de guardar.

—¿Para qué las guarda si las va a necesitar la próxima semana?

—Porque la próxima semana no es hoy —dice José Tetimo—. Y las cosas que no se guardan se pierden o se rompen. O las dos.

El niño procesa esto.

—¿Siempre hace magia los sábados?

—Aquí, sí. Otros días en otros lugares.

—¿Es su trabajo?

—Es mi trabajo.

—¿Le gusta?

José Tetimo deja de guardar un momento. Mira al niño con la atención específica que los adultos les prestan a los niños que hacen preguntas que los adultos dejaron de hacerse hace tiempo.

—Sí —dice—. Me gusta.

—¿Por qué?

—Porque la gente sale diferente de cómo llegó. —Pausa—. No muy diferente. Pero un poco.

El niño piensa. Luego mete la mano al bolsillo y me saca. Me extiende hacia José Tetimo con la solemnidad de quien entrega algo que le costó.

—Para usted —dice.

José Tetimo me mira. Me mira a mí, que soy un billete de doscientos pesos, con la misma atención que le prestó al niño, y en esa mirada hay algo que no supe nombrar en el momento pero que ahora, desde la perspectiva del testigo que cuento la historia, puedo nombrar: es gratitud. No la gratitud de quien recibe más de lo esperado, sino la de quien recibe exactamente lo que necesitaba sin haber sabido que lo necesitaba.

—¿Es tuyo? —pregunta José Tetimo.

—Lo junté —dice el niño.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres semanas.

José Tetimo me toma. Con dos manos, que es la forma en que se recibe algo que alguien tardó tres semanas en juntar. Y hace algo que no hace con ningún otro pago de la tarde: se inclina ligeramente, hacia el niño, como una reverencia mínima que el niño no sabe que es una reverencia porque nunca ha visto una.

—Gracias, Rodrigo —dice.

—De nada —dice el niño, y se va.

José Tetimo me guarda en el bolsillo interior de su chamarra, separado del resto del dinero de la tarde, igual que Baldomero Pensante Trejo guardó su propina separada del dinero del restaurante. Los que tienen su propio código siempre separan las cosas que no deben mezclarse. Eso también lo aprendí hoy.

Termina de guardar la mesa y el maletín. Se los lleva al metro. Cuarenta minutos después cena en una fonda de la Colonia Doctores donde lo conocen y donde no necesita pedir porque la dueña —una señora de unos sesenta años con el delantal perpetuamente manchado de mole— ya sabe qué trae los sábados: un caldo de res y una orden de quesadillas de flor de calabaza.

—¿Cómo le fue? —le pregunta la señora, poniéndole el caldo enfrente.

—Bien. Buena tarde.

—¿Cuánta gente?

—Unos quince en el pico. Más al principio, menos al final.

—Siempre igual —dice la señora, con el tono de quien hace una observación que no es crítica sino simplemente registro—. Los sábados la gente tiene prisa.

—La gente siempre tiene prisa —dice José Tetimo—. Lo bueno es que algunos se detienen.

—¿Y hoy se detuvo alguien especial?

José Tetimo piensa. Toma una cucharada de caldo.

—Un niño —dice—. Pagó con lo que tenía.

—¿Cuánto?

—Doscientos.

La señora lo mira.

—¿Y usted los aceptó?

—¿Cómo no los iba a aceptar?

La señora asiente, con la aprobación callada de quien no necesita explicar por qué algo está bien para reconocer que está bien.

—Sus quesadillas —dice, poniéndolas sobre la mesa.

José Tetimo come solo, con la soledad tranquila de quien necesita silencio después de haber sido, durante cuarenta minutos, el centro de la atención de un grupo de desconocidos. Desde el bolsillo interior de la chamarra, junto con el ruido suave de los cubiertos y el murmullo de fondo de la fonda, pienso en lo que hace José Tetimo Elseso y en lo que produce.

Produce ilusión. En el sentido más antiguo y más honesto del término: la experiencia momentánea de que el mundo puede hacer cosas que no debería poder hacer. No engaño en el sentido de daño: ilusión en el sentido de apertura, de ese instante en que las reglas de lo posible se suspenden brevemente y el público, si quiere, puede vivir en esa suspensión el tiempo que dure el truco.

No es poco. Es, en realidad, considerablemente más de lo que ofrecen muchas cosas por las que la gente paga mucho más.

José Tetimo Elseso termina de cenar, paga con los billetes del bolsillo externo —no conmigo, que estoy aparte—, se pone la chamarra, recoge el maletín, y

sale a la noche de la Doctores que ya a esta hora tiene su propio ritmo, más lento y más oscuro que el de la tarde.

En el metro de regreso a casa, parado y silencioso como siempre, saca el teléfono y anota algo. No veo qué anota. Pero el movimiento de su pulgar sobre la pantalla tiene el ritmo de quien escribe, no de quien teclea mensajes, y yo que llevo semanas aprendiendo a leer a las personas por lo que escucho y no por lo que veo, deduzco que José Tetimo Elseso, mago de plaza comercial, está escribiendo algo esta noche que el sábado que viene no existirá en ningún otro lugar.

Soy doscientos pesos que un niño tardó tres semanas en juntar.

Podría ser muchas cosas con eso.

Esta noche soy la cena de un hombre que hace que el mundo parezca, por cuarenta minutos cada semana, mejor de lo que es.

No se me ocurre un mejor uso.

## CAPÍTULO 11

## El cansancio

*Mercado de pulgas, periferia oriente — Ciudad de México*

De la chamarra de José Tetimo Elseso paso a la caja de la fonda donde cenó, de la fonda a una ferretería que uso el lunes para pagar a su proveedor, del proveedor a un estacionamiento, del estacionamiento a la bolsa de una señora que me lleva tres días sin usarme porque me encontró en el fondo junto con otras cosas que tampoco ha usado en semanas y que guarda con la lealtad irracional que se les tiene a las cosas que algún día podrían servir para algo. Al cuarto día me encuentra de nuevo y me usa para pagar el camión, y el camión me lleva al oriente de la ciudad, donde el domingo hay mercado de pulgas.

Al mercado de pulgas llego diferente a como salí del banco.

Lo noto en la forma en que me toman. En el banco, Daría Lavida Portíllo me tomó con dos dedos y me examinó bajo la lámpara ultravioleta con el cuidado de quien manipula algo de valor. En la miscelánea, Lesven Deré Basura me revisó contra la luz con el ojo entrecerrado del comerciante precavido pero con respeto implícito. Aquí, en el mercado de pulgas, el primer hombre que me recibe lo hace con una sola mano, con la yema de los dedos, con el gesto distraído de quien recoge algo del suelo sin estar del todo seguro de que valga la pena recogerlo.

Vale la pena. Todavía valgo doscientos pesos. Pero ya no lo parezco tanto.

Mis colores han perdido la vivacidad del principio. El verde ya no es profundo sino opaco. El dorado que cambiaba de ángulo según la luz ahora cambia menos, como si hubiera aprendido la discreción de lo que ha sido usado demasiado. Mis bordes tienen el desgaste específico de haber pasado por muchos bolsillos, muchas carteras, muchos cajones: ese redondeado suave

que no es deterioro visible sino la marca del tiempo en las cosas que circulan. El rostro de Sor Juana en mi anverso sigue ahí, intacto en sus líneas fundamentales, pero con las huellas de todas las manos que la han tocado: un ligero oscurecimiento en las zonas de mayor contacto, como el barniz de los muebles viejos que se vuelve más oscuro donde más los tocan y con eso, paradójicamente, más ricos.

Soy un billete de mediana edad.

El mercado de pulgas del oriente es el lugar donde la ciudad se deshace de lo que ya no quiere y donde otros recogen lo que la ciudad desechó, y en ese ciclo hay una dignidad específica que los mercados nuevos con sus precios fijos y sus recibos electrónicos no tienen: la dignidad de las cosas que encuentran un segundo uso, un segundo dueño, una segunda vida. Aquí nada termina definitivamente. Todo es susceptible de seguir siendo algo, aunque no lo mismo que fue.

Los puestos están alineados en dos calles de tierra compactada bajo un techo de lámina corrugada que amplifica la lluvia cuando llueve y el calor cuando no. Hay ropa, herramientas, libros viejos, electrodomésticos de dudosa procedencia, muebles que alguna vez fueron parte de una sala o un comedor y que ahora esperan volver a serlo en otra casa, juguetes con piezas faltantes, discos de vinilo de artistas que el mundo olvidó excepto los que frecuentan este tipo de mercados, y una variedad de objetos cuya categoría exacta requeriría un sistema de clasificación que nadie ha desarrollado todavía porque el mercado de pulgas desafía la taxonomía.

Llego a través del vendedor de calcetines, que es donde el camión me dejó: un hombre de unos cincuenta años con una mesa donde los calcetines están organizados por color y tipo con una precisión que contrasta con el aparente desorden de todo lo que lo rodea, como si ese puesto específico hubiera decidido unilateralmente imponer un orden que el resto del mercado no comparte.

El primer comprador llega mientras el vendedor todavía está acomodando el género.

—¿Cuánto los calcetines negros? —pregunta un hombre joven con la desconfianza automática del comprador de mercado de pulgas, que sabe que el precio que se dice nunca es el precio que se paga.

—Tres pares por cincuenta —dice el vendedor.

—A veinte el par te compro seis.

—A veinte no me salen —dice el vendedor—. A dieciocho el par si llevas seis.

—Veinticinco los tres pares.

El vendedor hace el cálculo sin calculadora.

—Está bien.

El comprador paga con un billete de cincuenta, recibe su cambio, toma sus calcetines y se va sin decir más, con la satisfacción específica del que regateo

bien, que no necesita ser nombrada para ser real. El vendedor guarda el dinero en una bolsa de plástico que lleva en el delantal y me cuenta entre los billetes que ya tenía.

Desde la bolsa de plástico escucho el mercado en su plenitud: el regateo constante, los pregones, la conversación de dos vendedores vecinos que hablan por encima de sus respectivos puestos con la comodidad de los que llevan años en la misma posición geográfica y han construido una amistad de mercado que no requiere salir juntos ni conocerse fuera de las láminas.

—¿Cómo vas hoy? —le pregunta el del puesto de herramientas al vendedor de calcetines.

—Regular. Hay gente pero no compran.

—Siempre igual los domingos de quincena chica. Cuando es quincena grande sí mueven.

—¿Cuándo es la próxima quincena grande?

—En dos semanas.

—Dos semanas —repite el de calcetines, con el tono de quien hace la cuenta de lo que tiene que sostener en dos semanas y determina que sí, que alcanza, aunque no sobre.

—¿Trajiste el tamal?

—Hoy no. Mi señora no hizo.

—¿Qué pasó?

—Que se enojó.

—¿Por qué?

—Por lo de siempre.

El hombre de las herramientas asiente con la solidaridad de quien no necesita saber cuál es "lo de siempre" para entender que existe y que pesa.

—¿Ya se le pasó?

—Todavía no. Pero ya se le va a pasar.

—Siempre se les pasa —dice el de herramientas, con la filosofía práctica de quien lleva suficientes años casado como para saber que las tormentas tienen duración finita aunque en el momento parezca que no.

La segunda transacción que me involucra es el radio portátil. Un señor de unos sesenta años lo tiene en el puesto contiguo y lleva toda la mañana sintonizando distintas estaciones sin encontrar ninguna que lo satisfaga del todo, lo cual funciona simultáneamente como demostración de que el radio funciona y como entretenimiento involuntario para los puestos cercanos. Una mujer de unos cuarenta y cinco años se acerca, lo escucha un momento, y pregunta:

—¿Cuánto el radio?

—Ochenta —dice el señor.

—¿Funciona bien?

—Ahí lo tiene.

La mujer lo toma, lo examina, cambia la estación, escucha.

—¿Tiene las pilas incluidas?

—Las que tiene.

—¿Y cuánto duran?

—No sé. Son las que tiene.

La mujer hace el cálculo tácito del mercado de pulgas: lo que se ahorra frente a lo que arriesga.

—Sesenta —dice.

—Setenta —dice el señor.

—Sesenta y cinco.

—Ándale.

La mujer paga con distintos billetes de distintas denominaciones, uno de los cuales soy yo, que paso del vendedor de calcetines al señor del radio en el cambio que este le da a aquél por algo que no alcanzo a entender pero que involucra una deuda menor de hace dos semanas. Así circulo en el mercado de pulgas: no de comprador a vendedor sino entre vendedores, en esa economía paralela de los puestos que se hacen favores y cobran favores y mantienen una contabilidad informal que solo ellos conocen.

La tercera transacción de mi tarde en el mercado es el atole. A las doce del mediodía llega el señor del atole con su olla y sus vasos de plástico y su ritmo de siempre, que es el ritmo de quien hace la misma ruta todos los domingos desde hace tantos años que el mercado ya lo incorporó a su geografía como si fuera un puesto fijo aunque no lo sea.

—¿Le pongo? —le pregunta a una señora que está revisando ropa en el puesto de junto.

—Uno de guayaba —dice ella, sin levantar la vista de la blusa que está examinando—. Y que no esté muy caliente porque me quemo siempre.

—Como siempre, doña Cata —dice el señor del atole, con el afecto específico del que conoce los gustos de sus clientes habituales y los recuerda sin esfuerzo porque recordarlos es parte de lo que hace que el cliente regrese.

—Siempre igual —dice doña Cata, aceptando el vaso.

—Siempre igual. ¿Cómo está el señor?

—Pues ahí, con sus achaques de siempre.

—Los achaques son la firma de los años —dice el señor del atole, con una filosofía de taquería que en otra persona sonaría banal pero que en él suena como la conclusión de una observación larga y verdadera.

Doña Cata paga y yo soy el cambio que el señor del atole le da a ella, no el dinero que ella le da a él, y así paso de las manos del señor del radio a las de

doña Cata, que me mete en el monedero junto con otras monedas y me lleva el resto del domingo en esa oscuridad tibia y familiar que ya reconozco como la posición natural del dinero en el mundo.

En algún momento de la tarde, entre la transacción del radio y la del atole, paso por las manos de una vendedora de ropa usada que me recibe como cambio de otra vendedora y que al contarme se detiene. Me examina con el ojo entrecerrado, me voltea, me pasa bajo la luz que entra por una abertura en el techo de lámina.

—Oye —le dice a la vendedora que me dio—, este billete está muy maltratado.

—¿Cómo que maltratado? Es bueno.

—No digo que sea falso. Digo que está muy usado. A ver si me lo aceptan en la tienda.

—En todos lados sirve —dice la otra, con la seguridad de quien conoce las reglas—. Mientras no esté roto ni le falte pedazo, vale igual.

La vendedora de ropa me examina un poco más. Me dobla, me desdobla, me mira contra la luz una segunda vez.

—Sí —concede finalmente—. Nomás que está muy sobado.

—Los billetes se soban —dice la otra, con una filosofía del dinero que Lesven Deré Basura aprobaría sin reservas—. Para eso sirven.

La vendedora de ropa me guarda con un gesto que no es exactamente aceptación sino resignación práctica: soy dinero, sirvo para pagar, el resto son detalles estéticos que el mercado no tiene tiempo de atender. Tiene razón en lo esencial y se equivoca en el tono, porque el sobado de un billete no es fealdad sino historia, y la historia no debería resignar a nadie sino todo lo contrario.

Pero no me corresponde corregirla. Soy un billete, no un filósofo. Aunque a estas alturas de mi circulación la línea entre los dos se ha vuelto considerablemente más delgada de lo que era cuando salí del banco.

Al final del mercado, cuando los puestos empiezan a recoger y el techo de lámina amplifica el ruido de las láminas que se doblan y las mesas que se cierran, escucho al vendedor de calcetines despedirse del de herramientas.

—Hasta el domingo.

—Hasta el domingo. Ojalá le pase a su señora.

—Ya veremos —dice el de calcetines—. Llévese bien.

—Usted también.

Me quedo con doña Cata esa noche, en el monedero junto con las monedas, y pienso en lo que fue esta tarde. Tres transacciones en pocas horas, cada una distinta, cada una con su propio lenguaje y su propio ritmo. He pasado de mano en mano con una rapidez que no había conocido desde el banco, y en

cada mano he dejado una fracción de lo que fui y he recogido una fracción de lo que cada mano tenía.

El cansancio del dinero es real. No es metáfora: los billetes envejecemos con el uso, perdemos la nitidez de las líneas y la firmeza del tacto, acumulamos el registro invisible de todo lo que hemos financiado. Soy ya un billete con historia, y la historia pesa, aunque no se vea en la báscula.

Pero todavía circulo. Todavía valgo doscientos pesos. Todavía soy, mientras alguien me acepte.

Y en el mercado de pulgas, donde nada termina definitivamente y todo encuentra un segundo uso, eso es más que suficiente.

## CAPÍTULO 12

### La caída

*Pulquería "El Último Recurso", Colonia Guerrero — Ciudad de México*

De la bolsa de doña Cata paso a una carnicería el lunes, de la carnicería a un taxista el martes, del taxista a un estanquillo el miércoles, y del estanquillo al bolsillo de un hombre que entra el jueves a las seis de la tarde a la pulquería "El Último Recurso" con el paso lento y seguro de quien llega a un lugar que lo conoce mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

Ese hombre es Briagoberto Ebriones.

La pulquería "El Último Recurso" lleva ese nombre desde 1962, cuando la puso el abuelo del actual dueño con la ironía resignada de quien sabe que una pulquería en la Colonia Guerrero no es el primer recurso de nadie pero tampoco es el peor. El letrero original se cayó en el terremoto del ochenta y cinco y el que pusieron después tiene la misma leyenda pero con letras de otro tipo que el abuelo no habría aprobado, aunque el abuelo ya no está para no aprobar nada. El local tiene barra de madera oscurecida por décadas de codos apoyados, cinco mesas con sillas de distintos orígenes que se fueron acumulando a lo largo de los años sin que nadie planificara el resultado, y en la pared del fondo un espejo con marco de latón que amplía el espacio y que en sus sesenta años de servicio ha reflejado más vidas de las que nadie podría contar. Huele a pulque, que es un olor que no se parece a ningún otro: fermentado y vegetal y ligeramente dulce, el olor de una bebida que lleva siglos siendo mexicana antes de que lo mexicano tuviera ese nombre.

El cantinero actual se llama Rosendo. Tiene cincuenta y dos años, es hijo del hombre que compró el negocio al nieto del fundador hace veinte años, y lleva doce detrás de esa barra con la ecuanimidad del que ha visto suficiente como para que ya nada le sorprenda del todo pero tampoco lo deje indiferente del todo. Rosendo conoce a Briagoberto Ebriones desde hace siete años, que es el tiempo que Briagoberto lleva siendo parroquiano regular, y lo conoce con esa intimidad específica del cantinero: sabe lo que toma, sabe cuánto aguanta, sabe cuándo ya es suficiente aunque Briagoberto no lo sepa todavía, y sabe, porque lo vio llegar, que Briagoberto no siempre fue lo que es ahora.

Briagoberto Ebriones tiene un nombre que es un diagnóstico y una historia que cabe en un vaso, aunque no siempre fue así. Tiene cincuenta y tres años, y hasta los cuarenta y seis fue técnico electricista en una empresa de mantenimiento industrial, con trabajo fijo, prestaciones, una esposa y dos hijos que vivían en un departamento de la Guerrero que no era grande pero era suyo en el sentido de que la deuda era suya y el esfuerzo de pagarla también. Lo que pasó a los cuarenta y seis no lo cuenta Briagoberto en una sola versión ni en un solo orden: lo cuenta en fragmentos, según la noche y el vaso, y los fragmentos son siempre los mismos aunque el orden cambie: la empresa cerró, la esposa se fue, los hijos se fueron con ella, el departamento que era suyo dejó de serlo por razones que él explica diferente cada vez. Lo que no cambia en ninguna versión es lo que sigue: que después de eso Briagoberto encontró en el pulque una manera de estar en el mundo que no requería que el mundo le respondiera con nada en particular.

Entra a la pulquería y se sienta en el tercer banco de la barra, que es su lugar desde hace siete años con la misma constancia con que Amadea Costa Delado se sienta en la misma silla de la cocina todas las mañanas: el territorio habitual que uno ocupa sin decidirlo, por la ley de la costumbre que es más fuerte que cualquier decisión.

—Briagoberto —dice Rosendo, como saludo. No pregunta qué va a tomar porque ya sabe.

—Rosendo —dice Briagoberto, como respuesta. Pone sobre la barra los billetes que tiene, entre ellos yo, con el gesto de quien pone sus recursos sobre la mesa para que los demás vean con qué se cuenta esta noche.

Rosendo los mira sin contarlos visiblemente. Los cuenta de todos modos porque Rosendo siempre cuenta, aunque no lo parezca.

—¿Cómo vas? —pregunta, mientras sirve el primer vaso.

—Ahí —dice Briagoberto, que es la respuesta más honesta que existe cuando uno no va bien pero tampoco quiere decir que no va bien porque decirlo lo hace más real.

—¿Comiste?

—Algo.

—¿Qué es algo?

—Un taco, por ahí.

Rosendo no insiste. Sabe que insistir no sirve de nada con Briagoberto y que la pregunta no era para obtener más información sino para dejar claro que la pregunta existe, que hay alguien que pregunta, que eso importa aunque no cambie nada esta noche.

Briagoberto toma su primer vaso con la parsimonia de quien saborea algo que ya no necesita saborear porque el sabor hace tiempo que dejó de ser el punto. El punto es otra cosa que el pulque facilita y que Briagoberto no nombraría aunque supiera el nombre.

A las siete llega otro parroquiano, un hombre de unos sesenta años llamado Fulgencio que se sienta dos bancos más allá con la costumbre de quien también tiene su lugar y respeta el de los demás. Fulgencio y Briagoberto se conocen de la pulquería, que es una forma de conocerse que no requiere saber dónde vive el otro ni qué hace ni de dónde viene: requiere solo saber cómo es en ese lugar, en ese contexto, con ese vaso en la mano.

—¿Qué hubo? —dice Fulgencio.

—Aquí —dice Briagoberto.

—¿Viste el partido?

—¿Cuál?

—El de anoche. El América.

—No tengo tele.

—Ah. Ganaron.

—Siempre ganan o siempre pierden —dice Briagoberto—. Según quién lo cuente.

Fulgencio ríe. Es un chiste viejo pero en la pulquería los chistes viejos tienen la misma vigencia que los nuevos porque el público no los recuerda con precisión suficiente para aburrirse de ellos.

—¿Cómo va el trabajo? —le pregunta Briagoberto a Fulgencio, con el interés auténtico de quien no tiene trabajo propio pero encuentra en el trabajo ajeno un tema que lo conecta con el mundo que dejó.

—Igual. Los jóvenes no quieren aprender. Les dices cómo se hace algo y ya saben más que tú.

—Siempre fue así.

—Antes no tanto. Antes uno llegaba y preguntaba. Ahora llegan y explican.

—Es la escuela —dice Briagoberto—. Les enseñan que ya saben.

—O el teléfono —dice Fulgencio—. Cualquier cosa que no saben la buscan y ya creen que la saben.

—Saber y buscar son cosas distintas —dice Briagoberto, con la lucidez intermitente de quien tiene más claridad de la que aparenta en ciertos temas y menos de la que necesitaría en el propio.

Rosendo escucha desde la barra sin participar, porque Rosendo sabe que el cantinero que participa en las conversaciones de sus clientes pierde la distancia que le permite ver lo que ellos no ven. La distancia no es frialdad: es el oficio.

Los vasos se suceden. No con prisa ni con ceremonia: con el ritmo natural de una noche de jueves en la pulquería "El Último Recurso", que es el ritmo de las cosas que se repiten tantas veces que ya no necesitan justificarse.

A las nueve, cuando Fulgencio se va con el gesto de quien tiene a dónde regresar, Briagoberto queda solo en la barra. Rosendo está atendiendo la única mesa ocupada, tres hombres jóvenes que no son habituales y que piden

con la indecisión de quien no conoce bien lo que hay pero tampoco quiere admitirlo.

Briagoberto, solo, habla.

No con nadie en particular. Con la barra, con el espejo del fondo que lo refleja en el tercer banco desde hace siete años, con el vaso que tiene entre las manos o con la versión de sí mismo que el pulque hace visible y que en sobriedad se vuelve demasiado difícil de mirar.

—Lo que pasa —dice, en voz baja, con la dicción ligeramente desajustada del vaso cuatro— es que uno hace todo lo que tiene que hacer. Todo. Y luego igual. Igual que si no hubieras hecho nada.

Pausa. Toma. Continúa.

—Yo pagué esa casa. Ocho años. Puntual. Y al final ni la casa ni nada. ¿Para qué?

No espera respuesta porque no la está pidiendo. Está poniendo en palabras lo que lleva siete años cargando sin encontrar el lugar correcto donde ponerlo, y la pulquería "El Último Recurso" es el lugar que ha encontrado, no porque sea el correcto sino porque es el que está.

Rosendo regresa a la barra. Mira a Briagoberto sin que Briagoberto lo note, con esa mirada del cantinero que es evaluación y compasión mezcladas en la proporción que requiere cada noche.

—Ya, Briagoberto —dice, suavemente.

—Ya qué.

—Ya es suficiente por hoy.

Briagoberto lo mira. Hay en su mirada el destello breve de quien considera resistir y luego calcula que no vale la pena.

—Una más —dice.

—Una más y te llevo a la puerta.

—Trato.

Rosendo sirve la última con la parsimonia del que sabe que una más es la que cierra la noche, no la que la continúa. Mientras Briagoberto la toma, Rosendo le dice algo a su ayudante, un muchacho de unos dieciocho años que lleva tres meses en el trabajo y que todavía está aprendiendo a ver lo que Rosendo ve sin que se lo expliquen.

—¿Lo conoces? —le pregunta el ayudante, en voz baja.

—Desde hace años.

—¿Siempre viene?

—Casi siempre.

—¿Y siempre igual?

Rosendo piensa un momento.

—Igual en lo que se ve —dice—. No sé en lo que no se ve.

El ayudante no entiende del todo esa respuesta pero tampoco pregunta más, porque hay respuestas que necesitan tiempo para entenderse y esa es una de ellas.

Lo que ocurre después con el billete que soy no lo voy a describir con detalle porque el detalle no añade nada que la imaginación del lector no pueda completar con más elegancia de la que yo podría poner en palabras. Lo que puedo decir es esto: Briagoberto, en algún momento de la noche, en ese estado específico en que las decisiones se toman sin el filtro habitual de la conciencia, me usa para algo que no fui hecho para hacer. Me dobla de una manera que no es la del bolsillo ni la de la cartera, me convierte en un objeto sin forma precisa, y en ese proceso Sor Juana en mi anverso queda orientada hacia ningún lugar en particular, que es quizás la posición más digna disponible en las circunstancias.

Cuando termina me guarda de nuevo, arrugado y con un olor que el algodón absorbe con más fidelidad de lo que uno quisiera, en el bolsillo del pantalón junto con el encendedor sin gas y la estampa de San Judas Tadeo con el vidrio roto. Estamos todos, en ese bolsillo, en alguna versión de lo mismo: objetos que alguna vez tuvieron una función clara y que el tiempo y el uso han llevado a un estado de función incierta.

Rosendo me recoge cuando Briagoberto paga la cuenta, me examina con la mirada neutra del profesional que acepta lo que tiene sin juzgar su historia, y me guarda en la caja. Luego guía a Briagoberto hacia la puerta con la mano en el hombro, el gesto del que acompaña sin cargar.

—Cuídese —le dice en la puerta.

—Siempre —dice Briagoberto, con una ironía que probablemente no es intencional pero que es la más exacta de la noche.

Rosendo lo ve alejarse por la calle hasta que dobla la esquina. Luego regresa adentro, limpia la barra donde estuvo Briagoberto durante tres horas, y apaga la luz sobre ese tramo de la barra, que es el ritual con el que cierra cada noche el espacio de cada cliente que se fue.

El espejo del fondo refleja el local vacío.

Sigo valiendo doscientos pesos.

Briagoberto, esa noche, valía menos. No porque el pulque lo disminuya sino porque hay noches en que el peso de lo que uno no pudo salvar aplasta más que otras noches, y esas noches el valor de uno no lo fija ningún banco ni ningún Estado sino el silencio de la calle cuando uno dobla la esquina solo.

El cantinero lo sabe. No lo dice porque no le corresponde decirlo. Pero lo sabe, y eso, reconozco desde la caja donde espero el día siguiente, es su manera de no mirar a nadie como si no valieran lo que valen.

Que es, en el fondo, lo único que algunos de nosotros puede ofrecer.

## CAPÍTULO 13

**El arrastre**

*Canal de aguas negras, oriente — Ciudad de México*

Nadie planea caer a un canal de aguas negras. Ni los hombres ni los billetes. Pero en ambos casos hay una cadena de decisiones previas que hace que la caída sea, en retrospectiva, perfectamente comprensible aunque en el momento parezca un accidente puro.

De la caja de la pulquería "El Último Recurso" pasé a las manos de un hombre que pagó con un billete de quinientos y necesitaba cambio. De ese hombre a una señora que compró tamales. De la tamalera a un muchacho que pagó el camión. Del camión a otro bolsillo, y de ese bolsillo a la calle, que es donde ocurrió lo que ocurrió: un forcejeo cuya naturaleza exacta no alcancé a comprender del todo desde mi posición, pero cuyas consecuencias son evidentes porque estoy en el agua.

El agua no es agua.

O sí es agua, en el sentido de que es líquida y moja y tiene el comportamiento general del agua cuando uno cae en ella, pero su composición es la versión líquida de todo lo que esta ciudad produce y no quiere ver: lo que desecha, lo que drena, lo que envía lejos de sí misma con la esperanza de que lejos signifique inexistente. El canal de aguas negras del oriente de la Ciudad de México es el repositorio de generaciones de olvido urbano, y yo floto en él con el algodón que me hace superior al papel común, que en este momento resulta ser también lo que me mantiene en la superficie en lugar de hundirme definitivamente.

Floto.

Es una experiencia que no había tenido. En toda mi circulación he sido llevado, guardado, doblado, contado, examinado, usado de maneras diversas y en algún caso memorablemente inapropiadas. Nunca había flotado. Flotar tiene la cualidad particular de quitarle urgencia a todo: no voy a ningún lado porque el agua decide adónde voy, y el agua no tiene prisa ni destino preciso, solo pendiente y gravedad, lo que en este canal significa un movimiento lento hacia el oriente que nadie supervisa y nadie apresura.

La corriente me lleva.

Desde abajo —que es donde estoy, en la superficie de un canal que tiene sus orillas a un metro de altura sobre el nivel del agua— la ciudad se ve diferente. Solo cielo, bordes de concreto manchado, y de vez en cuando el perfil de algo que asoma por encima del borde: una antena, la copa de un árbol que sobrevivió en la orilla sin que nadie lo plantara deliberadamente, el cable de la luz que cruza de un lado al otro con la indiferencia de la infraestructura que no se pregunta qué hay debajo.

Es una vista que nadie tiene a propósito.

Los únicos que ven la ciudad desde aquí son los que cayeron, lo cual nos hace, al canal y a mí, una pequeña fraternidad involuntaria de los que están en el lugar equivocado sin haber planeado estar en ningún lugar en particular.

Escucho la ciudad desde aquí con una nitidez distinta a la del bolsillo o la cartera. El canal amplifica los sonidos que vienen del nivel de la calle y los transforma: los pasos se vuelven resonantes, las conversaciones llegan filtradas y fragmentadas, los ruidos del tráfico se convierten en un murmullo de fondo que a esta distancia suena casi sereno. Escucho, en algún punto de la primera hora, a dos niños que juegan cerca de la orilla.

—¡No te me acerques! —grita uno.

—¡No te estoy haciendo nada! —grita el otro.

—¡Que te alejes del canal!

—¡Que no me estoy acercando!

El intercambio se aleja. Los niños se van, o sus voces se alejan, que no es lo mismo pero tiene el mismo efecto desde aquí. Quedo de nuevo en el sonido base del canal: el agua moviéndose, los objetos que flotan conmigo rozando ocasionalmente las paredes de concreto, el lejano murmullo de la ciudad que desde esta perspectiva suena como si ocurriera en otro país.

No estoy solo en el canal. Me acompañan, a distancias variables, otros objetos que la ciudad perdió o desechó: una bolsa de plástico que flota con la ingravidez específica del plástico en el agua, una rama que alguien cortó o que cayó sola, lo que parece ser el fondo de un vaso de unicel, un trozo de tela de color indefinible. No tenemos conversación porque los objetos no hablamos entre nosotros, aunque a estas alturas de mi historia eso me parece una limitación arbitraria. Si pudiéramos, le preguntaría a la bolsa de plástico cómo llegó aquí, y a la rama si cayó o la cortaron, y al trozo de tela a qué prenda perteneció y qué le pasó al resto.

Las preguntas que uno se hace cuando no tiene a nadie a quien hacérselas son, inevitablemente, las más honestas.

Me hago las mías.

Pienso en Daría Lavida Portíllo y su sonrisa que no llega a los ojos y sus ojos que trabajan sin descanso. Me pregunto si esta semana el sistema del banco volvió a funcionar lento y si ella lo llamó "mantenimiento programado" con la ecuanimidad del que ya lo llama así desde hace tiempo. Me pregunto si plancha su blusa de poliéster esta noche con la misma devoción de siempre.

Pienso en Gerásimo Rondón García y su cartera con el recibo del agua vencido. El recibo del agua probablemente ya se pagó, y probablemente fue reemplazado por otro recibo de otra cosa, porque en la vida de Gerásimo los pendientes son una corriente continua que uno no elimina sino que administra, igual que este canal: siempre hay algo fluyendo, lo importante es no ahogarse.

Pienso en Amadea Costa Delado y su cuaderno de pasta verde. Pienso que a estas alturas Amadea ya compró la calculadora científica con funciones trigonométricas y que Gerásimo hijo aprobó el examen o no lo aprobó pero en cualquier caso tiene la calculadora, y que Tadeo sigue queriendo ser youtuber y que en eso tiene más sentido del que Gerásimo cree. Pienso en el "alcanza"

de Amadea como la frase más honesta que escuché en toda mi circulación, y lo sigo pensando.

Pienso en Lesven Deré Basura y sus diecisiete años de mostrador y su libreta con letra ilegible y los dos pesos que le debe al niño del jamón. Me pregunto si doña Refugio pagó el viernes que prometió o si el viernes fue otro viernes más en la historia de los viernes que no llegan.

Pienso en Baldomero Pensante Trejo y su separación estricta entre lo de la casa y lo suyo, entre la propina y el dinero del restaurante. Me pregunto si encontró mejor trabajo o si sigue en la Buena Mesa con los manteles de tela y la carne de segunda, y si Rigoberto todavía trabaja con él y si ya les tocó otra mesa que cuente los billetes enfrente.

Pienso en Zoila Zorra del Portal y sus hijos en Iztapalapa y la niña Valeria con su tos. Me pregunto si la llevaron al médico y si la medicina sirvió y si Zoila mandó el dinero que prometió esa noche que yo la escuché hablar por teléfono con su madre. Me pregunto cómo se llaman sus hijos, que es algo que nunca supe porque nadie lo dijo mientras yo estaba presente.

Pienso en Nicolás Aspiro Nieves en su penthouse de Polanco y en los sillones del interiorista y en la conversación sobre diversificación razonable. Me pregunto si movió más capital a Miami y si el amigo del reloj también lo hizo y si alguno de los dos se preguntó alguna vez qué hace la corriente con lo que se le quita.

Pienso en el "Lobo" Trinquetes de pie frente a la pizarra blanca con su diagrama de flujo, y en el licenciado de lentes redondos registrando billetes en su hoja de cálculo, y en los doscientos pesos que alguien debía traer el jueves con su justificación. Me pregunto si los trajo y si la justificación convenció, aunque sé que la respuesta a esa pregunta no tiene nada de incierto.

Pienso en Eloy Tejodo Lavida caminando de noche por el desierto con ocho personas que confían en él su tránsito hacia otra vida. Me pregunto si la niña de siete años llegó bien, si la mujer oaxaqueña encontró lo que fue a buscar, si los jóvenes de Guerrero están construyendo algo del otro lado que justifique lo que costó cruzar.

Pienso en Madame Testa Clara y sus cartas desgastadas y el marido infiel de la vecindad y el hijo que llegó al norte sin avisar a su mamá. Me pregunto si la señora del marido tomó alguna decisión y si el hijo llamó finalmente y si la joven de la estética puso su negocio o si el miedo de su familia resultó más fuerte que el permiso que Madame le dio.

Pienso en José Tetimo Elseso y el niño Rodrigo y las dos manos con que me recibió. Pienso en que esa noche el mago escribió algo en el metro y que no sé qué escribió pero que me gustaría saberlo. Pienso que los magos que escriben son los más peligrosos porque combinan dos oficios que consisten en hacer que la gente vea lo que no está o no vea lo que sí está.

Pienso en Briagoberto Ebriones doblando la esquina solo a las diez de la noche, con el "cuídese" de Rosendo en el oído y el "siempre" que dijo sin saber que era lo más irónico de su semana. Me pregunto si Rosendo ya apagó la luz sobre ese tramo de la barra y si el espejo del fondo refleja el local vacío con la misma indiferencia de siempre.

Desde la orilla, en algún punto que no sé cuánto tiempo después de que caí, escucho una voz. Es la voz de un hombre que trabaja cerca del canal, no dentro sino en la orilla, haciendo algo con herramientas que producen un sonido metálico y rítmico. Habla solo, con ese murmullo de trabajo que no busca respuesta sino simplemente acompañamiento:

—...y luego que viene el otro y me dice que para mañana... —el sonido de metal contra algo duro— ...como si uno fuera máquina... —otro golpe — ...mañana mañana, siempre mañana...

La voz se aleja. El hombre termina lo que está haciendo o se mueve a otro punto de la orilla. No sé quién es ni qué hacía ni si su mañana fue mejor que el día que estaba teniendo. Sé que trabajaba cerca de un canal y que hablaba solo y que eso lo hace, involuntariamente, parte de mi historia, como todos los demás que sin saberlo formaron parte de ella.

La corriente me sigue llevando.

Pienso en que el dinero no tiene memoria, que eso dicen los que saben poco del dinero. El dinero tiene toda la memoria del mundo. La lleva impresa en el deterioro, en el desgaste, en el olor acumulado, en las huellas invisibles de todas las manos que lo tocaron. El dinero no olvida nada porque no tiene mecanismo para olvidar: lo que lo toca se queda, en alguna forma que la química registra aunque los ojos no vean.

Soy el archivo de todo lo que pagué y de todo lo que financié. De los frijoles de Amadea y de la línea de Nicolás y del taco de Baldomero y del cruce de los migrantes y del consulta de Madame y de la cena de José Tetimo y del pulque de Briagoberto. Soy todos esos momentos simultáneamente, apilados en el algodón que me hace ser lo que soy.

Y floto.

La corriente no para. El oriente de la ciudad sigue pasando por encima de mí en fragmentos: un puente, otro cable, la copa de otro árbol sobreviviente. El cielo cambia de color cuando cambia la hora aunque desde aquí los cambios llegan lentos, filtrados por la perspectiva del que mira desde abajo.

En algún momento de la noche escucho que el ritmo del agua cambia ligeramente. No en volumen ni en velocidad sino en algo más sutil: la presión de la corriente contra mis bordes se modifica, lo que significa que algo en la orilla interfiere con el flujo. Una piedra, un obstáculo, un codo en el canal.

O una vara larga con un gancho en la punta.

No lo sé todavía. Pero algo cambia.

Y cuando algo cambia en el canal después de horas sin que nada cambie, uno aprende a no desestimarlo.

Sigo flotando.

Pero ya no de la misma manera.

## CAPÍTULO 14

## El rescate

*Orilla del canal, oriente — Ciudad de México*

La vara llega antes que el hombre.

La siento antes de verla —que es la condición habitual del dinero, sentir antes de ver porque el dinero no tiene ojos— como un ligero cambio en la presión del agua alrededor de mí: algo largo y delgado que se introduce en el canal desde la orilla con la precisión de quien sabe exactamente qué busca y dónde buscarlo. La vara tiene un gancho en la punta, un gancho de alambre doblado con la forma específica de lo que alguien hizo a mano después de pensar cómo debería ser, y ese gancho me alcanza, me toca por un borde, y me saca del agua con la delicadeza de quien rescata algo que todavía sirve.

Elfego Rebusca tiene setenta y dos años.

Lo primero que percibo de él, antes de ninguna otra cosa, son sus manos: grandes, curtidas, con las articulaciones marcadas por décadas de trabajo al aire libre y la piel del color específico de quien pasa muchas horas bajo el sol del oriente de la ciudad. Manos que han sostenido la vara con el gancho durante años, que han sacado del canal cosas que la ciudad desechó y que Elfego determinó que todavía valían, con una precisión clasificatoria que ningún sistema de reciclaje institucional ha igualado porque ningún sistema institucional tiene los setenta y dos años de experiencia de Elfego Rebusca.

Me extiende sobre la palma de la mano izquierda y me examina con la minuciosidad del experto. No la prisa del comerciante ni la desconfianza del cajero: la atención del que conoce el valor de las cosas porque las ha encontrado en lugares donde otros no las buscan, que es la única escuela donde se aprende a ver lo que tiene valor en lo que parece no tenerlo.

Me voltea. Me revisa contra la luz de la mañana, que a esta hora del oriente tiene una claridad lateral que hace que los objetos proyecten sombras largas y que los detalles sean más visibles que al mediodía. Ve mis marcas de seguridad, que el agua no borró porque el algodón las protege mejor que cualquier papel. Ve el rostro de Sor Juana en el anverso, que sigue siendo Sor Juana aunque con el aspecto de quien ha tenido una noche difícil, que tampoco es la primera vez en su historia iconográfica. Ve los números que indican mi denominación, que no cambiaron porque los números en los billetes no cambian por el agua ni por el canal ni por nada de lo que yo he pasado.

—Sirve —dice Elfego, para nadie o para el canal, que a estas horas es el único oyente disponible.

Me pone sobre una piedra plana en la orilla. La piedra ha sido usada antes para esto: tiene esa superficie gastada específicamente en el centro que producen los objetos que se apoyan siempre en el mismo lugar. Elfego se sienta en cuclillas a mi lado, no para vigilarme sino simplemente porque no tiene prisa, y espera. Saca de la bolsa de su chamarra un pan de dulce envuelto en plástico y lo come despacio, mirando el canal, con la paciencia de quien ha aprendido que las cosas que merecen la pena requieren tiempo y que el tiempo no se gana apresurándolo.

Mientras seco, Elfego trabaja la orilla con su vara. Es un trabajo silencioso y metódico: avanza un metro, introduce la vara, examina lo que hay cerca de la superficie, decide si vale la pena intentar sacarlo. La mayoría de las veces no lo intenta porque la mayoría de las veces lo que hay en el canal es lo que debería haber en un canal, es decir, lo que nadie quiere. Pero ocasionalmente sí: saca una botella de plástico que todavía tiene su forma, un cable de cobre que alguien cortó y tiró, algo que desde aquí no puedo ver bien pero que Elfego guarda en la mochila que lleva a la espalda con el cuidado de lo que vale.

Habla solo mientras trabaja, con ese murmullo constante de quien necesita el sonido de su propia voz para medir el ritmo de lo que hace.

—Éste ya no —dice, rechazando algo que la vara tocó—. Aquél tampoco. —Avanza—. A ver éste... no, tampoco. —Avanza más—. Aquí hubo algo. Ya no está.

No es frustración. Es el registro verbal de una observación, como el científico que anota lo que ve aunque lo que ve sea la ausencia de lo que buscaba. Elfego Rebusca lleva décadas haciendo este trabajo y hace décadas aprendió que el trabajo honesto requiere registrar lo que no se encuentra con la misma atención con que se registra lo que sí.

Cuando determina que estoy suficientemente seco —y lo determina de la manera en que Elfego determina todo: tocando, evaluando, decidiendo sin consultar a nadie porque en este oficio él es la única autoridad disponible— me recoge de la piedra y me guarda en un monedero de plástico negro que lleva colgado al cuello, dentro de la camisa, contra la piel. El monedero es su lugar seguro, el equivalente a la faja de Eloy Tejodo Lavida pero sin el drama del desierto nocturno: simplemente el lugar donde las cosas importantes van cerca del corazón porque eso las hace más difíciles de perder.

Elfego termina su ruta del canal a las once de la mañana. Recoge su vara, acomoda su mochila, y camina hacia la vecindad donde vive desde hace treinta años: un cuarto en la planta baja de un edificio de los años cincuenta en el oriente de la ciudad, edificio que ha visto generaciones de inquilinos y que a estas alturas tiene la personalidad acumulada de todo lo que fue testigo, que es mucho.

En el pasillo de la vecindad se encuentra con una vecina, una mujer de unos cuarenta años que sale de su cuarto con una bolsa de mandado y que lo

saluda con el afecto cotidiano de quien ve a alguien todos los días y ha incorporado esa presencia a la geografía de su mundo.

—Buenos días, don Elfego. ¿Ya viene del canal?

—Ya vengo. Buenos días, Rosario.

—¿Encontró algo hoy?

—Algo. Un billete.

La mujer lo mira con la expresión específica de quien escucha algo que le parece improbable pero no imposible porque es don Elfego quien lo dice y don Elfego no inventa.

—¿Un billete? ¿Del agua?

—Del canal. Todavía sirve.

—¿Y de cuánto?

—Doscientos.

—Ay, don Elfego —dice la mujer, con una mezcla de incredulidad y deleite—. Usted siempre encuentra cosas.

—Uno busca —dice Elfego, con la filosofía concisa del que ha reducido su visión del mundo a sus elementos esenciales—. El que no busca no encuentra.

—¿Y qué va a hacer con él?

—Guardarlo por hoy. Mañana ver.

—Pues qué bueno, don Elfego. Que le vaya bien.

—Igualmente, Rosario.

El cuarto de Elfego Rebusca es pequeño en metros cuadrados y grande en historia. Tiene una cama de una plaza con colcha de cuadros, una mesa con dos sillas, una cocineta de dos quemadores, un ropero de madera con la puerta del lado izquierdo que ya no cierra del todo, y en la pared del fondo, sobre la cabecera de la cama, una imagen del Señor de los Milagros en un marco dorado con el vidrio ligeramente empañado por los años. A los lados de la imagen, dos velas que Elfego enciende cada mañana y apaga cada noche con la regularidad de un ritual que no necesita explicación porque existe antes de que cualquier explicación fuera necesaria.

Huele a café, a madera vieja, a la cera de las velas y a algo más difícil de nombrar: el olor de los cuartos donde vive una sola persona durante mucho tiempo y que se va volviendo el olor de esa persona, de sus costumbres, de los objetos que eligió tener cerca.

Elfego entra, cuelga la mochila en el gancho de la puerta, pone la vara en su lugar junto al ropero —donde hay otras varas de distintos largos, el arsenal de su oficio— y se sienta a la mesa. Saca el monedero de plástico, me saca a mí, y me pone sobre la mesa bajo la luz que entra por la ventana.

Me examina de nuevo. Esta vez con más tiempo y más luz que en el canal, con la atención del que tiene todo el día por delante y ninguna prisa que lo apure.

—A ver tú —me dice, como si yo pudiera responder, o como si la pregunta no requiriera respuesta sino solo ser formulada—. ¿De dónde vienes?

Silencio.

—No importa —dice, respondiendo él mismo—. Lo que importa es que sirves.

Me voltea. Examina el reverso, el ángel con sus alas sobre el Paseo de la Reforma.

—Sigues siendo tú —dice, y no sé si habla del billete o del ángel o de algo que solo Elfego puede ver desde su perspectiva de setenta y dos años de mirar cosas que la ciudad no ve.

Me pone sobre la mesita junto a la vela y a la imagen del Señor de los Milagros, con una delicadeza que no esperaba de manos tan curtidas. No es veneración: es respeto. El respeto específico de quien ha aprendido que las cosas que sobreviven a lo que no deberían sobrevivir merecen un trato que reconozca esa supervivencia.

Elfego se pone a hacer el almuerzo. Es un proceso simple: frijoles de la olla que estaban desde la mañana, huevo, tortillas de la bolsa que compró ayer. Mientras cocina habla, con ese murmullo de trabajo que también tiene en el canal pero que aquí, en el cuarto, tiene un tono más íntimo, más dirigido.

—Hoy sí fue bueno el día —le dice a nadie, o al cuarto, o a la imagen del Señor de los Milagros que desde la pared escucha con la paciencia de lo que lleva años escuchando—. El billete es lo mejor que salió, pero también el cable de cobre no estaba mal. Mañana lo llevo con el chatarrero.

Pausa. Revuelve el huevo.

—Rosario preguntó qué iba a hacer con el billete. Todavía no sé. A lo mejor lo gasto en algo que haga falta. A lo mejor no hace falta nada esta semana y lo guardo.

Pausa. Las tortillas en el comal.

—Falta que haga siempre —dice, con una honestidad que no es queja sino simple registro aritmético—. Pero a veces falta menos que otras veces. Esta semana falta menos.

Come. Come despacio, en silencio, con la concentración de quien da a cada cosa la atención que merece, incluyendo la comida, incluyendo el silencio. Desde la mesita junto a la vela, lo observo comer y pienso en todo lo que he financiado en mi circulación y en la diferencia entre financiar y sostener, que no es la misma cosa aunque a veces se parezcan.

Financié la línea de cocaína de Nicolás Aspiro Nieves. Sostuve la cena de José Tetimo Elseso después de un sábado de magia honesta. Financié parte del cruce de ocho personas por el desierto. Sostuve los frijoles de Amadea Costa Delado para una semana en que el plomero cobra más de lo previsto. Financié la consulta de Madame Testa Clara para una mujer que necesitaba que alguien le dijera lo que ya sabía. Sostuve el gas del departamento de Baldomero Pensante Trejo en la Doctores.

La diferencia entre financiar y sostener está en si el dinero sirve para algo que crece o para algo que simplemente continúa. No hay jerarquía entre los dos: continuar es también una forma de crecer, y a veces es la más importante. Amadea Costa Delado no crece en el sentido en que crecen los mercados o las empresas: sostiene. Y sostener una familia con lo justo, semana a semana, sin que se note que es justo, es un logro que ningún índice económico mide pero que es tan real como cualquier cosa que los índices sí midan.

Elfego Rebusca termina de comer, recoge los platos, los lava en el lavabo pequeño junto a la cocineta. Luego se sienta en la silla de la cabecera, frente a la imagen del Señor de los Milagros, y se queda un momento en silencio. No es oración en el sentido formal: es la conversación privada que Elfego tiene con lo que tiene enfrente, que puede ser la imagen o puede ser algo que la imagen representa o puede ser simplemente el hábito de sentarse ahí todos los días y dejar que el silencio diga lo que las palabras no alcanzan.

—Gracias —dice, finalmente, en voz muy baja.

Una sola palabra. Para todo lo del día, o para todo lo de la vida, o para el billete que sacó del canal esta mañana, o para el cable de cobre, o para Rosario que preguntó cómo le fue. No sé a qué exactamente va dirigida esa palabra, y pienso que probablemente Elfego tampoco lo especifica, porque hay palabras que funcionan mejor cuando no se les pide que sean precisas.

Esa noche duermo —si los billetes duermen— sobre la mesita junto a la vela apagada y la imagen del Señor de los Milagros, en el cuarto de Elfego Rebusca, que huele a café y a cera y a setenta y dos años de buscar en el canal lo que la ciudad dejó ir.

He sido muchas cosas en mi circulación. He sido el instrumento del exceso y el vehículo de la necesidad. He sido propina y fiado y lavado y contado y examinado y usado de maneras que no voy a enumerar de nuevo porque ya las enumeré flotando en el canal y el inventario no cambia por repetirse.

Pero esta noche, sobre esta mesita, junto a esta vela, en este cuarto donde el olor es de una sola persona y sus setenta y dos años de dignidad sin aspaviento, soy simplemente un billete que fue encontrado por alguien que sabe encontrar lo que vale en lo que otros pasaron de largo.

Y eso, reconozco, es el mejor lugar donde he estado desde que salí del banco.

## CAPÍTULO 15

### La última función

*Feria de barrio, Colonia Tepito — Ciudad de México*

Elfego Rebusca me gasta el domingo.

No porque el domingo sea un día especial para gastar sino porque el domingo hay feria en el barrio, y la feria del barrio es el lugar donde el oriente de la ciudad decide que existe, que tiene color y ruido y olor a aceite de churros y a algodón de azúcar y a la fritanga específica de los puestos de antojitos que

llevan toda la semana preparándose para este día. Elfego sale de su cuarto a las cinco de la tarde con el monedero al cuello y la disposición tranquila de quien no va a la feria a buscar nada en particular sino simplemente a estar en ella, que es la forma más honesta de disfrutar una feria.

La feria ocupa dos cuadras de la calle principal y dos callejones laterales que los organizadores consideran parte del evento aunque ningún letrero oficial lo confirme. Hay juegos mecánicos de rotación lenta, puestos de lotería con sus cartones y sus fichas de plástico, vendedores de globos con personajes de caricatura que ya nadie reconoce del todo pero que mantienen cierta vigencia por el color, tiros al blanco con premios que valen menos de lo que cuesta ganarlos, y el olor de todo eso junto, que es el olor de la feria de barrio en cualquier latitud de esta ciudad: glucosa caramelizada, aceite caliente, plástico recalentado por el sol y la cercanía de los cuerpos.

Elfego camina entre los puestos con su paso deliberado de setenta y dos años, mirando todo sin la urgencia de consumir nada en particular. Compra un elote con crema y queso a una señora que lo atiende con la eficiencia de quien lleva el día entero despachando elotes y tiene el proceso tan depurado que podría hacerlo durmiendo. Se para frente a un puesto de artesanías que no compra porque no necesita nada más en su cuarto, pero lo mira con respeto porque reconoce el trabajo que hay detrás. Observa a unos niños en el carrusel con la expresión del que recuerda algo sin necesidad de nombrarlo.

Y entonces ve la lona.

Es una lona azul marino, tendida entre dos postes de madera con cuerdas, que anuncia con letras pintadas a mano en blanco y amarillo:

FIDEL BABOTAS EL GRAN ILUSIONISTA DEL ORIENTE ¡MAGIA, MISTERIO Y SORPRESA! FUNCIÓN A LAS 6 DE LA TARDE

Las letras tienen tamaños distintos porque el letrista cobró por hora y no por resultado, y el resultado es una tipografía que empieza con confianza en el margen izquierdo y va perdiendo espacio a medida que avanza hacia la derecha, de manera que las últimas palabras están considerablemente más apretadas que las primeras. Pero el efecto general es festivo y la información esencial está: hay un mago, hay función, hay que estar ahí a las seis.

Elfego mira la lona. Mira el reloj de muñeca que lleva desde hace veinte años y que funciona con la puntualidad de los relojes que han sido tratados bien durante suficiente tiempo. Son las cinco cuarenta y cinco.

Decide quedarse.

Fidel Babotas no es José Tetimo Elseso. Esta es la primera cosa que queda clara en cuanto Fidel aparece detrás de la lona para preparar su espacio: donde José Tetimo tiene precisión, Fidel tiene aspaviento; donde José Tetimo tiene silencio calculado, Fidel tiene volumen; donde José Tetimo tiene la elegancia sobria del mago que confía en sus trucos, Fidel tiene la energía desbordada del que compensa con entusiasmo lo que le falta en técnica. No es un mal mago: es un mago diferente, con un público diferente —la feria de

barrio no es la plaza comercial de la Doctores—, y esa diferencia define todo lo que sigue.

Antes de la función, Elfego escucha sin querer la conversación entre Fidel y su asistente, una mujer joven que carga la caja de utilería y que tiene la expresión de quien ha tenido esta misma conversación antes y sabe cómo termina.

—¿Está todo? —pregunta Fidel, revisando la caja con la urgencia de quien recuerda algo que debería haber revisado antes.

—Todo lo que había —dice ella.

—¿Y el billete de repuesto para el truco del dinero?

Pausa. La pausa de quien sabe la respuesta y no quiere decirla.

—Se me olvidó —dice la asistente.

—¿Cómo que se te olvidó?

—Lo dejé en la bolsa de la otra chamarra. No lo traigo.

Fidel la mira. La mira con la expresión del que está calculando en tiempo real cuántas opciones tiene y a cuál velocidad se le acaban.

—¿Y el que usamos ayer?

—Lo gasté. Dijiste que ya lo podía gastar.

—Dije que ya lo podía gastar después de la feria, no antes.

—Pues yo entendí que ya.

Silencio. Fidel mira la caja, mira a su asistente, mira la lona con las letras desiguales, mira el reloj. Son las seis menos cinco.

—Bueno —dice Fidel, con la resignación del que toma una decisión que sabe que puede salir mal pero que ya no tiene tiempo de evitar—. Usamos uno de verdad y tenemos cuidado.

—¿Estás seguro?

—No. Pero ya son las seis.

El público de la feria es distinto al de la plaza comercial. Son familias completas, con niños de todas las edades y abuelos que vinieron porque los trajeron y que una vez aquí resultaron estar perfectamente contentos de haber venido. Hay unos treinta espectadores cuando Fidel empieza, con la disposición generosa del público de feria que viene predispuesto a ser entretenido y que no exige la misma sofisticación que el público de la plaza.

—¡Buenas tardes, señoras y señores! —dice Fidel, con una voz que tiene el volumen del que aprendió a proyectarla en espacios abiertos con ruido de fondo—. ¡Soy Fidel Babotas, el gran ilusionista del oriente, y esta tarde voy a mostrarles cosas que sus ojos no van a creer aunque las estén viendo!

El público responde bien. Los niños con atención inmediata, los adultos con la sonrisa del que sabe que va a ser engañado y está de acuerdo en ser engañado porque eso es exactamente lo que vino a buscar.

Fidel hace sus primeros trucos con la competencia del que los ha hecho cientos de veces: una moneda que desaparece y aparece en el bolsillo de un señor que jura no haberse movido, un pañuelo que cambia de color, una baraja que adivina una carta elegida por una niña que elige con la seriedad de quien toma decisiones importantes. El público aplaude. Los niños piden más. Los adultos sonríen. La feria hace su ruido de fondo.

Llega el truco del billete.

—¡Señoras y señores! —anuncia Fidel, con el tono de quien guarda lo mejor para el final—. Para mi siguiente ilusión necesito la colaboración de un miembro del público. ¿Alguien tiene un billete que prestarme?

Elfego Rebusca levanta la mano.

Fidel lo señala.

—¡El señor de la primera fila! ¿Qué billete trae, señor?

—De doscientos —dice Elfego.

—¡Doscientos pesos, señoras y señores! ¡El señor nos confía doscientos pesos para la magia más sorprendente de la tarde!

Elfego me saca del monedero y me entrega a Fidel con la tranquilidad del que confía, no porque sea ingenuo sino porque a los setenta y dos años uno ya sabe distinguir entre los engaños que dañan y los que entretienen.

Fidel me muestra al público. Me sostiene en alto, en el centro, para que todos me vean.

—¡Este billete, señoras y señores, va a ser destruido ante sus ojos! ¡Y luego, por arte de magia, va a aparecer intacto!

El público expectante. Los niños con los ojos abiertos. Los adultos con la sonrisa del que espera ver cómo se hace.

Fidel saca las tijeras.

Grandes, de acero, con mango rojo. Las muestra al público con el gesto del que exhibe el instrumento antes de usarlo. Luego me toma por un extremo, abre las tijeras, y en ese momento —en ese preciso momento en que las tijeras deberían estar cortando el billete falso que debería estar sustituyéndome desde el pliegue donde Fidel lo escondería, ese billete que está en la bolsa de la otra chamarra de la asistente— algo sale mal.

Lo que sale mal es simple: no hay billete falso. Solo estoy yo.

Las tijeras me cortan.

El sonido es el sonido de las tijeras cortando algodón, que es un sonido limpio y definitivo, sin equivocación posible. El público primero ríe, porque el corte parece parte del acto, la exageración necesaria para que el milagro posterior sea más impresionante. Luego algunos dudan, porque el billete cortado en Fidel Babotas tiene un aspecto que no tiene el billete cortado en los otros magos que han visto: tiene el aspecto de un billete cortado de verdad.

Luego comprenden.

El silencio que sigue al corte tiene una textura diferente al silencio del truco que está en curso: es el silencio de quienes acaban de ver algo que no debería haber pasado y que están procesando si lo que vieron es lo que creen que vieron.

Fidel Babotas los mira. Los mira a todos, con mis dos mitades en la mano, y toma la decisión más digna que un mago puede tomar cuando un truco sale mal: no improvisa excusa, no finge que era la intención, no hace el gesto de "¡sorpresa!" que convertiría el error en deliberado. Simplemente baja las tijeras, me mira a mí —a mis dos mitades que juntas todavía muestran el rostro completo de Sor Juana en el anverso— y hace algo que no estaba en el programa.

Se dirige a Elfego.

—Señor —dice, en voz normal, sin el volumen de la actuación—. Lo siento mucho. Voy a devolverle su dinero de mi bolsillo.

Elfego lo mira desde la primera fila con los ojos del hombre que ha visto suficiente para saber distinguir la honestidad del espectáculo de la honestidad real.

—No se preocupe —dice Elfego.

—Es su dinero, señor.

—Era —dice Elfego, con una ecuanimidad que en otro contexto podría parecer resignación pero que en Elfego Rebusca es simplemente la forma que tiene la sabiduría de setenta y dos años de no dramatizar lo que no requiere drama.

Fidel insiste. Saca de su bolsillo los doscientos pesos —billetes distintos a mí, en mejores condiciones— y se los da a Elfego con la seriedad del que paga una deuda aunque nadie se lo exija.

—Gracias por prestar el billete —dice.

—Gracias por el espectáculo —dice Elfego.

Fidel me guarda en el bolsillo con mis dos mitades juntas, no como basura sino como el registro de lo que pasó esta tarde, que es distinto. Continúa el acto con lo que le queda de repertorio, sin el truco del billete pero con la dignidad intacta de quien no fingió que el error no existió, que en el mundo de los magos es el equivalente moral de lo más cercano al honor que el oficio permite.

Desde el bolsillo de Fidel, en mis dos mitades que todavía están juntas y que todavía muestran a Sor Juana y al Ángel de la Independencia aunque ya no en una sola pieza, pienso en lo que acaba de pasar.

Me cortaron. Dejé de ser un billete para convertirme en dos pedazos de algodón que juntos valen cero pesos porque el sistema monetario no reconoce las mitades, solo los enteros. Técnicamente ya no existo como dinero. Existo como otra cosa, que todavía no sé nombrar.

Pero pienso también en José Tetimo Elseso, que hace cuarenta minutos cada sábado que el mundo parezca mejor de lo que es. Y pienso que Fidel Babotas,

con sus letras desiguales en la lona y su asistente que olvidó el billete de repuesto y sus trucos que a veces salen mal, hace exactamente lo mismo, aunque con menos precisión y más ruido y un error esta tarde que nadie olvidará pronto.

Y pienso que ser destruido con un error honesto, delante de un público que lo vio pasar y de un mago que no lo negó, es quizás el final más digno que podía encontrar en una circulación que nunca fue ni pretendió ser digna del todo.

Sor Juana, si puede verme desde donde esté, espero que lo entienda.

Yo sí lo entiendo.

Y con eso es suficiente.

## EPÍLOGO

### La ausencia del valor

*Sin lugar. Sin fecha.*

Mis dos mitades fueron a dar a un cesto de basura de la feria, y del cesto a un camión de basura que pasó el lunes, y del camión a un relleno sanitario en las afueras de la ciudad donde me mezclo con todo lo que esta ciudad desecha sin mirar: el tetra pak, el unicel, el papel de envolver, los restos de lo que fue útil y dejó de serlo, la evidencia material de una semana de existencia de millones de personas que siguieron adelante sin detenerse a pensar en lo que dejaron ir.

Ya no soy dinero. Eso es lo primero que debe quedar claro.

El dinero requiere integridad física para existir como dinero: un billete cortado a la mitad no vale la mitad, vale cero, porque el sistema monetario no opera en fracciones de confianza. Soy dos pedazos de algodón con tinta, lo cual es exactamente lo que era antes de que don Aquiles Dejo Lapasta firmara mi certificado de existencia, lo cual sugiere que lo que fui entre ese momento y este fue un estado temporal que el sistema acordó reconocer y que el sistema puede dejar de reconocer con una tijera.

El valor, aprendí en mi circulación, es el acuerdo más frágil y más poderoso que los seres humanos han inventado. Más frágil porque depende de que todos lo sostengan simultáneamente: si un número suficiente de personas dejara de creer que un billete vale lo que dice que vale, dejaría de valer. Más poderoso porque ese acuerdo, mientras dura, organiza casi todo lo que importa en la vida cotidiana de casi todo el mundo.

Yo fui ese acuerdo durante el tiempo que duré.

Y en ese tiempo fui testigo de algo que ningún economista incluye en sus modelos y que sin embargo es la única verdad que el dinero conoce de primera mano: el valor no está en el billete. Nunca estuvo. El valor está en lo que la gente hace con él, en lo que revela de sí misma cuando lo tiene y cuando no lo tiene, en lo que protege y en lo que sacrifica y en lo que decide que merece el intercambio y lo que decide que no.

Amadea Costa Delado vale más que Nicolás Aspiro Nieves. No porque sus cuentas sean más grandes sino porque lo que sostiene con las suyas es más verdadero que lo que dispersa con las de él. Elfego Rebusca vale más que el "Lobo" Trinquetes. No porque la vara con el gancho sea más noble que el maletín del licenciado sino porque lo que Elfego busca en el canal es lo que la ciudad descartó, y encontrar valor donde otros no ven nada es el acto más subversivo que existe en una economía que solo reconoce lo que ya tiene precio.

El niño que me juntó durante tres semanas para pagarle al mago vale más que los cuatro comensales de la mesa de la Buena Mesa que dejaron doscientos pesos de propina sin pensarlo.

Zoila Zorra del Portal, que mandó sus ochocientos pesos a Iztapalapa para la consulta médica de Valeria, vale más de lo que cualquier sistema moral que la condena tendría la honestidad de reconocer.

Baldomero Pensante Trejo, que separó su propina del dinero del restaurante por una cuestión de principio que nadie le pidió que tuviera, vale más que los que confunden la generosidad con la ostentación y la ética con la conveniencia.

Pero no me corresponde a mí establecer esas jerarquías. Lo digo de todas formas porque soy el único que estuvo en todos esos lugares y porque el testigo que calla lo que vio no es testigo sino cómplice. Pero la última palabra no la tengo yo.

La tiene quien me lee.

Que es, en el fondo, para quien siempre fue esta historia: no para contar lo que hace el dinero, sino para mostrar lo que el dinero ve cuando nadie le está prestando atención. Y lo que el dinero ve, en todas partes y a todas horas, es esto: que las personas son mejores y peores de lo que parecen, y que la diferencia entre ambas versiones de ellas mismas se revela con más claridad en la manera en que manejan lo escaso que en la manera en que administran lo abundante.

Lo escaso revela. Lo abundante disimula.

Eso es lo que aprendí en mi circulación.

Nací un martes con el rostro de una mujer que pensó demasiado y la imagen de una libertad que llegó incompleta. Morí —si los billetes mueren— un domingo, cortado por las tijeras de un mago que olvidó el billete de repuesto y tuvo la honradez de no fingir que no. Entre esos dos días fui muchas cosas para personas muy distintas, y en ningún caso fui suficiente, y en ningún caso dejé de hacer falta.

Soy fe convertida en algodón.

Soy el principio y el final de casi todo lo que importa en la vida cotidiana de millones de personas que nunca se preguntaron quién era.

Ahora lo saben.

Y los que miraron el espejo durante esta historia fueron ellos.
Yo solo fui un reflejo.